

La Casa GRANDE

Revista cultural iberoamericana • Año 4, Número 15, 2000,
México: \$25 Colombia: \$5 000 • Otros países: US\$ 3



Alberto Gironella, Guadalupe Amor, Isaac Bashevis Singer, Otto Moll, Augusto Monterroso,
Agudelo, Aguiar, Aguilera, Alechinsky, Arias, Arturo, Borruso, Bustamante, Buxó, Camacho, Cardenal, Castañón,
Correa, Cuéllar, Denis, Echeverri, Galeano, Giraldo, Gutiérrez, Hinojosa, Hiriart, López, Lozano, Ospina, Pérez,
Puerta, Revelo, Rey, Roca, Samperio, Sánchez, Sosa, Urbina, Véjar, Zimmerman



Grupo TMM, Soluciones logísticas multimodales.

Óptimo manejo de la cadena de abastecimiento.

- Sólida infraestructura para facilitar el comercio desde y hacia México.
- Autotransporte de carga, nacional e internacional.
- Servicios de logística multimodal punto a punto.
- Transportación de automóviles y camiones.
- Terminales de cruceros y de contenedores.
- La red ferroviaria más moderna de México.
- Servicios dedicados de transportación.
- Transporte marítimo especializado.
- Agencias navieras.



La Vía del TLC



**TRANSPORTE
FERROVIARIA
MEXICANA**

Tel. (52) 5447-5836 Fax. (52) 5447-5830
Tel. 800-849-6145, Fax. 800-849-6149, Tel. USA: 888-812-9512
tmm@gtfm.com.mx • www.gtfm.com.mx

Porque su negocio no tiene límites



GRUPO TMM

Tel. (52) 5629-8866, Fax. (52) 5629-8899
www.grupotmm.com

La Casa GRANDE

DIRECTOR
Mario Rey

CONSEJO DE REDACCIÓN
Marco Tulio Aguilera, Jorge Bustamante,
Mini Caire, Fernando Vallejo

SECRETARÍA DE REDACCIÓN
Jimena Rey

CONSEJO EDITORIAL
Colombia: Felipe Agudelo, Piedad Bonetti,
Guillermo Bustamante, Ariel Castillo,
Juan Gustavo Cobo Borda,
Fernando Cruz, Orlando Gallo, Luz
Mary Giraldo, Fernando Herrera, Fabio
Jurado, Fabio Martínez,
Hernando Mostato, William Ospina,
Pedro Rey, Juan Manuel Roca
y Eduardo Serrano
Cuba: Josefina de Diego
España: Dasso Saldivar y
José Manuel Camacho
Estados Unidos: Consuelo Hernández
Francia: Eduardo García,
Julio Olaciréguí y Florence Olivier
México: Ricardo Cañellas, José María
Espinoza, Francesca Gargallo, Ana María
Jaramillo, Morelia Montes, Santiago
Rebolledo, Pedro Serrano
y Laura Zavala
Uruguay: Luis Brano
Venezuela: Edmundo Quintana

DISTRIBUIDOR EN MÉXICO
CITEM

Av. Taxqueña 1798, Col. Paseos de
Taxqueña, México, D.F., 04250
Tel: 56 24 01 00, Fax: 56 24 01 90

DISTRIBUIDOR EN ESPAÑA
Celeste Ediciones

Fernando VI, 8, 1º, 28004, Madrid
Tel: 53 10 05 99, Fax: 53 10 04 59

DISTRIBUIDOR EN COLOMBIA
Siglo del Hombre Editores Ltda.
Carrera 32 No. 25-46
Santafé de Bogotá,
Tel.: 368 73 62, 337 77 00,
337 49 60 y 337 76 66

REPRESENTANTE EN COLOMBIA

Fabio Jurado
Transversal 39A No. 41-46
Santafé de Bogotá
Tel: 221 20 52

EDITOR RESPONSABLE

Mario Rey
Choapan 44-20, Colonia Condesa
06140, México, D.F.
Tel-Fax: 52 72 30 98

Calle 4 B No. 35-50
Santiago de Cali, Colombia
Tel-Fax: 557 09 49

mariorey@prodigy.net.mx
mariorey@hotmail.com

MERCADOTECNIA Y PUBLICIDAD
Pedro Caire

DISEÑO
Eduardo González y Enrico Perico

Certificado de Licitud de Título 10650
Certificado de Contenido 8617

IMPRESIÓN
Impresora Gráfica Publicitaria, S.A.
Enrique Rebasman 22, Col. Narvarte
03020, México, D.F.

Edición: 4 000 ejemplares
México, D.F., 15 de julio del 2000

Contenido

- | | | | |
|----|---|----|---|
| 2 | UMBRAL | 37 | PIERRE ALECHINSKY,
Alberto Gironella |
| 3 | AUGUSTO MONTERROSO,
El mono que quiso ser
escritor satírico | 38 | ANÍBAL ARIAS, poemas
HERNANDO REVELO, poema
FERNANDO DENIS, poema
ANA MILENA PUERTA, poema |
| 4 | GUADALUPE AMOR, poema | 39 | MARY CARMEN SÁNCHEZ AMBRIZ,
Hugo Hiriart: El ensayo, un
monstruo literario |
| 5 | MEDARDO ARIAS SATIZABAL,
La Vida perdida de Ernesto
Cardenal | 41 | GUILLERMO SAMPERIO, Aurelio
Arturo, forjador de paisajes |
| 8 | ISAAC BASHEVIS SINGER, Alegría | 44 | AURELIO ARTURO, poema |
| 13 | WILLIAM OSPINA, El país de las
guettas que se bifurcan | 45 | ANDRÉS GUTIÉRREZ LÓPEZ,
Terapia génica contra el
cáncer en México |
| 20 | LUZ MARY GIRALDO, poema | 49 | PILAR LOZANO,
Dos aguardientes
GABRIELA GARZA, poemas |
| 21 | JAIME ECHEVERRÍ,
Tamaño postal | 50 | ORGIA BORRUSO, Cangrejo |
| 22 | JOSÉ PASCUAL BUNO, poema | 51 | VÍCTOR SOSA, poema |
| 23 | JOSÉ MANUEL CAMACHO
DELGADO, El realismo
hiperbólico de Francisco
Rivero | 52 | CARLOS VÉJAR PÉREZ RUBIO,
El vigilante |
| 28 | JUAN CARLOS GALEANO, poemas
FERNANDO URBINA, poemas | 53 | MIGUEL ÁNGEL LÓPEZ, poema
FELIPE AGUDELO, poema |
| 29 | CARLOS AGUIAR, fotografías
del Amazonas | 54 | JOSÉ ROCA, Columna de arena |
| 30 | ANTONIO CORREA LOZADA,
Amazonas: un mundo para el
futuro | 55 | MARGARITO CUÉLLAR, poema |
| 31 | ANTONIO CORREA LOZADA,
poemas | 56 | LA ALEGRÍA DE LEER
Helmuth G. Zimmermann
Mayra Pérez
Mario Rey
Marco Tulio Aguilera
Francisco Hinojosa
Jorge Bustamante
Adolfo Castañón
Francisco Sánchez Jiménez |
| 32 | ALBERTO GIRONELLA, pinturas | | |
| 34 | ADOLFO CASTAÑÓN,
El tiempo es otro lugar | | |
| 36 | ALBERTO GIRONELLA, pinturas | | |

Portada: Eduardo González y Enrico Perico, pintura de Alberto Gironella.

Ilustraciones: pinturas de Alberto Gironella, fotografías de Carlos Aguiar y Otto Moll (colección de Pedro Nel Rey).

Las ideas y puntos de vista de los artículos son responsabilidad de sus autores.

Umbral

Hoy rendimos homenaje a la poeta mexicana Guadalupe "Pita" Amor, una de las grandes escritoras iberoamericanas del siglo XX. Su obra ha no sido valorada como se merece; pero su poesía se lee y se recuerda; es fascinante, como su vida, y es muy probable que la nueva mirada que da el paso del tiempo sepa leerla mejor.

Recordamos también al pintor Alberto Gironella, con las emotivas palabras de Pierre Alechinsky y una muestra de las calacas que hiciera en los últimos días de su vida en homenaje a sus amigos.

La Casa Grande se engalana con una pequeña y rica muestra de las fotografías de Otto Moll, colombiano de ascendencia alemana que huyó de la violenta y asfixiante barbarie del fascismo y se instaló en Colombia a capturar con su cámara la belleza del paisaje, el rostro y el quehacer de su gente.

Celebramos el Premio Príncipe de Asturias otorgado al maestro Augusto Monterroso con "El mono que quiso ser escritor satírico", excelente ejemplo de observación y crítica.

Intentamos subsanar la ausencia de cuentos en nuestros números anteriores con el hermosísimo relato "Alegria", del Nobel Isaac Singer, en la traducción de Josefina de Diego, y con las breves narraciones de Jaime Echeverry, Orgia Borruso, Carlos Véjar y Pilar Lozano.

Visitamos la Amazonia, esa inmensa, rica y fascinante región que la humanidad ve morir impasible y cómplice, a través de las imágenes del fotógrafo uruguayo Carlos Aguiar y de los textos de Antonio Correa, Juan Carlos Galeano y Fernando Urbina.

En un par de inteligentes y documentados ensayos, José Manuel Camacho nos invita a conocer la obra del novelista español Francisco Rivero, y Guillermo Samperio recrea el mundo poético de Aurelio Arturo, de quien reproducimos "El alba llega".

Iluminamos nuestras ventanas con los poemas de Ana Milena Puerta, Gabriela Garza, Luz Mary Giraldo, Aníbal Arias, Felipe Agudelo, Fernando Denis, Hernando Revelo, Margarito Cuéllar, Miguel Ángel López Hernández (Premio Casa de las Américas), José Pascual Buxó y Víctor Sosa.

El poeta y crítico Adolfo Castañón, fiel al espíritu de vigía en el mar de la literatura hispanoamericana, presenta el más reciente poemario de Santiago Mutis. Celebramos, además, la aparición de su imprescindible *América sintaxis*, con la reproducción de un breve ensayo en La Alegria de leer.

La entrevista —ese ágil, divertido e inteligente cruce de fronteras entre la conversación, la reflexión y la literatura— se hace presente en nuestra sala con la plática entre los mexicanos Mary Carmen Sánchez Ambroz y Hugo Hiriart, y con la charla entre Medardo Arias y Ernesto Cardenal.

Regresamos a nuestro pequeño rincón de la ciencia con el interesantísimo artículo de Andrés Gutiérrez sobre los alcances de la terapia génica, y con el 808 de Helmut Gunter Zimmermann y Mayra Pérez por los efectos devastadores de *Cartoblastis cartorum* en las plantaciones de nopal en México.

El salón que *La Casa Grande* y la Semana Cultural de Colombia en México han creado para reflexionar sobre la difícil situación colombiana es el escenario en el cual escuchamos el lúcido ensayo "El país de las guerras que se bifurcan" de William Ospina. Próximamente leeremos a Juan Manuel Roca, y publicaremos un libro sobre el tema.

Por último, expresamos nuestro entusiasmo por la incorporación de los poetas Juan Gustavo Cobo Borda, Juan Manuel Roca y Josefina de Diego a nuestro Consejo de Redacción.

El mono que quiso ser escritor satírico

Augusto Monterroso

En la selva vivía una vez un Mono que quiso ser escritor satírico.

Estudió mucho, pero pronto se dio cuenta de que para ser escritor satírico le faltaba conocer a la gente y se aplicó a visitar a todos y a ir a los cocteles y a observarlos por el rabo del ojo mientras estaban distraídos con la copa en la mano.

Como era de veras gracioso y sus ágiles piruetas entretenían a los otros animales, en cualquier parte era bien recibido y él perfeccionó el arte de ser mejor recibido aún.

No había quien no se encantara con su conversación y cuando llegaba era agasajado con júbilo tanto por las Monas como por los esposos de las Monas y por los demás habitantes de la Selva, ante los cuales, por contrarios que fueran a él en política internacional, nacional o doméstica, se mostraba invariablemente comprensivo; siempre, claro, con el ánimo de investigar a fondo la naturaleza humana y poder retratarla en sus sátiras.

Así llegó el momento en que entre los animales era el más experto conocedor de la naturaleza humana, sin que se le escapara nada.

Entonces, un día dijo voy a escribir en contra de los ladrones, y se fijó en la Urraca, y principió a hacerlo con entusiasmo y gozaba y se reía y se encaramaba de placer a los árboles por las cosas que se le ocurrían acerca de la Urraca; pero de repente reflexionó que entre los animales de sociedad que lo agasajaban había muchas Urracas y especialmente una, y que se iban a ver retratadas en su sátira, por suave que la escribiera, y desistió de hacerlo.

Después quiso escribir sobre los oportunistas, y puso el ojo en la Serpiente, quien por diferentes medios —auxiliares en realidad de su arte adulatorio— lograba siempre conservar, o sustituir, mejorándolos, sus cargos; pero varias Serpientes amigas suyas, y especialmente una, se sentirían aludidas, y desistió de hacerlo.

Después deseó satirizar a los laboriosos compulsivos y se detuvo en la Abeja, que trabajaba estúpidamente sin saber para qué ni para quién; pero por miedo de que sus amigos

de este género, y especialmente uno, se ofendieran, terminó comparándola favorablemente con la Cigarra, que egoísta no hacía más que cantar y cantar dándose las de poeta, y desistió de hacerlo.

Después se le ocurrió escribir contra la promiscuidad sexual y enfiló su sátira contra las Gallinas adúlteras que andaban todo el día inquietas en busca de Gallitos; pero tantas de éstas lo habían recibido que temió lastimarlas, y desistió de hacerlo. Finalmente elaboró una lista completa de las debilidades y los defectos humanos y no encontró contra quién dirigir sus baterías, pues todos estaban en los amigos que compartían su mesa y en él mismo.

En ese momento renunció a ser escritor satírico y le empezó a dar por la Mística y el Amor y esas cosas; pero a raíz de eso, ya se sabe cómo es la gente, todos dijeron que se había vuelto loco y ya no lo recibieron tan bien ni con tanto gusto.



Fotografía de Carlos Aguilar

Guadalupe Amor

Estos pies que, por tanto caminar,
se han herido sin dar con el sendero,
y estas manos cansadas de implorar
al cielo que les muestre lo certero,
y mis ojos que, secos de llorar,
no han hallado el camino verdadero,
se reúnen un día para conversar,
y los sangrientos pies hablan primero:
—Venimos fatigados, de muy lejos,
ya todos los caminos recorrimos;
de la verdad no hallamos ni reflejos;
sólo heridas y lodos recogimos;
estamos extenuados y deshechos.
Y las manos alegan sus derechos:
—¿Qué diremos nosotras que ambiciosas
creímos alcanzar el cielo orando,
y después, más paganas que piadosas,
a la sombra nos fuimos entregando...?
¡Mas sólo retuvimos amargura!

Y los ojos expresan su tortura:
—Del mirar conocemos el martirio,
en la luz y en la sombra hemos cegado,
y, cerrados o abiertos, el delirio
de ver lo que no existe hemos pasado,
¡Sólo somos pupilas de tormento!
Y el alma apareció en aquel momento:
—Sola yo estoy y llena de inquietudes;
cada día me interno más adentro;
mis defectos atraen a las virtudes;
de un misterioso círculo soy centro.
El cansancio que tengo es infinito,
todo el dolor del mundo lo he probado,
un laberinto de ansiedad habito
y a tientas me revuelvo en lo intrincado.
Mas nada de todo esto importaría,
si a vosotros pudiese compararme:
siendo dobles estáis en compañía
y yo ignoro el placer de reflejarme.

La Vida perdida de Ernesto Cardenal

Medardo Arias Satizábal

A los estadounidenses les tomó por sorpresa la propuesta que vino a plantear Ernesto Cardenal en Albany, capital del Estado de Nueva York: "la globalización de la revolución, como una forma efectiva de salvar el planeta, pues si el mundo entero no va hacia profundos cambios en lo espiritual, en lo político y en lo económico, cada vez nos sumiremos más en la miseria".

Dispuesto a no dejarse meter miedo del "imperialismo", caminó sereno y sin concesiones por entre el "vientre de la bestia", como denominaba Martí a las ciudades de Estados Unidos, y sembró aplausos y firmó libros como todo un "Cardenal Superstar" en su gira por Nueva York y la vieja ciudad de Hartford, donde Mark Twain vivió y escribió buena parte de su obra. Azorado entre los flashes, las ovaciones y la veneración de una juventud universitaria ávida de conocer sus puntos de vista sobre el mundo actual, sonrió a las jóvenes y posó junto a grupos de seguidores a pocas cuadras de la casa donde Twain imaginó la obra *Un yankee de Connecticut en la corte del Rey Arturo*.

Con la mirada escéptica, nos recibió en una pequeña librería de la avenida Farmington en Hartford, deseoso de "pasar inadvertido" entre los anaqueles donde dedicó algunos minutos a hojear volúmenes de poesía inglesa y latinoamericana, y a la espera de la publicación de sus memorias, *Vida perdida*, un volumen donde da cuenta de "amores no correspondidos", mucho de su trayectoria literaria y relaciones familiares —con padre y hermanos— cuando tomó la decisión de ir a vivir en el exterior, en los años 50.

Ministro de Cultura en el gobierno del Frente Sandinista de Liberación Nacional, no abandona sus jeans, sus sandalias de fraile andariego, y una postura eternamente

juvenil, no obstante estar ya en la edad de publicar el recuento total de su vida.

Acabábamos de almorzar tacos y sopa de almejas a la manera de Nueva Inglaterra, y expresó su decepción por lo que más parecía una hamburguesa "con mucho pollo adentro", que genuina comida mexicana.

"Este taco está muy raro; esta versión no la conocía", dijo, y se retiró con paso lento sobre sus sandalias, en dirección al jardín, y bajo su eterna boina; quería recordar acaso, ya "en tierra de gringos", aquella ocasión en que conoció unos loros, en pleno ajetreo guerrillero, cuyo dueño estaba empeñado en enseñarles a hablar inglés, y desistió cuando las aves, en pleno, volaron hacia tierras de Estelí, sin decir ni siquiera "Bye", para "reafirmarse como hispanohablantes". O la tarde de los días heroicos cuando su fotografía recorrió el mundo. La historia transcurría en Cuba y la arena de la playa brillaba como destellos de infinitos universos, cuando el fotógrafo enfocó para dejarlo así, sentado frente al mar y con la barba húmeda, junto al poeta Roque Dalton.

Una pregunta había quedado, para mí, patinando en la sentina de la historia: Cardenal Ernesto, de Granada, Nicaragua, sacerdote rebelde, revolucionario, fundador de la comuna poética de Solentiname, amigo de Julio Cortázar, irreverente y beligerante, nada manso como corresponde a los pastores...

Medardo Arias: ¿Cómo fue que se arrodilló ante el Papa?

Ernesto Cardenal: Yo nunca me le arrodillé al Papa...

MA: Pero la foto apareció en toda la prensa del mundo...

EC: Sí, pero no me le arrodillé; lo que le hice fue una genuflexión, como un acto de cortesía. No le estaba pidiendo perdón porque no tenía por qué pedirle perdón. Además, ¿quién ha dicho que el Papa es el representante de Dios en la tierra...? Los representantes de Dios en la tierra son los pobres. Teológicamente el Papa es el sucesor de Pedro, con el encargo de cumplir el mandato de Dios...

Y levanta la ceja para subrayarlo, él, que está convencido, como ayer, que el único camino que le espera a

Ernesto Cardenal, a quien ven los norteamericanos como "el Whitman del sur", visitó recientemente Albany, Nueva York, y la vieja ciudad de Hartford, Connecticut, donde concedió este reportaje. Medardo Arias, poeta, profesor y periodista colombiano.

Nicaragua es el Socialismo, "por el cual estamos dispuestos a luchar nuevamente, como ayer, y con mayor vigor".

Para los norteamericanos la figura de Cardenal representa algo así como un "Whitman latinoamericano", sólo que guerrero y en franca oposición a esas torres de concreto de la "Manhattan" a la que cantó el poeta de Brooklyn como un preludio del poderío capitalista. Para estar ya en la historia universal de la literatura, le hubiera bastado sólo la frase de José Coronel Urtecho, cuando aseguró que su "Cántico Cósmico" vale tanto como "De Rerum Natura" o "La Divina Comedia". Urtecho no ahorró reconocimientos: "Quiero decir que "Cántico Cósmico" de Cardenal está en la línea de Lucrecio y Dante; largo poema (casi quinientas páginas) que se ocupa extensamente del universo. Más que una explicación es una representación, como las fotos de los astrónomos, pero en términos poéticos".

Para los intelectuales y poetas norteamericanos, la presentación del poeta nicaragüense en "olor de rebelión sacrilega" correspondió a Allen Ginsberg y Amiri Baraka. Así las cosas, la generación Beatnik, la que se desnudó en la fuente de Berkeley bajo el estallido del Rock and Roll en los versos de Robert Frost y la poética de Jack Kerouac, también se despojó del sombrero para saludar a Cardenal.



Ernesto Cardenal (fotografía de Mercedes Arias Satizábal)

el poeta armado con palabras como brasas vivas echando luz sobre su patria despedazada.

Por ello, volvió a leer aquí fragmentos de su más conocido y extenso poema, en el cual, a la manera de un Hacedor, da fe del génesis del universo a partir del "Big Bang":

En el principio no había nada,
ni espacio, ni tiempo,
el universo entero concentrado
en el espacio del núcleo de un átomo
y antes, aún menos, mucho menos que un protón,
y aún menos todavía
un infinitamente denso
punto matemático,
y fue el Big Bang
la Gran Explosión!

MA: ¿Después de tanta brega en la vida, cómo se define hoy Ernesto Cardenal?

EC: La respuesta está contenida en un fragmento del "Canto Cósmico": "Somos polvo de estrellas; venimos de las entrañas de una estrella. Hace quince mil millones de años éramos una masa de hidrógeno flotando en el espacio, girando lentamente, danzando, sólo que el gas se condensó más y más, cada vez con más masa. La masa se hizo estrella y empezó a brillar, condensándose; las estrellas se hicieron más calientes y luminosas. La gravitación produjo energía térmica, luz y calor, como decir amor... nuestra carne y nuestros huesos vienen de otras estrellas, y aún, tal vez, de otras galaxias..."

Su poema en el que alude a la Guerra de las Galaxias, "también llamada por el *Wall Street Journal* dólares caídos del cielo", arrancó prolongados aplausos: "Wall Street Journal Neanderthal / la evolución del tiburón primitivo hasta convertirse en paloma/ el instinto de muerte en el hombre no es generado de antecesores animales/ también la biología enseña: los animales pacíficos son favorecidos por la selección; los grupos asesinos dentro de una misma especie, no prosperan/ Somozas, Pinochets, etcétera..."

Al margen de los poemas cósmicos, llamó mucho la atención su homenaje a un joven guerrillero que conoció en tiempos de las batallas contra Somoza. Así lo describió: "Fascinado con el marxismo, pero sin querer nunca leerlo; muy inteligente, pero sin deseo de formación intelectual, la persona más mal hablada que he conocido, pero el que decía las malas palabras con más pureza. Una vez comentando el Evangelio en la misa, se acercó para decirme: "Esos magos la cagaron llegando donde Herodes..." Y su versión de la Trinidad: "Los tres jodidos, en uno solo..." No puedo olvidar la noche en que me confesó frente a la calma del lago Solentiname: "Ya no creo en Dios ni en ninguna de esas mierdas; creo en Dios, pero para mí, Dios es el hombre..." Siempre quiso ser mi monaguillo en la misa. Nadie le podía quitar ese puesto.

Compañero Subcomandante Laureano,
 jefe de los guardafronteras,
 digo junto con vos que nos vale verga la muerte,
 no quería hacer este pasaje
 pero me dirías en aquél, tu lenguaje poético
 de aquellas misas,
 traducido después a tantos idiomas
 hasta el japonés
 —les costará traducirte—
 "¡poeta hijueputa me decían esos jodidos
 compañeros de Solentiname,
 me mataron los contrarrevolucionarios
 hijos de la Gran Puta,
 pero me vale verga!"
 siempre me decías allá que querías irte
 a la guerrilla,
 y yo, "con tu indisciplina, ahí te fusilan..."
 y se cumplió tu sueño con el asalto a San Carlos;
 "aquí los vamos a joder a estos jodidos",
 las balas que te tiraban los guardias,
 y tu relato después, "tás-tás-tás, puta, ahí
 fue cuando me sentí muerto";
 pendenciero, flirtero, mujrero,
 rebozante de vida pero sin temer la muerte.
 Yo quisiera morir como vos, hermano Laureano,
 y mandar a decir, desde lo que llamamos cielo,
 "rejudidos hermanos de Solentiname,
 ¡me valió verga la muerte!"

MA: ¿Qué pasa hoy en Nicaragua?

EC: Tenemos un gobierno contra los pobres, que ha quitado todos los beneficios que la Revolución había dado al pueblo. Nicaragua tiene hoy una de las peores situaciones económicas del continente. Tenemos mucha miseria, hambre, y un 60% de desempleo.

MA: ¿Existe alguna posibilidad de que Nicaragua retome el camino del Sandinismo?

EC: Es necesario que suceda; pero en estos momentos no vemos cómo ni cuándo.

MA: ¿Después del fin de la Guerra Fría, existe un nuevo proyecto de la llamada Iglesia Revolucionaria?

EC: Igual que antes; pues la Teología de la Liberación no es sólo católica, sino también protestante. No hay que olvidar que la Teología de la Liberación quiere decir en realidad Teología de la Revolución.

MA: ¿Qué fue de la comuna poética de Solentiname?

EC: Ya no existe; fue un grupo muy pequeño de diez, doce personas reunidas en una comuna. Con el advenimiento de la revolución, cada uno pasó a tareas diferentes y la comuna como tal dejó de existir. Viven hoy como mil personas en Solentiname.

MA: ¿En qué estado se encuentra el centro cultural Casa de los Tres Mundos?

EC: No tengo ya mucha actividad en ese organismo; soy un directivo más bien honorífico. Doy mi nombre y apoyo a esta obra, pero continúan realizándose ahí

muchas actividades artísticas. La Casa de los Tres Mundos continúa siendo un aporte importante a la cultura de Nicaragua.

MA: ¿Con respecto al fin de la opción Sandinista en su país, cree que el FSLN tenía conciencia de la pérdida del voto popular en las elecciones?

EC: No podría hacer ahora un recuento de todo lo que la Revolución hizo. Fueron diez años de duro trabajo, en beneficio del pueblo. Los sandinistas nunca creyeron que iban a perder las elecciones; tampoco la oposición creyó que iba a ganar. El entonces Presidente de los Estados Unidos, George Bush, tampoco creía que los Sandinistas iban a perder, ni el cuerpo diplomático, ni unos tres mil periodistas y observadores que entonces estaban ahí. Nadie creía; fue una sorpresa, pues en los últimos momentos se dio un cambio en la voluntad del pueblo. No se puede atribuir solamente a errores de los Sandinistas. Creo que fue una cosa repentina; el Presidente Bush, tres días antes de las elecciones dijo que si el Frente Sandinista ganaba, aunque fuera honestamente, iba a continuar la guerra, el bloqueo y el embargo económico. Eso influyó un poco en cierto sector de la población, y entonces perdimos la votación por un ocho por ciento. Hubo muchos errores; los tuvimos, pero la causa principal fue la intervención de Bush, aunque debo admitir también que circuló mucho dinero para la compra de votos. Otro factor fue la influencia de la Iglesia Católica a través del Cardenal Obando.

MA: ¿Puede la poesía ayudar a transformar la realidad política de un país?

EC: Desde que existe el lenguaje humano, existe un cambio en la humanidad hecho por el habla, y ésta también está representada por la poesía. Un factor decisivo en la evolución es la comunicación y la revolución. Como decía Mao Tse-Tung, la evolución se ha dado con base en saltos, y esos saltos son las revoluciones.

MA: ¿Hacia dónde va América Latina?

EC: Vamos cada vez hacia mayor pobreza, mayor miseria, mayor desempleo; vamos hacia todos los desastres del régimen neoliberal que impera. Así será, hasta que tengamos una revolución en toda América Latina y el mundo entero. Todos los países necesitan ahora de la revolución; también Rusia la necesita.

MA: ¿Los grandes problemas económicos en Rusia hacen pensar en el retorno de un nuevo esquema revolucionario?

EC: La nueva revolución no ha empezado ahí, pero hay que tener en cuenta que antes de producirse los sucesos de la Revolución de Octubre, nadie sabía que eso iba a ocurrir. Aquí también en Norteamérica, la gran revolución de independencia de Estados Unidos no dio señales de existencia hasta el momento de su estallido. La Revolución Francesa empezó y los franceses no se habían enterado que ya estaba en marcha. Necesitamos una globalización de la revolución, para la búsqueda de una sociedad de libertad e igualdad.

Alegría

Isaac Bashevis Singer

El rabino Bainish de Komarov, después de enterrar a Bunem, su tercer hijo, dejó de orar por sus otros hijos enfermos. Sólo le quedaban un varón y dos hembras, y los tres escupían sangre. Su esposa irrumpía con frecuencia en la soledad de su estudio y le gritaba:

—¿Por qué estás tan silencioso, por qué no mueves el cielo y la tierra?

Con los puños alzados, se lamentaba:

—De qué te sirven tus conocimientos, tus oraciones, los méritos de tus antepasados, tus ayunos prolongados? ¿Qué tiene Él contra ti, nuestro Padre en el Cielo? ¿Por qué toda su ira está dirigida contra ti?

Una vez, en su desesperación, le arrebató el libro sagrado y lo lanzó al piso. Silenciosamente el rabino Bainish lo recogió. Su respuesta invariable era:

—Déjenme solo.

Aunque todavía no llegaba a los cincuenta, la barba del rabino, tan fina que sus pelos podían contarse, se había puesto blanca, como la barba de un anciano. Era alto y se había encorvado. Sus severos ojos negros no se detenían en nadie. No volvió a comentar el Torá¹ ni tampoco volvió a presidir las comidas. Hacía varias semanas que no aparecía en la casa de estudio. Aunque sus seguidores venían desde otros pueblos para visitar-

lo, tenían que regresar sin siquiera haberlo saludado. Se sentaba detrás de la puerta, firmemente cerrada, en silencio. Era un silencio incómodo. La gente, un Hasidim², íntimo amigo suyo, todos, poco a poco, se fueron dispersando entre los otros rabinos. Sólo los más cercanos, el más viejo de los Hasidims, los más sabios, se quedaron. Cuando murió Rebeca, su hija más pequeña, el rabino ni siquiera acompañó al cortejo fúnebre. Ordenó a su sacristán, Avigdor, que cerrara los postigos, y así permanecieron. A través de una pequeña hendidura entraba un poco de luz, suficiente para leer sus libros. Ya no recitaba los textos en voz alta; apenas pasaba las páginas, abría el libro en una parte, luego en otra y, con un ojo cerrado, miraba más allá de las páginas y las paredes. Sumergía la pluma en el tintero, se acercaba una hoja de papel, pero no podía escribir. Llenaba su pipa, pero la dejaba sin encender. No tocaba el desayuno ni la comida que le llevaban a su estudio. Pasaron semanas y meses así.

Un día del verano el rabino se presentó en la casa de estudio. Había varios niños y jóvenes estudiando, mientras que un par de ancianos meditaban. Como su rabino se había ausentado por tanto tiempo, todos se asustaron con su presencia. Dio un paso hacia un lado, otro hacia atrás y preguntó:

—¿Dónde está Abraham Moshe?

—En la posada —respondió un joven que todavía no se había quedado paralizado.

—¿Podrías decirle que venga a verme, por favor?

—Sí, Rabino.

El joven se marchó inmediatamente en dirección a la posada. El rabino se dirigió a los estantes, tomó un libro al azar, se fijó en una página y después lo volvió a colocar en su lugar. Se quedó allí, con su ropón desabotonado, su traje de oración con largos flecos, sus pantalones cortos, sus medias blancas, su sombrero encajado hasta las orejas, su pelo desarreglado, sus cejas engurrinadas. La casa de estudio estaba tan quieta que se podía escuchar el agua gotear en la palangana y a las moscas volar alrededor de los candelabros. El viejo reloj, con sus largas cadenas y granadas en la esfera, crujió y dio las tres. A través de las ventanas abiertas se podían ver los frutales en el huerto; se escuchaba el pío de los pájaros. Las partículas de polvo vibraban, reflejando los colores del arco iris. El rabino se dirigió a un joven que hacía muy poco tiempo había abandonado la escuela hebrea y había comenzado a leer el Talmud³ por su cuenta.

—¿Cuál es tu nombre, eh?

—Moshe.

—¿Qué estás estudiando?

—El primer tratado.

—¿Cuál capítulo?

—Shur Shenagath ath haparah.

¹Traducido por Josefina de Diego, poeta cubana.

—¿Cómo traduces eso?

—Un toro corneó a una vaca.

El rabino se acercó.

—¿Por qué corneó el toro a la vaca?

—¿Qué le había hecho la vaca?

—Un toro no razona.

—Pero El que creó al toro sí razona.

El muchacho no tenía respuesta para esa afirmación. El rabino pellizcó su mejilla.

—Bueno, vuelve a tus estudios —le dijo y regresó a su biblioteca.

El Reverendo Abraham Moshe fue a verlo más tarde. Era un hombre pequeño, con una cara jovial, barba blanca y "earlocks", vestido el traje que arrastraba por el piso, el cinturón ajustado, color verde musgo y una inmensa pipa en la mano. Sus excéntricas eran conocidas por todos. Recitaba las oraciones de la mañana por la tarde y las de la tarde después de que muchos regresaban del servicio nocturno. Cantaba salmos en el Purim¹ y dormía durante las oraciones de Kol Nidre. En la víspera de las Pascuas², cuando todos celebraban las fiestas, estudiaba comentarios de los Tratados Talmúdicos sobre Daños y Compensaciones. Se rumoreaba que en una ocasión, en la taberna, le había ganado al ajedrez a un general, y que el general lo había recompensado otorgándole una licencia para vender coñac. Su esposa era la encargada del negocio; pasaba más tiempo en Komarov que en su casa. Acostumbraba a decir que vivir en Komarov era como pararse en las laderas del Monte Sinaí; el propio aire te purificaba. En un tono más jocoso, comentaba que en Komarov no había necesidad de estudiar; era suficiente con holgazanear un rato en un banco de la casa de estudio e inhalar sobre el Torá cuando uno respiraba. Los Hasidim sabían que el rabino le tenía una gran estima, discutía asuntos esotéricos con él y le pedía su consejo. El Reverendo Abraham Moshe se sentaba siempre en la cabecera de la mesa. Sin embargo, cada vez que visitaba al rabino se comportaba como un principiante. Se lavaba sus manos, se abotonaba su caftán, peinaba sus "earlocks" y su

barba. Entraba con reverencia, como se entra a la casa de un santo.

El rabino no lo mandaba a buscar desde la muerte de Rebeca; esto, por sí solo, era una señal de cuán profunda era su depresión. El Reverendo Abraham Moshe, esta vez, no se demoró sino que fue enseguida, casi corriendo. Cuando llegó a la puerta del rabino se detuvo por un momento, se arregló su gorra y secó sus cejas con un pañuelo y entonces entró con afectación. El rabino había abierto los postigos y estaba sentado en el sillón de su abuelo, fumando su pipa. En la mesa había una taza de té y un panecillo. Aparentemente, el rabino se había recuperado.

—Rabino, estoy aquí —dijo el Reverendo Abraham Moshe.

—Ya veo. Siéntate.

—Gracias.

El rabino permaneció en silencio por un rato. Colocó sus pequeñas manos en el borde de la mesa y contempló las uñas blancas por un rato. Entonces dijo:

—Abraham Moshe, es grave.

—¿Qué puede ser peor? —le preguntó Abraham Moshe irónicamente.

—Abraham Moshe, los ateos tienen razón. No hay justicia, no hay Juez.

El Reverendo Abraham Moshe estaba acostumbrado a las palabras duras del rabino. En Komarov se podía, incluso, desestimar al Señor del Universo. Pero ser rebelde es una cosa; negar a Dios es otra. El Reverendo Abraham Moshe se puso pálido. Sus rodillas le temblaron.

—Entonces, ¿quién gobierna el mundo, rabino?

—No es gobernado.

—Entonces, ¿quién?

—¡Una gran mentira!

—Pero, vamos...

—Un montón de estiércol.

—¿De dónde vino el estiércol?

—En el principio estaba el estiércol.

El Reverendo Abraham Moshe se paralizó. Quería hablar, pero sus argumentos se le atoraban en la garganta. Bueno, es su pena la que habla por



Fotografía de Otto Moll

él, pensó. A pesar de todo, se maravilló. Si Job pudo soportarlo, también lo soportaría el rabino.

—¿Qué debemos hacer entonces, rabino? —le preguntó el Reverendo Abraham Moshe con la voz entrecortada.

—Debemos adorar a los ídolos.

El Reverendo Abraham Moshe se sujetó del borde de la mesa para no caerse.

—¿Qué ídolos? —le preguntó.

Sentía una presión profunda en todo su cuerpo.

El rabino sonrió brevemente.

—No te asustes; no te enviaré al sacerdote. Si los ateos tienen la razón, ¿cuál es la diferencia entre Terah y Abraham? Cada uno servía a un ídolo distinto. Terah, que era muy simple, inventó un dios de arcilla. Abraham inventó al Creador. Lo que importa es lo que uno inventa. Incluso una mentira posee algo de verdad.

—Eres ingenioso, eso es todo —balbuceó el Reverendo Abraham Moshe.

Sus labios estaban secos.

—Bueno, deja ya de temblar. ¡Siéntate!

El Reverendo Abraham Moshe se sentó. El rabino se levantó de su asiento, caminó hacia la ventana y se quedó ahí un rato, mirando hacia fuera. Entonces se dirigió hacia el estante de libros. El estante, que olía a vino y a velas, tenía una caja de especias y una caja de toronjil y unos candelabros para la celebración del Hanukkah. El



Fotografía de Otto Moll

rabino tomó el Zóhar,⁶ lo abrió al azar, leyó una página, asintió y entonces, con un chasquido, exclamó, "una invención muy bonita, muy bonita".

Poco a poco los Hasidims se fueron alejando. Casi nadie visitaba la casa de estudios los sábados. Todos los sacristanes menos Avigdor se habían marchado. La esposa del rabino no soportó su soledad y se marchó por un tiempo a la casa de su hermano, el rabino de Biala. El Reverendo Abraham Moshe se quedó en Komarov. Pasaba un Sábado (Sabbath)⁷, todos los meses, con su familia en su pueblo natal. Si un hombre no debía ser abandonado cuando su cuerpo estaba enfermo, razonaba, tampoco debía ser abandonado durante la enfermedad de su alma. Si su rabino estaba pecando, Dios no lo permitía, se les debía prohibir asociarse con él, pero, en realidad, era más piadoso ahora que antes. Oraba, estudiaba, realizaba el ritual del baño. Y ejercitaba la caridad con tanta pasión que vendió sus posesiones más queridas, los candeleros de plata, los candelabros de Hanukkah, su reloj de oro, su bandeja de Pascuas, y le dio el producto de las ventas a los pobres. El Reverendo Abraham Moshe le reprochó que estaba derrochando su patrimonio, pero el rabino le respondió:

—Los pobres existen. Eso es algo de lo que podemos estar seguros.

Pasó el verano y llegó el mes de Elul. Durante la semana, Avigdor, el sacristán, hacía sonar el cuerno del cordero en la casa de estudio. Komarov se repletaba durante el mes de Elul; no alcanzaban las camas en las

posadas y los jóvenes dormían en los almacenes, graneros, áticos. Pero este año Komarov estaba tranquilo. Las ventanas en las posadas permanecieron cerradas. Creció la yerba en el jardín del rabino; nadie pisoteaba el césped. Las telarañas flotaban en el aire. Las manzanas, las peras y las ciruelas se maduraban en los árboles porque los muchachos que se dedicaban a recogerlas se habían marchado. El canto de los pájaros se escuchaba más alto que nunca. Los topes levantaban montículos de tierra. Algunos arbustos germinaron fresas de una especie venenosa. Un día, el rabino, camino a los baños, arrancó una fresa. "Si una cosa como ésta puede convertirte en un cadáver —pensó— ¿qué es un cadáver?" La olió y la botó. "Si todo depende de una fresa, entonces todos nuestros asuntos son fresas". El rabino entró al baño. "Bueno, demonios, ¿en dónde están?", dijo en voz alta y el eco le devolvió sus palabras. "A menos que existan los demonios". Se sentó en el banco, se desvistió, se quitó su vestidura con flecos para la oración y la examinó. "Fibras y nudos y nada más..."

El agua estaba fría, pero no le importó. "¿Quién tiene frío? Y si alguien tiene frío, ¿qué importa?" El frío le cortó la respiración y se agarró de la baranda. Se sumergió y estuvo un rato bajo el agua. Algo dentro de él se reía. "Mientras que respieres, debes respirar". Se secó y se vistió. De regreso a su estudio abrió el libro de la Gábala, Las Tablas de la Ley. Ahí estaba escrito: "El rigor de la ley debería suavizarse para privar a Satán de su sustento". "Bueno, ¿y qué hacemos si resulta ser un cuento de hadas?" El rabino movió un ojo, como los bizcos, mientras que el otro se quedaba quieto. "¿El sol? Cierra tus ojos y no habrá sol. ¿Los pájaros? Tápate tus oídos y no habrá pájaros. ¿Dolor? Trágate una fresa silvestre y el dolor se habrá ido. ¿Qué queda entonces? Nada en absoluto. El pasado no existe y el futuro está por llegar. La conclusión es que no existe nada más allá del momento. Si es así, no debemos preocuparnos por nada".

A Komarov no llegaron más de treinta Hasidims para el Rosh Hashanah.⁸ Aunque el rabino asistió al servicio con su vestidura y con su chal, no se podía saber si estaba rezando porque se mantenía en silencio. Después del servicio los Hasidims se sentaron a la mesa pero el asiento del rabino quedó vacante. Un anciano cantó una cancioncita y los otros lo acompañaron con entusiasmo. El Reverendo Abraham Moshe repitió un comentario que el rabino había hecho sobre el Torá hacía veinte años. Gracias a Dios, el rabino estaba vivo aunque, para las cosas prácticas, estaba muerto.

Avigdor llevó al cuarto del rabino, para la bendición de la primera fruta, un garrafón de vino, manzanas con miel, la cabeza de un pescado, un pan hecho de huevos, un cuarto de pollo con zanahorias cocidas y una rebanada de piña. Pero aunque ya era de noche, el rabino no había probado bocado.

Ayunó durante el mes de Elul. Sentía como si su cuerpo hubiera sido perforado. El hambre corroía su interior, pero era un hambre ajena a él. ¿Qué le importaba la comida? ¿Debía uno someterse a la lujuria del cuerpo? Si uno se resistía, ¿qué pasaba? ¿La muerte? "Muramos entonces, si eso es lo que el cuerpo quiere. Estoy satisfecho". Una mosca verdosa entró por la ventana abierta, del otro lado de la cortina, y se posó en el vidriado ojo del pescado. El rabino murmuró: "Bueno, ¿qué es lo que esperas? Alimentate..."

El rabino permanecía medio despierto, medio dormido, en su butacón, sus manos sobre los brazos del sillón, sumergido en pensamientos que iban y venían por su cabeza, despojado de cosas externas. De pronto, vio a su hija más pequeña, Rebeca. Había entrado a través de la puerta cerrada, y se paró allí, firme, pálida, su pelo dividido en dos trenzas, ataviada con su mejor traje, bordado en oro, un libro de oraciones en una mano, un pañuelo en la otra. El rabino, olvidando que había muerto, la contemplaba, sorprendido. "Miren eso, ya es una jovencita, ¿cómo es posible que no se haya casado?" Una

gran nobleza se desprendía de su cuerpo; parecía que se acababa de recuperar de una enfermedad; las perlas de su collar brillaban con una luz que no era terrenal, como con un aura propia de los Días de Asombro. Contempló al rabino con una mezcla de reserva y cariño.

—Feliz fiesta, Padre.

—Feliz fiesta, feliz año nuevo —dijo el rabino.

—Padre, da las gracias al Señor.

—¿Qué? Sí, claro.

—Padre, únete a los invitados en la mesa —le dijo en un tono de obligación, pero también implorándole.

Un escalofrío recorrió el cuerpo del rabino. "¡Pero ella está muerta!" Sus ojos se llenaron de lágrimas y se paró, como para abalanzarse sobre ella. A través de la neblina que provocaban las lágrimas la presencia de Rebecca se distorsionó, se alargó, se puso borrosa, pero todavía permanecía junto a él. El rabino se fijó en el cierre plateado de su libro de oraciones y en el encaje de su pañuelo. Una cinta blanca sujetaba su coleta izquierda. Pero su cara, como si hubiera estado protegida por un velo, se disolvió en una mancha. La voz del rabino se quebró.

—Hija mía, ¿estás aquí?

—Sí, padre.

—¿Por qué has venido?

—He venido por ti.

—¿Para cuándo?

—Para después de las fiestas.

Pareció desvanecerse. En el remolino de la neblina su forma perdió substancia pero su vestido continuó arrastrándose por el piso, dejando como una estela de luz que resplandecía a su paso. Enseguida, todo esto se disolvió también y sólo quedó una sensación de encantamiento, de algo sobrenatural, un toque de alegría celestial. El rabino no lloró. Gotas luminosas cayeron en su traje de seda blanca bordado con flores y hojas. Se sintió una fragancia como de mirto, especias y azafrán. Estaba empalagado, como si hubiera comido mazapanes.

El rabino recordó lo que Rebecca le había dicho. Se puso su sombrero de piel, se levantó y abrió la puerta que

daba a la casa de estudio. Ya era la hora de las oraciones de la tarde pero los ancianos no habían abandonado todavía la mesa.

—Feliz fiesta, mis amigos —dijo el rabino con voz alegre.

—Feliz fiesta, rabino.

—Avigdor, quiero dar gracias al Señor.

—Estoy listo, rabino.

Avigdor trajo el vino y el rabino, cantando una tonada festiva, recitó las oraciones. Lavó sus manos con la bendición apropiada y dijo las oraciones de la comida. Después de tomar un poco de caldo, comentó el Torá, algo que no había hecho en mucho tiempo. Hablaba en voz baja pero se le escuchaba bien. El rabino retomó el tema de por qué la luna se oscurece durante Rosh Hashanah. La respuesta es que durante el Rosh Hashanah se reza por la vida y la vida significa libre elección y la libertad es un Misterio. Si uno conociera la verdad, ¿cómo podría existir la libertad? Si uno pudiera tropezarse con el infierno y el paraíso en un supermercado, todos serían santos. De todas las bendiciones concedidas al hombre, la mayor de todas consiste en que el rostro de Dios le estará siempre oculto. Los seres humanos son los hijos del Altísimo y el Todopoderoso juega con ellos a los escondidos. Esconde Su rostro y los niños Lo buscan mientras tienen fe en Su existencia. ¿Pero qué pasaría si, Dios no lo permita, se pierde la fe? Los malvados viven en la negación; la negación misma es también fe, fe en la maldad, y de ella se puede extraer fuerza para el cuerpo. Pero si el hombre piadoso pierde la fe, la verdad le será revelada y será llamado. Este es el significado simbólico de las palabras "cuando un hombre muere en un catre...", cuando el hombre piadoso pierde su posición y queda, como el malvado, sin un refugio permanente, entonces una luz surge de las alturas y desaparecen todas las dudas...

La voz del rabino se fue haciendo más débil. Los ancianos se inclinaban sobre él para tratar de oírlo. La casa de estudio estaba tan tranquila que se podía escuchar el parpadeo de las

velas. El Reverendo Abraham Moshe palideció. Se dio cuenta del significado oculto de lo que estaba sucediendo. Cuando terminó el Rosh Hashanah, envió algunas cartas; estuvo escribiendo hasta que amaneció. La esposa del rabino regresó de Biala y para Yom Kippur⁹ arribaron casi todos los Hasidims. El rabino había vuelto a ser él mismo. Para las fiestas de Sukkoth¹⁰ comentaba sobre el Torá debajo de un árbol. Durante Hashanah Raba, oraba toda la noche, hasta el amanecer, con sus Hasidims. En Simchas Torá,¹¹ nunca se cansaba de bailar alrededor del púlpito. Sus Hasidims dijeron luego que nunca en Komarov, ni siquiera cuando estaba vivo el antiguo rabino, alabada sea su memoria, se había celebrado esa fiesta con tanto placer. El rabino habló personalmente con cada uno de sus Hasidims, les preguntaba por sus familias y leía cuidadosamente cada petición. Ayudó a los niños a decorar el árbol con linternas, encajes y racimos de uvas. Con sus manos tejó canastas para los mirtos. Pellizcaba las mejillas de los niños que venían con sus padres y les regalaba caramelos. Generalmente, el rabino oraba tarde y solo, pero el día siguiente a Sukkoth, oró en la casa de estudio con el primer grupo de creyentes. Después del servicio pidió una taza de café. El Reverendo Abraham Moshe y un grupo de jóvenes lo observaban. Entre sorbo y sorbo encendió su pipa. Dijo:

—Quiero que sepan que el mundo material no posee substancia.

Después del desayuno el rabino dio las gracias. Ordenó que le prepararan la cama y murmuró algo sobre su viejo chal de oraciones. En el momento en que se recostó comenzó a agonizar. Su rostro se puso tan amarillo como su traje de flecos. Sus pestañas se cerraron. Su frente, cubierta por arrugas, adquirió un aspecto extraño. Se podía ver, literalmente, cómo la vida se desprendía de él; su cuerpo se encogía y se transformaba. Su esposa quiso llamar a un médico pero el rabino se lo impidió con un gesto. Abrió sus ojos y miró hacia la puerta. Allí, al lado del mezuzah¹², estaban

todos sus cuatro hijos y sus dos hijas, su padre, alabada sea su memoria, y su abuelo. Con reverencia, todos lo contemplaban, expectantes, con los brazos extendidos. Cada uno de ellos emitía una luz diferente. Se inclinaron hacia delante, como si los detuviera una cerca invisible. "Entonces, así es la cosa", pensó el rabino. "Bueno, ahora todo está claro". Escuchó sollozar a su esposa y quiso consolarla, pero no le quedaban fuerzas en su garganta ni en sus labios. De repente, el Reverendo Abraham Moshe se acercó a él, como si se hubiera dado cuenta que el rabino deseaba decir algo, y el rabino murmuró:

—Uno debe estar siempre alegre. Ésas fueron sus últimas palabras.

1. **Torah o Torá o Torat**: Nombre dado en el judaísmo a los cinco primeros libros de la Biblia o Pentateuco, que contiene lo esencial de la ley mosaica. Generalmente, dicho término designa el conjunto de la Ley judía. (Moisés es el autor de los elementos básicos de la Torá, ley llamada por ello "ley mosaica").

2. **Hasidim o Hasidim**: En hebreo, "los santos". Se dio este nombre a los judíos ortodoxos que se oponían a los intentos de helenización de Antioco IV (siglo II a. C.) y prefirieron rebelarse antes que romper con la Ley. Estos judíos estrictos dieron origen a la secta de los fariseos y, según se dice, también a la de los esenios. El hasidismo reapareció en el siglo XVIII en Polonia y Galitzia bajo la dirección de Israel ben Eliezar, llamado también Bial Shem (m. en 1760), y subsiste todavía en algunas comunidades judías de la Europa oriental.

3. **Talmud**: En caldeo, "instrucción". El código fundamental del derecho judío, civil y canónico, que complementa la Biblia y representa una labor de más de setecientos años. Comprende la *Misná* y la *Gemará*. En la literatura talmúdica se incluye también el *Mábrá*.

4. **Purim**: Festividad judía instituida, según se afirma en el libro de *Éster* del Antiguo Testamento, para conmemorar la liberación de los judíos, de Persia, de la matanza que los amenazaba. El verdadero origen es incierto. Se celebra el 14 de Adar (hacia el 1 de marzo), y en la Palestina actual es un carnaval de tres días.

5. **Pasover**: Pascua judía. Festividad judía celebrada todos los años desde la víspera del 15 de Nisán hasta la puesta del sol del 22. Conmemora el "paso" (en hebreo, *pesaj*) del Señor por Egipto, castigando a los egipcios en sus primogénitos, la liberación de los hijos de Israel de su esclavitud en tierra de Egipto, la institución del sacrificio del cordero pascual y la comida de la matza pan sin levadura. (Pascua florida: La más grande festividad de la Iglesia cristiana, conmemora la Resurrección de Jesucristo).

6. **Zohar, Zóhar o Sohar**: Obra fundamental de la cabala judía, redactada en su mayor parte por Moisés de León entre 1270 y 1300. Su misticismo ejerció una influencia considerable. En hebreo, "esplendor". Comentario alegórico del Pentateuco; es un verdadero compendio de la teosofía cabalística. Está escrito en arameo y en hebreo. Según Moisés de León el libro fue una revelación divina hecha a Simón Ben Jochai en el siglo II d. C. por el profeta Elías; pero se cree que es en gran parte obra del propio Moisés de León.

7. **Sabbath**: En hebreo, "sábado", "descanso". El séptimo día de la semana, durante el cual los judíos deben abstenerse de todo trabajo y unirse al culto divino. Para los judíos el sábado se cuenta desde la puesta del sol del viernes hasta la puesta del sol del sábado.

8. **Rosh Hashanah o Rosh Ha-Shanah**: Año nuevo judío. Caer generalmente en septiembre (u octubre) y es considerado como la conmemoración más solemne de la soberanía divina.

9. **Yom Kippur o Kijapurim o Day of Atonement o Día de Expiación**: Fiesta judía de penitencia y oración, que se celebra diez días después del año nuevo judío, o sea, del Rosh Ha-Shanah (septiembre-octubre). Es la fiesta judía de la expiación, celebrada con un estricto ayuno (no se permite tomar alimento ni bebida excepto a los niños pequeños y a los enfermos) desde la noche del 9 tishri hasta la del 10. No se ejecuta trabajo alguno y todo el período se consagra a la adoración ininterrumpida. La parte central del servicio en la sinagoga es la recitación del servicio del antiguo Templo de Jerusalén. Al finalizar el día se toca el cuerno de carnero como señal de

liberación de los pecados y reconciliación con Dios.

10. **Sukkoth o Succoth**: Fiesta de los Tabernáculos. Fiesta judía de la recolección, celebrada en otoño (del 15 al 23 tishri), para conmemorar la peregrinación de los israelitas por el desierto. Durante estos días estaban obligados a vivir en tiendas ("tabernáculos") o chozas de ramaje. El último día es la fiesta del Gato de la Ley.

11. **Simchas o Simkhat Torah**: Es el día en que se termina de leer la Torá (se lee todo el año) y se empieza de nuevo. Es un festival alegre.

12. **Mezuzah**: En hebreo, "puesto en la puerta". Trozo de pergamino en el cual están escritos ciertos pasajes del *Deuteronomio* que los judíos piadosos colocan en un pequeño recipiente clavado junto a la puerta de entrada. Simboliza su confianza en Dios.

Isaac Bashevis Singer (1904-1991) nació en Polonia. Su padre y su abuelo eran rabinos. Singer se educó en el Seminario Rabino de Varsovia. En 1935 emigró a los Estados Unidos y trabajó como periodista y columnista para el periódico neoyorkino *Jewish Daily Forward*. Aunque originalmente escribía en hebreo, Singer adoptó el yiddish como su medio de expresión. Personalmente supervisó las traducciones de sus escritos al inglés. En 1978 se le concedió el Premio Nobel de Literatura "por sus conmovedoras narraciones que, con sus raíces en las tradiciones culturales polaco-judías, dan vida a la condición humana universal". Escribió cuentos, novelas y dos libros de memorias.



Fotografía de Otto Moll

El país de las guerras que se bifurcan

William Ospina

Colombia ha sido un país de guerras civiles. Durante el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, esas guerras tenían como protagonistas exclusivos a los partidos liberal y conservador, que desde el comienzo de la vida republicana se disputaron con ferocidad el poder, el favor de las regiones y el electorado. Los dos partidos fueron cambiando su perfil al ritmo de los tiempos, representaron el proteccionismo y el libre cambio, representaron el centralismo y el federalismo, representaron el clericalismo y el liberalismo ateo, representaron el esclavismo y el abolicionismo. Pero a finales del siglo XIX ya sólo parecían distinguirse por representar a dos grupos poderosos diferentes, y a lo largo de nuestro siglo no fue ya posible identificar en ellos una doctrina coherente. El más conspicuo líder conservador, Laureano Gómez, hombre vehemente y sombrío que armó desde el gobierno a la policía contra los liberales, era antipapista y fue excomulgado por la curia. Y los más destacados jefes liberales encabezaron una furiosa reacción contra el líder liberal Jorge Eliécer Gaitán, porque temían a su origen popular y su retórica que electrificaba a las muchedumbres. El momento más terrible de esos conflictos entre liberales y conservadores fue la violencia de los años cincuenta, que fanatizó a la población campesina y que sembró el horror en los campos. Sus consecuencias fueron no sólo el éxodo masivo de los campesinos y el crecimiento descomunal de las ciudades, sino un pacto aristocrático entre liberales y conservadores que se llamó el Frente Nacional, y que pacificó transitoriamente el país al precio antidemocrático de prohibir los partidos políticos distintos.

A partir de 1958, dieciséis años de Frente Nacional, cuatro periodos presidenciales en los que cada vez sólo se presentaban a elecciones candidatos de uno de los partidos, gobernaron una época de necesaria tranquilidad, una de las pocas pausas de civilidad que ha tenido Colombia en el siglo XX, conquistaron una relativa estabilidad pero sus

consecuencias a la larga fueron nefastas para la vida política colombiana y para su democracia siempre precaria. Alberio Lleras Camargo, liberal; Guillermo León Valencia, conservador; Carlos Lleras Restrepo, liberal; y Misael Pastrana Borrero, conservador, gobernaron en nombre del bipartidismo, repartieron equilibradamente entre ambos partidos los cargos públicos, y permitieron por inadvertencia y a veces por arrogancia, que en el país crecieran a la vez el sentimiento oficial de que los partidos tradicionales eran los dueños del Estado, y la indiferencia ciudadana de todos los que se sintieron excluidos de la política y del mundillo social que sustentaba esa política.

Esos gobiernos debieron responder al tremendo desafío de un crecimiento desordenado de las ciudades. Bogotá pasó en cincuenta años de tener cuatrocientos mil a casi ocho millones de habitantes; Medellín, de ciento cincuenta mil a tres millones; Cali, de cien mil a dos millones. La pobreza empezó a notarse de un modo dramático, el contraste entre sectores largamente arraigados en unas costumbres urbanas, en un estilo ciudadano y las muchedumbres que llegaban con su tradición campesina agudizó la exclusión social, y los gobiernos no supieron percibir el tremendo cambio sociológico que traía consigo esa violenta urbanización. El centro de interés empezó a ser exclusivamente la ciudad y, obnubilado por la idea de que la ciudad era el futuro, de que la modernidad era lo urbano, el país olvidó que esa urbanización acelerada no era fruto natural de la evolución social sino resultado de un proceso dramático de expulsión, de un ritual de sangre bárbaro y primitivo. Era el crimen, no el progreso, lo que inventaba esas ciudades repentinas.

El campo fue siendo gradualmente abandonado. A comienzos de los años sesenta sólo se hablaba de la Reforma Agraria, pero desde los treinta todos los sucesivos proyectos de Reforma Agraria habían naufragado en un Congreso de terratenientes, y siguieron naufragando invariablemente hasta hoy. Lo que estimulaba aquel discurso era menos la dramática situación de los campesinos que la

William Ospina es uno de los más destacados poetas y críticos de Colombia.

evidencia de la Revolución Cubana y la necesidad de conjurar experiencias similares anticipándose al discurso de los inconformes. Un inmigrante extranjero me señaló que a su llegada al país, hará unos treinta y cinco años, lo que más lo sorprendió era la claridad del análisis de los políticos sobre la realidad nacional, y lo moderno y acertado de sus planteamientos; necesitaría casi tres décadas para comprender que ese discurso siempre lúcido y siempre oportuno de los políticos no tenía ninguna consecuencia en su actuar práctico, y que en el país coexisten siempre las palabras de la modernidad con las estructuras fósiles de un caciquismo primitivo, donde hacer política es manipular electorados cautivos y clientelas para el beneficio privado de los políticos.

En Colombia se abrió camino una democracia formal donde lo importante es la apariencia de legitimidad, no la correspondencia de esos rituales con verdades democráticas profundas. Era un corolario del viejo estilo jurídico heredado de la colonia que en nuestro país recibió el nombre de manzanillismo. Consistía en velar por el respeto escrupuloso de la letra de la ley cerrando los ojos a sus consecuencias sociales. Un dogmatismo cerril hacía que las cosas fueran legales a toda costa aunque fuera evidente su injusticia. Ese espíritu que idolatra la letra de la ley y es indiferente a la justicia es típico de sociedades donde lo importante es el culto de las apariencias, el respeto por la autoridad y no el triunfo de la inteligencia ni de la verdad, donde es siempre más seguro repetir que innovar, siempre más seguro obedecer órdenes que asumir responsabilidades.

Una prueba notable de lo que es ese espíritu legalista y manipulador por parte de los usufructuarios de la ley se dio en el plebiscito de 1957. La Constitución colombiana imperaba formalmente desde 1886; era una constitución conservadora, centralista, negadora de la diversidad del país, pero su principal virtud era la de sostener el principio de un país unificado en un territorio donde antes de la Conquista había 120 naciones indígenas distintas e independientes, y donde no se alcanzó a fortalecer con la Colonia la idea de una nación unitaria, porque el virreinato apenas duró medio siglo. En su primer siglo la República no conformó realmente una nación, vio sucesivamente la separación de Venezuela y de Ecuador de la primitiva Gran Colombia, y después la pérdida del istmo panameño y la segregación del territorio amazónico. El XIX fue un siglo de conflictos y polémicas, de desórdenes y guerras civiles, ensayó el federalismo pero, falto de un principio previo de unidad nacional, éste sólo sirvió para fortalecer el espíritu faccioso de los gobiernos locales, de los partidos y, en su seno, las ambiciones e intrigas personales que siempre se imponen cuando faltan grandes propuestas filosóficas y generosos proyectos colectivos.

El federalismo impidió en la práctica el proyecto nacional, y sólo la Constitución de 1886 vino a generar y fortalecer la conciencia de un país unitario, aunque su elemento cohesionador era apenas un discurso patriótico muy leve, una memoria histórica manipulada por los

partidos y construida para mostrar todas esas guerras y esas pérdidas territoriales como secretas victorias del centralismo bogotano, una relación aristocratizante y supersticiosamente castiza con la lengua, y un vigoroso y politizado poder clerical.

En 1957, para conjurar una dictadura impuesta por los partidos pero que se les había salido de las manos, los políticos recurrieron finalmente al método extremo de convocar a la ciudadanía a un plebiscito. Menos escrúpulos había despertado en las clases dirigentes colombianas recurrir a la ilegalidad del Golpe de Estado para resolver sus propias diferencias, que tener que recurrir ahora al pueblo para resolver legalmente el problema de la dictadura y de la violencia que ellas mismas habían desatado. Allí despertaba el casi instintivo temor de la dirigencia colombiana por todo lo que fuera popular, pero era necesario darle legitimidad al pacto aristocrático del Frente Nacional y no podía discutirse que en un país que se pretende democrático la legitimidad la confiere el favor popular. Sin embargo, es tan grande el desprecio por el pueblo o el temor a sus decisiones, que los artífices del plebiscito incorporaron en él una curiosa cláusula según la cual ese pueblo que votaba se prohibía a sí mismo volver a expresarse libremente en las urnas, al proscribir en adelante para siempre el recurso de los plebiscitos que en ese momento consagraban. El Frente Nacional nacía pues a la vez como un pacto aristocrático y como una mordaza que el pueblo manipulado por los políticos se imponía a sí mismo. Muchos años después sería necesario transgredir la pureza de la norma para que se pudiera realizar el plebiscito que abrió camino a la Asamblea Constituyente en 1991, y con ella a la Constitución que rige al país desde aquel año.

Durante los primeros gobiernos del Frente Nacional fue creciendo de un modo gradual el fenómeno de las guerrillas. Se dice que en los tiempos de Guillermo León Valencia, un afable político caucano, epigramático y amigo de la cacería, hijo del poeta modernista Guillermo Valencia, había en Colombia guerrillas amigas de la Unión Soviética, guerrillas amigas de Cuba, guerrillas amigas de la China de Mao Tse-Tung y guerrillas de intelectuales socialistas inclinadas al terrorismo. Eran grupos reducidos y focalizados, nacidos en centros tradicionales de conflicto, remanentes de la violencia de los cincuenta como las FARC, hijos de las disidencias de los comunistas como el EPL, hijos de la Revolución cubana como el ELN, hijos de los libros radicales como el MOEC. El fondo social sobre el que se recortaban era el de la dramática transformación de Colombia en una realidad urbana con los campos harto abandonados, aunque todavía estuvieran grandes cultivos de caña de azúcar alimentando los ingenios azucareros en el Valle del Cauca, una parte de la cordillera central sembrada de café, de frutales y de caña, los valles centrales sembrados de algodón y las regiones del norte sembradas de banano, porque en el conjunto de la geografía colombiana la tierra incorporada a la producción es muy poca y los grandes latifundios se aplicaron a la ganadería exten-



Fotografía de Otto Moll

siva ofreciendo un espectáculo irracional a los ojos de los economistas.

Las guerrillas eran expresión sobre todo de los sectores campesinos, aunque el ELN, nacido de la influencia de la Revolución Cubana, había visto reforzada su aventura, que surgió espectacularmente en 1965 en el Departamento de Santander, con la adhesión de jóvenes universitarios e intelectuales. El más importante de todos fue el sacerdote Camilo Torres Restrepo, quien llegó a convertirse en un símbolo de la lucha revolucionaria latinoamericana, antes de que la muerte del Che Guevara en combate en Bolivia transformara a este guerrero argentino en la figura emblemática, y casi mítica, de esa época. Camilo Torres Restrepo había participado en la elaboración del libro *La violencia en Colombia*, que era el balance desde la academia de la escalofriante violencia que habían estimulado los partidos liberal y conservador entre 1945 y 1965. Convencido como Gaitán de que los dos partidos eran la ruina del país, y la causa eficiente de sus desgracias, fundó un movimiento llamado el Frente Unido, pero su desesperación y su ingenuo optimismo lo llevaron a pensar, como tantos otros, que la insurrección del pueblo colombiano era inminente. Pero la violencia de los años cincuenta había sido una verdadera guerra civil, en el sentido de que la población colombiana, manipulada por los medios y por los pulpitos y víctima de su propia memoria ancestral, se sentía parte de esos partidos obligados a desgarrarse mutuamente, y en esa medida cada quien veía como su salvación el triunfo de su respectivo partido. Los colombianos no advertían el carácter nefasto de esos partidos, aunque hacía mucho tiempo que los políticos se beneficiaban de ellos con una indiferencia total por la suerte del pueblo. La comunidad podía sentir la pacificación impuesta por el pacto aristocrático del Frente Nacional, y creían sinceramente que el abrazo de los dirigentes le había regalado la paz a Colombia. Así que Camilo Torres se equivocó totalmente pensando que esa solución sería militar. Los colombianos estaban hastiados de violencia y era el momento de intentar una propuesta civil, de crear nuevos partidos modernizadores y pacifistas, que no des-

pertaran la ferocidad de los poderes nacionales frente a todo lo nuevo. Ello era difícil, porque el poder en Colombia, alarmado por la Revolución Cubana, veía comunismo en todas las expresiones de la oposición, y decidió negar toda posibilidad de expresión política legal a la ciudadanía. Los movimientos campesinos, los movimientos estudiantiles, los movimientos obreros fueron reprimidos con ferocidad, el derecho de huelga fue prácticamente borrado, exhibido por los medios como una expresión de malignidad de los sectores laborales, las luchas de los estudiantes por una mayor democracia y una verdadera modernidad en la enseñanza se estrellaron con un autoritarismo incapaz de diálogo alguno, y ello reforzó a los movimientos armados en su convicción de que la única alternativa era la guerra. Camilo Torres Restrepo contribuyó con su adhesión al fugaz prestigio intelectual de las guerrillas, y repitió el destino del poeta José Martí en la Cuba de la Independencia, quien también murió en su primer día de combate.

El exdictador Gustavo Rojas Pinilla intentó al final del Frente Nacional recoger la oposición a los partidos y terciar en el debate político, pero aunque hoy todos piensan que ganó las elecciones de 1970, los resultados arrojaron un súbito incremento final de la votación del candidato oficialista Misael Pastrana, y Rojas Pinilla, que ya en 1957 había preferido retirarse antes que invocar el favor popular y precipitar una guerra civil, por segunda vez renunció a sus ambiciones, pero sacrificando en este caso las esperanzas de más de un millón de electores. Esa frustración hizo surgir al movimiento guerrillero M-19, compuesto principalmente por jóvenes intelectuales de las ciudades, que durante veinte años creció, gracias a acciones militares y publicitarias espectaculares, llegando a ejercer cierta atracción romántica sobre las clases medias del país. Su plenitud ideológica se dio con la irrupción en la vida pública de su líder Jaime Bateman, quien parecía haber superado la tradicional rigidez de los guerrilleros colombianos, su doctrinalismo fanático, y empezaba a articular un discurso cohesionador de sectores más amplios, abandonando el esquematismo marxista e invocando más bien el estímulo a la pluralidad del país. Este discurso iba aliado con un fortalecimiento de las acciones militares, pero a mediados de los años 80 Bateman murió misteriosamente mientras volaba hacia Panamá, y el movimiento nunca pudo reponerse de esa pérdida. Sus líderes desde entonces intentaron mantener su presencia, pero la realidad del país cambiaba vertiginosamente, y la irrupción del narcotráfico en la vida nacional trajo un nuevo elemento dramático a la política y destruyó la posibilidad de que un movimiento nacionalista apelando a las armas pudiera cambiar la sociedad.

Otra de las consecuencias del Frente Nacional fue el total cierre de oportunidades para las clases medias emprendedoras. Ya el M-19 era una buena prueba de que algunos sectores de las clases medias se sentían ahogados por la legalidad del sistema y no encontraban oportunidades de expresión política en el campo de esa legalidad. A comienzos de los años 70, algunos contrabandistas colom-

bianos empezaron a convertirse en traficantes de drogas. El movimiento juvenil de los años sesenta había abierto camino en el mundo al consumo generalizado de hierbas estimulantes como la marihuana, lo mismo que de sustancias industriales como el LSD y otros psicoactivos. Nadie, a lo largo de la década de los 70, pensó seriamente que aquel negocio llegaría a convertirse en una industria de proporciones gigantescas. En Colombia se veía a los traficantes como una especie particular de contrabandistas con suerte, y en el diálogo cotidiano se los caricaturizaba por su ostentación de nuevos ricos, por su dudoso gusto arquitectónico y ornamental, y por su tendencia a imitar el estilo de los norteamericanos. Se hablaba entonces de la clase emergente, pero ni el estado ni los particulares presentían que en el nuevo orden del mercado mundial se estaba asistiendo a la aparición de la primera gran multinacional controlada por latinoamericanos. Sobre todo, nadie imaginaba que el público consumidor de sustancias psicoactivas en Estados Unidos fuera tan grande y estuviera dispuesto a invertir sumas considerables en la satisfacción de sus vicios.

La situación colombiana era particularmente propicia para la aparición de traficantes. La historia nacional era una larga crónica de esfuerzos productivos en los cuales sólo habían podido abrirse camino los productos aceptados por las metrópolis. En vano producían nuestros países bienes que aquéllas ya produjeran o en los que no estuvieran interesadas. Por eso se fueron formando en nuestro continente las repúblicas azucareras, las repúblicas bananeras, las repúblicas petroleras, las repúblicas cafeteras: era la metrópoli la que imponía la lógica de la producción, y nuestros campesinos estuvieron siempre sujetos a ese poder del mercado. Por otra parte, la economía colombiana fue siempre condicionada a producir bienes suntuarios o que llegaban a tener el perfil de lujos y casi de vicios. El oro, las perlas, las esmeraldas, el tabaco y el café fueron sucesivamente algunos de los grandes productos de exportación del mercado colombiano, y nuestra sociedad presenció con muchas de esas bonanzas la aparición de una violencia peculiar. ¿Cómo impedir que vicios nuevos que se daban bien en nuestros suelos y que el imperio parecía dispuesto a consumir en grandes cantidades se abrieran camino? Si los gobiernos de la metrópoli y de nuestros países hubieran advertido a tiempo el peligro que se cernía sobre todos con la formación de esas inmensas fortunas en el marco especialmente propicio a la violencia de la clandestinidad y la prohibición, habrían tenido que prevenir ese peligro estimulando no sólo la producción sino el consumo de otros productos agrícolas capaces de resolver el problema de los productores y de impedir el auge de los negociantes. En otros tiempos el café y el chocolate llegaron a ser considerados drogas adictivas tan peligrosas que fueron prohibidos en muchas sociedades. El alcohol, que hoy se consume legalmente, aunque es indiscutida causa de accidentes y mortalidad, tuvo sus épocas feroces de prohibición, y todo parece indicar que el efecto principal de esa prohibición fue la formación de poderes clandesti-



Fotografía de Otto Moll.

nos extraordinariamente violentos. La hoja de coca fue un producto de consumo natural de los pueblos indígenas americanos durante milenios, forma parte de sus ritos religiosos y de sus ceremonias de conocimiento desde tiempo inmemorial. Por su parte, la cocaína, es decir, el polvo industrial elaborado a partir de la hoja de coca, fue un producto tolerado y consumido por la sociedad europea en la segunda mitad del siglo XIX; llegó a ser un lujo refinado como el rapé; nadie ignora que intelectuales como Sigmund Freud lo consumían con cierta regularidad y le deben a ese uso el resultado de muchas de sus investigaciones; y se sabe que en los cafés de la Francia del fin de siglo y de las primeras décadas del nuestro abundaban los afiches invitando al consumo de licores derivados de la coca, que llegaron a ser muy populares.

Lo cierto es que antes de que los gobiernos lo advirtieran, el tráfico de marihuana y de cocaína se había convertido en un negocio gigantesco, y los aparentemente inofensivos negociantes se habían convertido en hombres riquísimos y llenos de poder cuya economía clandestina, que movía gigantescas fortunas, dado que no podía regularse por medio de la ley y de los tribunales, derivaba de un modo sangriento hacia la justicia privada, las venganzas, la acumulación de poder militar y el terrorismo. A comienzos de los años 80, la actividad de los traficantes de drogas se inclinó hacia la política. Carlos Lehder había fundado un partido nacionalista de extraña ideología, el Movimiento Latino Nacional, y el casi desconocido traficante Pablo Escobar Gaviria se había hecho elegir Representante a la Cámara. Pronto querían tener candidatos a la presidencia de la república. En ese momento comenzó su tensión con el Estado; Estados Unidos advirtió de pronto que las fortunas de la droga eran gigantescas, que el consumo se había disparado y que los poderes subterráneos eran enormes. Y la declaración de guerra al narcotráfico no se hizo esperar. La respuesta de los traficantes a esa guerra,

y a la amenaza de la extradición hacia Estados Unidos, fue el terrorismo, y así comenzó el siguiente episodio de la interminable violencia en Colombia. El Cartel de Gonzalo Rodríguez Gacha y de Pablo Escobar emprendió una despiadada guerra contra la sociedad y contra el Estado que dejó millares de víctimas en unos pocos años. Las barriadas miserables, que no habían recibido ningún beneficio del Estado, y donde crecían los jóvenes hijos de la violencia de los años cincuenta, desamparados, sin educación y sin horizontes, se convirtieron en los surtidores de sicarios a sueldo de las fortunas del narcotráfico. Centenares de jóvenes pobres y sin destino se convirtieron en los verdugos implacables al servicio de esos poderes, y una nueva ideología de la riqueza fácil y de la violencia como único medio de hacerse respetar se abrió camino en las ciudades de Colombia.

A comienzos de los años 80 ya se advertía que algo grave ocurría en el orden institucional colombiano. Los partidos políticos habían perdido completamente su perfil y su capacidad de oposición y fiscalización, pero todavía la presencia de algunos dirigentes de viejo estilo obraba como freno a la descomposición moral. Sin embargo, el Frente Nacional ya había cumplido su misión de desarticular el país. Las muchedumbres crecidas bajo el sello de la exclusión y de la mezquindad se hundían en el resentimiento, la educación no había sido nunca una prioridad de los gobiernos, la miseria se convertía necesariamente en una enorme factoría de delincuentes, y el narcotráfico se perfilaba como un poder enorme que quería a toda costa hacerse reconocer políticamente. Representantes de los barones de la droga se reunieron con algunas personalidades en Panamá para hacer una propuesta asombrosa: estaban dispuestos a pagar la deuda externa del país y a abandonar el negocio a cambio de ser juzgados en el país y seguramente de obtener una amnistía legal para el resto de sus fortunas. El hecho exigía llegar a difíciles acuerdos con la comunidad internacional o desafiarla, y el presidente Betancur se negó de plano a esa negociación que por entonces creyeron posible incluso políticos como López Michelsen e intelectuales como Gabriel García Márquez. Aquellos barones de la droga habían construido una suerte de turbia mitología, y vivían una novela de ambición y violencia que resultaba increíble a los ojos del pueblo. Sus inmensas propiedades que permitían a una sola familia estar próxima a poseer un millón de hectáreas, sus cuerdas de caballos de paso fino colombiano, una variedad célebre en el mundo, sus opulentas mansiones, sus refugios inaccesibles, sus rutas de aviones que llevaban sin descanso la droga hasta las costas de Estados Unidos, sus islas privadas en el Caribe, sus historias de amor, la ferocidad de sus crímenes, sus gestos populistas como la construcción de centros deportivos bien provistos e iluminados en barrios que habían vivido por décadas el abandono estatal, sus canecas llenas de dólares que parecían revivir en el lenguaje de la postmodernidad los legendarios entierros de los pueblos precolombinos, su exhibicionismo, sus Ferraris y

sus Alfa Romeo engendraron un coro de rumores que embelesaba a los jóvenes de las barriadas. A lo largo de esa década, uno de los paseos famosos de los colombianos fue la visita de la hacienda Nápoles, de propiedad de Pablo Escobar, en cuya puerta estaba emplazada la avioneta que según rumores le permitió colocar su primer cargamento en territorio norteamericano: adentro era posible ver el *Bentley* agujereado de un célebre gangster norteamericano, y un extenso jardín con animales exóticos viviendo en libertad en los campos de Dorada, cerca del valle del Magdalena. A orillas de las carreteras surgían de repente pueblos en las inmediaciones de las grandes haciendas, y repentinos bosques de edificios ascendían en las principales ciudades del país. A lo largo de quince años se diría que nuevas ciudades crecieron en las viejas: la industria de la construcción tuvo un auge inusitado y Colombia vivió por algún tiempo una inexplicable estabilidad económica en los mismos momentos en que el resto del continente parecía hundirse en la recesión. Colombia, un país que nunca había vivido el esplendor que vivieron México en los tiempos coloniales o La Habana a fines del siglo XVIII o la Argentina a comienzos del XX o Venezuela en el medio siglo, vivió por unos cuantos años un vago remedo de prosperidad que incluso alcanzaba a ciertos sectores de las clases pobres, sólo que su causa, que los gobiernos más de una vez atribuyeron a su buena política económica, no era más que el reflejo de un violento negocio clandestino por el que el imperio pagaba sumas fabulosas. Tan conocido era el hecho, que algunos traficantes colombianos alcanzaron a aparecer en las listas anuales de Forbes entre los hombres más ricos del mundo. Pero el asesinato del ministro de Justicia en 1984, y la aplicación por parte del gobierno del tratado de extradición de nacionales vigente con Estados Unidos, dieron comienzo a una guerra terrorista que mantuvo a Colombia en estado de conmoción durante los diez años siguientes, y la guerra con los extraditables convirtió al país en una progresión de atentados y alarmas, de secuestros políticos y magnicidios. Durante el gobierno de Virgilio Barco fueron asesinados cuatro candidatos a la presidencia, varios ministros y altos dignatarios del Estado, y el estallido de bombas en los lugares públicos convirtió a algunas ciudades colombianas en pesadillas.

Pero las guerras colombianas no se crean ni se destruyen sino que se transforman. La guerra entre liberales y conservadores de los años cincuenta se convirtió en la guerra silenciosa contra toda oposición en los años siguientes, después en la guerra provocada por las primeras guerrillas, después vino la guerra del M-19 y no concluía ésta cuando estalló la guerra terrorista de los narcotraficantes. En los años ochenta se pensaba que el mundo sería un jardín de rosas si desaparecían Gonzalo Rodríguez Gacha y Pablo Escobar pero, dado de baja el uno bajo los platanales del Caribe, y abaleado el otro sobre los tejados de Medellín, sobrevino la guerra actual, la más violenta y generalizada del último siglo, y que amenaza con agravar-

se. Ante la debilidad del Estado, saqueado por la corrupción, la guerrilla de las FARC creció y se extendió por todo el país; el ELN avanzó también sobre buena parte del territorio y el EPL mantuvo la guerra en algunas regiones; como respuesta a este auge de la guerrilla los paramilitares sembraron el terror en campos y aldeas; las milicias populares dominan muchos barrios de las ciudades, y el ejército, que se ve a menudo acusado de tolerar en sus filas la violación de los derechos humanos, se ve en aprietos para responder a tantos frentes distintos. En los últimos tiempos se han generalizado la captura de prisioneros con fines de canje, el secuestro con fines extorsivos, los asaltos a los pueblos, los retenes en las carreteras a los que las guerrillas llaman "pescas milagrosas", las masacres selectivas realizadas por los paramilitares, y el asesinato de personalidades democráticas bajo la acusación de pertenecer a alguno de los contendores. Aquel que se niegue a comprometerse con la guerra puede ser acusado por cualquier bando de pertenecer al bando contrario.

Colombia no es mayoritariamente un país blanco de estilo europeo, ni indígena, ni afroamericano. Es el país más mestizo del continente, y nunca supo muy bien con qué tradición identificarse. Sin embargo, la Constitución de 1886 construyó efectivamente la actual conciencia nacional a partir de un discurso parcial, que pretendió que Colombia era un país blanco, católico y homogéneo. A lo largo de todo el siglo esa idea del país se impuso en el sistema educativo, en los medios de comunicación, en la conciencia de los colombianos. Pero a comienzos de siglo Colombia tenía cuatro millones de habitantes diseminados en un territorio de más de un millón trescientos mil kilómetros cuadrados, y en esas condiciones, la verdadera complejidad del país, su diversidad étnica, geográfica, cultural, estaba dispersa por el territorio y no era fácilmente perceptible, así que el discurso simplificador podía sostenerse. Pero el cambio dramático de las últimas cuatro décadas de un país rural a uno urbano, en el que la capital tiene casi ocho millones y hay cuatro ciudades de más de un millón de habitantes, ha cumplido el proceso de colombianización de los centros urbanos, que antes tenían un perfil completamente regional, ha dado a los ciudadanos la evidencia de esa diversidad y ha hecho saltar en pedazos todas las ideas que el país se había formado de sí mismo, lo mismo que las instituciones que pretendían interpretarlo y gobernarlo. Hoy es un país sorprendido y alarmado consigo mismo, y es natural que su crisis comprometa todos los aspectos de la vida social: la política, la economía, la educación, la salud, la justicia, el orden urbano, la vida familiar, la conciencia moral.

El compadrazgo de los partidos agravó la situación porque permitió el surgimiento de una desenfrenada corrupción que permite que cada año toda suerte de poderosos y elegantes bandidos se roben el país. El tradicional sistema de privilegios y exclusiones había fortalecido un tipo de proteccionismo económico que toleraba la negligencia y la pésima calidad de los productos entre los

beneficiarios del favor del Estado. Pero con el pretexto de corregir ese error, un gobierno reciente decretó a comienzos de esta década una apertura económica indiscriminada que en lugar de fortalecer la economía mejorando la calidad de los productos, ampliando la capacidad de competencia y fortaleciendo a los productores, entregó el mercado a una invasión de productos de economías mejor organizadas y precipitó la ruina de vastos sectores de la industria y la agricultura. El gobierno siguiente se proponía moderar los efectos calamitosos de la apertura, pero el escándalo por la financiación de la campaña con dineros del narcotráfico sometió su gobierno a una tal presión política que el presidente, para no tener que renunciar a su cargo, invirtió buena parte del presupuesto en comprar mediante publicidad y demagogia el favor de sus gobernados, y declararle, por exigencia de Estados Unidos, una guerra sin cuartel a los dineros del narcotráfico. Es por todo ello que bajo estos gobiernos, a medida que se deterioraba la economía y que se debilitaba el Estado, víctima de su propia corrupción, crecieron y se fortalecieron los ejércitos privados hasta llegar a ser por momentos casi tan poderosos como el ejército regular. El círculo vicioso es inexorable: como el Estado no ofrece soluciones al campo, surgen las guerrillas. Como no ofrece soluciones económicas a los pobres de las ciudades, se fortalece la delincuencia. A consecuencia de ello, como el Estado no está en condiciones de proteger a las clases medias urbanas y rurales de las guerrillas y de la delincuencia, surgen los paramilitares y los ejércitos de vigilancia privada. Pero como el presupuesto de seguridad del Estado debe invertirse en la guerra contra los insurgentes en los campos y en la persecución de las mafias, los ciudadanos se ven crecientemente abandonados en manos del hampa, y las ciudades se convierten en tierra de nadie. Así, una sola causa, la creciente pérdida de legitimidad del Estado, se va ramificando en consecuencias caóticas para toda la comunidad, y Colombia se ve de repente desgarrada por una crisis con más cabezas que la hidra mítica, y sin saber por dónde empezar a corregirlas.

El actual gobierno de Colombia ha basado su programa en la búsqueda de una negociación política que conduzca al armisticio de los muchos ejércitos de esta guerra singular que tiende a generalizarse. Atendiendo a ese propósito ha asumido riesgos políticos serios, como el despeje del área de cinco grandes municipios para que se adelante allí el proceso de paz, mientras en el resto del territorio sigue la guerra; la aceptación expresa de que la guerrilla tiene un programa político y es un interlocutor válido del gobierno; y la aceptación gradual de una serie de condiciones de procedimiento, lo mismo que de un temario común con los insurgentes de las FARC. Es por ello que me atrevo a pensar que el actual gobierno, representante indudable del establecimiento y elegido por la mayor votación de la historia del país, tal vez podría avanzar por el camino del armisticio y de la paz negociada. Ello no significa la paz enseguida, pero significa un razonable comienzo para una reactiva-

ción económica y para una reconstrucción del tejido social. El presidente Pastrana, sobre quien no pesa ni de lejos la sospecha de ser comunista o de estar haciendo concesiones interesadas a los enemigos de la sociedad, puede tener por ello más capacidad de negociación a la hora de los hechos, y la verdad es que en este momento representa, más que a la comunidad, a un sector poderoso de los empresarios colombianos. A mi entender, los empresarios colombianos se dividen hoy, a rasgos generales, entre los que participan del mercado interno, están siendo afectados por la guerra y necesitan una negociación, y por otro lado los que dependen ante todo del mercado externo, padecen menos la guerra y tienen la esperanza de que una guerra total contra la insurgencia los salve de las inversiones que el proceso de paz requeriría. Pastrana representa los primeros, su paz no es precisamente la paz de los pobres, que requiere generación de empleo, dignidad, educación, vivienda, etcétera; su paz es sobre todo la paz de los empresarios. Pero cometeríamos un error muy grave si no advirtiéramos que esa paz de los empresarios no sólo es útil sino que es indispensable para el país. Ellos pueden hoy liderar un proceso exitoso, tal vez porque son hoy uno de los pocos sectores que, en un país atomizado por los individualismos y las discordias, tiene ciertos intereses comunes.

En el momento actual en Colombia se proponen varias alternativas: la del gobierno, que consiste en buscar un armisticio con los grupos alzados en armas como primer paso para una recuperación de la legitimidad y autoridad del Estado en todo el país, única condición, según él, para una verdadera reactivación económica. La de los contradictores del gobierno y de su política de paz, que sostienen que con las guerrillas no hay nada que negociar, porque son una encarnación del mal, y que por lo tanto es preciso adelantar contra ellas la guerra total. Esta posición procura olvidar el hecho de que en los últimos treinta años lo que se ha vivido en Colombia es una estrategia de guerra total contra la guerrilla y contra todo lo que suene a oposición, así sea pacífica, y que si no se las ha acabado es porque técnicamente las guerrillas, una vez establecidas y afirma-

das en cierta base social, son casi invencibles. No es que el Estado colombiano en particular sea inepto y que su política de guerra total haya fracasado en la tentativa de derrotar a los insurgentes. Es que a lo largo de décadas el ejército español no ha podido derrotar a ETA, y el poderoso ejército inglés no ha podido destruir al IRA. Ello es más grave en el caso colombiano, porque no se trata de guerrillas camufladas en algunas ciudades sino de verdaderos ejércitos dispersos por un país cuya topografía hace inexpugnables los fortines en los que resisten, un país donde, a diferencia de los países de Europa y de algunos países de América, es demasiado fácil esconderse y perderse. La tercera solución es la menos fácil y la menos rápida pero es tal vez la única seria a largo plazo. Consiste en la necesidad de un movimiento democrático nacional formado por todas las mentalidades verdaderamente modernas y comprometidas con el país y con su futuro, que se niegue de un modo radical a perpetuar el estilo político de los partidos tradicionales de Colombia, y que proponga una verdadera aventura de renovación, de redefinición del país, de reestructuración de sus instituciones y de reinención de la democracia. La primera tarea de ese movimiento es reconocer al país en su ahora evidente complejidad, reinterpretar su historia y en esa medida reformar radicalmente sus instituciones, renovar las costumbres políticas, asumir el desafío de hacer verdaderamente iguales ante la ley a los ciudadanos, buscar la solidaridad nacional no en la letra sino en el estilo mismo de su acción política, y adelantar un gran esfuerzo de dignificación de la comunidad, y de elevación de la autoestima de los ciudadanos. No puede haber democracia sin demócratas. No puede haber gobiernos razonables y audaces sin una comunidad que los elija y que tenga la suficiente madurez para controlarlos y fiscalizarlos. No puede haber negociaciones con nadie si los gobiernos no representan una voluntad clara y mayoritaria y no tienen el poder de negociar. No puede haber una revolución de la educación como la que Colombia requiere con urgencia, sin una redefinición de los ideales nacionales, sin una superación de los prejuicios y las mezquindades que hasta ahora han gobernado la política colombiana durante décadas. Para ser algo hay que ser alguien, como decía Goethe, y Colombia no alcanzará los beneficios de la modernidad si no se atreve a mirarse en el espejo de su complejidad y si no asume el deber de aceptarse a sí misma, de permitirle a cada ciudadano el ejercicio de su libertad y sólo en esa medida de asignarle a cada uno la medida de su responsabilidad. Ello ya no depende del Estado existente. Depende sólo de la ciudadanía, y sólo cuando cada ciudadano asuma que su papel es fundamental en ese proceso, que su presencia es indispensable y definitiva, cuando tengamos evidencia del poder que puede alcanzar una comunidad, Colombia podrá contar sus ganancias. Sin ese esfuerzo de lucidez, de generosidad y de modernidad, tal vez el siglo XXI verá a Colombia eternizándose en lo que ha sido hasta ahora: un país de guerras ciegas que se bifurcan.



Fotografía de Otto Moll

En casa de Frida

Luz Mary Giraldo

Las paredes alegres
y los colores festivos de la entrada
delante del jardín se abren:
listas para la vida cotidiana
las cosas están en su lugar:
los trajes cuelgan de sus perchas
con sus faldas enormes
como para vestir una pirámide
y en una de ellas
casi a la orilla
un ramo de flores
como venido del jardín la adorna.

Los corredores
—laberintos donde Ariadna pasea—
llevan a un tiempo congelado:
los muebles
las vitrinas
los óleos y retratos
hablan de cosas donde la vida está presente
y todo y nada pasa
en los anillos encima de la mesa
en los guantes de la fiesta
en los collares que un día se enredaron
como serpiente alada
al cuello de cisne que altivo se levanta.

Diego la mira
la deja por siempre en sus murales
la muestra erguida
con los ojos unidos y la sombra en los labios.
Frida lo mira
lo guarda entre sus ojos
lo pinta como animal sagrado.

Ella se pinta
con el vientre que guarda una semilla
con la muerte en mitad del corazón atormentado.
Los dos se pintan
unidas sus manos
las almas abrasadas.

En una de las vueltas
el laberinto rodea un nuevo centro:
el lugar de la buenaventura y el más dulce secreto
el íntimo salón que los recibe a todos
al calor del fogón
los adornos bien puestos
las ollas humeantes
y entre flores y frutas la vajilla
con la vida en los bordes
invita a la cena que eterna se derrama.

El aire de su casa camina por todos los rincones
da fuerza a los colores
a la vida que sale a conquistar el mundo
de la mujer al hombre
de madre a hijo a tierra y a semilla.

La puerta se abre y nos despide
nos da la luz de sus jardines
nos deja en la memoria el orden del pasado
las calles de México
amplias como la palma de una mano
como falda de diosa en sus colores
y el eco del amor
con noche de ronda en la mañana.

Museo Frida Kahlo, México, 1996

Tamaño postal

Jaime Echeverri

Entre las cosas que ella guarda en el cajón hay una fotografía tamaño postal donde aparece junto a un hombre joven, muy parecido al que toca el violín todas las tardes en la esquina. El contraste de su pelo rubio con las barbas oscuras es la única gracia de la foto. Lo demás es igual a cualquier escena callejera: un hombre llevando del brazo a una mujer, yendo o viniendo de un hotel barato donde se deja un instante violado. Nada más. Sin embargo, la guarda allí, precisamente por lo que tiene de común, por la escenografía que la hace parecida a lo que ella quisiera ser, una mujercita simple que espera cada noche la llegada del hombre de barba negra, mientras su pelo rubio puede parecer más rubio por las canas y en la barba del hombre unas líneas blancas marcan el hastío de los años. Por esa foto se dejaría matar.

El hombre del violín viene todas las tardes y ella lo espera con la ansiedad de quien cree en los cambios de la suerte. Desde la ventana lo ve bajarse del bus y venir a la esquina con su estuche que lo hace igual a un gangster. Lo desabrocha lentamente, limpia pausadamente el instrumento y sin apresurarse lo coloca entre la barbilla y el hombro, toma el arco leve y lo posa sobre las cuerdas, dejándolo deslizar para hechizar a los andantes. Una melodía conocida se agazapa entre las notas que surgen del violín como el tejido de humos que sale de un tabaco.

Invariablemente marca las horas de la tarde, no porque llegue puntualmente sino porque el hombre parece tener un secreto sentido del tiempo, llegando siempre en el momento en que la luz se vuelve algo irreal. Cuando la oscuridad empieza a hacerse espesa, el hombre cierra su concierto con algunas notas combinadas de modo definitivo. Aunque no son siempre las mismas, asumen claramente su función de clausura. Entonces, con la misma lentitud del comienzo, retira el violín del mentón, acaricia su cuerpo de madera con un trapo rojo, lleva el dinero del estuche al bolsillo y guarda el instrumento, para caminar

luego lentamente hasta el paradero de buses e irse en la misma dirección en que venía, como si no necesitara regresar al punto de donde siempre parte para llegar aquí.

Vivir sola le enseñó a guardar recuerdos que sirvieran de compañía. Están representados por pequeños objetos que acompañan a la fotografía en el cajón. Pero los años también le enseñaron que los recuerdos envejecen y mueren antes que nosotros y que es mejor dejarlos descansar en paz. El cajón no es abierto con frecuencia, sólo cuando busca algo útil: unas tijeritas, un alfiler, alguna aguja, una maldita llave. Y al abrirlo encuentra ese cementerio de actos, esas cosas cadavéricas de las que no se atreve a deshacerse. Hoy es uno de esos días en que todo se pierde para obligar a la gente a encontrar otro sentido a los actos de siempre. Cae en la cuenta ahora del parecido del hombre de la foto con el violinista de la esquina. Hoy se atreve a pensar que el hombre nunca le ha echado una mirada, que sus gestos automáticos no le han permitido una desviación de sus ojos hacia la ventana desde donde ella lo ve llegar todas las tardes.

La mujer toma bruscamente la foto y la rompe en cuatro. Mira los pedazos con tristeza antes de botarlos. Vacía luego el cajón sobre la cama y examina, una por una, todas las chucherías: la cabeza de una muñeca, un lápiz mordido, una estampilla de algún país remoto, un sobre manchado de tinta, una caja de latón con un grabado rencorosamente desfigurado por los mil rayones del tiempo. La ausencia de la foto destruye el orden de las cosas, haciéndoles perder definitivamente su sentido. Duda antes de echarlas también a la basura y luego se sienta ante la ventana a esperar la llegada del violinista con una insoportable sensación de vacío.

Se duerme. No ve pasar las horas. No ve llegar ese momento en que las cosas cambian de color. No alcanza a sentir la ausencia en la esquina, ni la mirada inquieta de los transeúntes, acostumbrados a la figura del hombre en el lugar, como otra parte de la tarde, ni siente, como los otros, la falta de las melodías que protegían la esquina de los silenciosos peligros de la noche.

Desde ese día las tardes no ofrecen esperanza.

Sobre el agua inconstante

José Pascual Buxó

Nace del corazón una latencia,
un tamboreo leve, una dulzura
de recordar las cosas que pasaron
sobre el agua inconstante.

Tiembla, oculta entre vanas palabras
una luz verdadera,
un follaje de pronto renovado.
Nace del corazón en esta hora
un sabor de lugares que hicieron nuestra casa,
de sitios que nos vieron con el rostro desnudo.

Aquellos que ya fuimos ahora pasan.
Acostumbrados a su imagen sombría,
miran con desespero y nos reclaman
otra vez el olvido, su propia vida sola,
libre de nuestro deslumbrante recordar.

Así fuimos: sobrios, tristes, ligeros,
jóvenes, pues, airados y temidos
por quien más nos amó.

Aquellos palidísimos y oscuros,
aquellos encendidos amantes de blancura
pasan ahora por mi corazón, vuelven ahora
cubiertos del prestigio
de juventud vivida con tristeza.

¿Lo ves? Nace del corazón una penosa lumbre,
un desacompasado ritmo de recuerdos,
y un aire solitario de aquella tierra nuestra
vuelve a mojar los rostros.

Aquellos que ya fuimos regresan a su lecho,
a su agua ancestral,
a la profunda corriente inalterable.

Bajo tu corazón que ahora escucha,
bajo tu propia boca renovada,
estás ahí, ligera, de mi mano,
en las aguas que brillan un poco en el recuerdo.

México, 2000

El realismo hiperbólico de Francisco Rivero

José Manuel Camacho Delgado

La literatura ha sido siempre un antídoto contra el olvido y un bastión frente a la injusticia. También es una licencia para sobrevivir más allá de la tiranía del tiempo y el espacio. Un zarpazo traicionero ha dejado a los lectores sin la posibilidad de seguir disfrutando de la prodigiosa imaginación literaria de Francisco Rivero, quien estaba preparando la tercera parte de su *Trilogía de Matabueyes* cuando le sobrevino una muerte que ha marcado con el luto más riguroso a la literatura española de hoy.

En cualquier caso, con su segunda entrega, presentada con el título de *El año solar*,¹ Francisco Rivero debe ser considerado por derecho propio como una de las voces más personales y sugerentes de la nueva narrativa española. Su pueblo literario, Matabueyes, es una verdadera sede del tiempo donde el narrador sevillano ha entregado lo mejor de su quehacer literario, creando personajes estrambóticos y entrañables, y dibujando con mano maestra un sinfín de situaciones disparatadas y graciosas que llevó al escritor Antonio Rodríguez Almodóvar a hablar de "realismo hiperbólico" en el informe previo a la publicación de su primera novela *Los días del sur*.²

A pesar de que la *Trilogía de Matabueyes* es forzosamente un proyecto inacabado, Francisco Rivero ha sido capaz de crear en sus dos primeras novelas un mundo mítico donde se entretajan las circunstancias reales con las referencias más ancestrales y telúricas, revelando un Sur desprotegido y sacudido secularmente por los vientos de la tiranía, el señoritismo, la convivencia entre el poder y la iglesia, y la represión ejercida por las fuerzas del orden. Es así como el escritor sevillano rescata la niñez perdida, reconstruyendo con pulso firme las miserias y calamidades de los pueblos de aquella España en blanco y negro que sale a trompicones de los escombros de lo que él ha llamado "la última guerra civil".

La publicación de *El año solar* supone la confirmación de que el pueblo imaginario de Matabueyes se ha conver-

tido en uno de los lugares comunes de nuestra geografía literaria, comparable a otros territorios míticos, como Región, de Juan Benet, las marismas de Doñana, de Caballero Bonald, la Obaba rural y mágica de Bernardo Atxaga, el Ainielle fantasmagórico y desesperanzado de Julio Llamazares o el Madrid inhóspito de Juan José Millás. Tras su segunda novela, Matabueyes es más que un pueblo con su intrahistoria truculenta llena de cazurros, gorriones y gañanes: es un estado de ánimo con el que pretende rescatar de las brumas de la memoria los recuerdos más ancestrales del hombre del Sur. Ese hombre rural que vive apegado a la tierra y a sus ritos más atávicos, con su religiosidad campesina, sus miedos seculares y el sentido mitológico de la cultura, heredada siempre de manera oral y colectiva.

A pesar del calado y la profundidad que ofrece en todo momento *El año solar*, Francisco Rivero ha aliviado la gravedad del discurso de la novela con un tratamiento jocoso y divertido de las situaciones más escabrosas, camuflando tras la risa del lector una denuncia sin paliativos de los momentos y personajes más sórdidos de nuestra historia reciente. Así, su literatura está poblada por una retahíla de guardias civiles fanfarrones, curas inquisitoriales, señoritos de tronío y pandereta, pícaros de pelaje variopinto, prostitutas pudibundas, maestros de alpargatas y toda una corte de criaturas miserables que luchan por sobrevivir ante el hambre y la pobreza acuciantes.

El pueblo de Matabueyes también es un reducto mítico donde todo es posible. Francisco Rivero ha situado la trama de *El año solar* en un tiempo indeterminado, lejano y lleno de evocaciones, que atraviesa este siglo con sus grandes convulsiones políticas, su contienda civil y la larga tiranía de la represión y la dictadura. La imprecisión (vaguedad) cronológica del argumento resulta a todas luces efectiva, porque de esta forma encontramos un Sur desprotegido siempre, y no sólo en la segunda mitad de este siglo, convertido en un perpetuo latifundio sin límites racionales, atrasado secularmente para ejer-

José Manuel Camacho Delgado, crítico y catedrático de la Universidad de Sevilla.



Fotografía de Otto Moll

cer sobre la población un control absoluto desde los diferentes tejados del poder. Un Sur que no es sólo Andalucía, sino que es también la España rural y pobre, la España ganadera y miserable, la España que perdió su guerra y parte de su historia entre las gavetas de un dictador que parecía por momentos, en palabras de Gabriel García Márquez, "un experimento de la eternidad".

Matabuey: Encrucijada de criaturas insólitas

Francisco Rivero ha realizado una radiografía descarnada de la Andalucía de posguerra, creando una galería de personajes atrapados por el entorno rural, las creencias más sorprendentes y los ritos tradicionales. El protagonismo de la novela está hábilmente repartido entre toda una caterva de criaturas que representan a los diferentes estamentos sociales de Matabuey: el padre Flamenquerías, el cabo de la guardia civil, Miguel Manoplas, Percherón, el alcalde de Matabuey, el Marqués de la Montera, dueño y señor del municipio, y don Hambre, el maestro con vocación de mártir que sufre un auténtico cabarío ante la tozudez hiperbólica de los *matabueyenses*.

Uno de los personajes de mayor relevancia en *El año solar* es el cura Flamenquerías, verdadero artífice de la trama que articula la novela. Flamenquerías, llamado así por su mucha afición al cante flamenco y a todo lo relacionado con el mundo gitano, aparece inscrito en el reperto-

rio de criaturas cuya filiación literaria debe ser sacada de la picaresca española del Siglo de Oro. Descrito como un hombre socarrón a ratos, jugador tramposo y empedernido, traficante de poca monta, ladrón vocacional, pendero y mujeriego hasta la saciedad, hace su entrada en Matabuey montado a la grupa de un rucio viejo y maltrecho, "como dicen que había entrado Nuestro Señor Jesucristo en la ciudad de Bruselas" (pág. 17), con el firme propósito de imponer entre los feligreses su férreo sentido de la religión. La particular cruzada del padre Flamenquerías no es otra que la de evitar que entren en Matabuey los maestros y los libros, en previsión de que todo lo perviertan y hagan del municipio un reducto perverso del liberalismo más desvergonzado y del ateísmo más beligerante.

Los *matabueyenses* han vivido durante siglos en la más absoluta inocencia y con la mayor sencillez posible, sin necesidad de otros conocimientos que no sean los propios de las fiadas del campo, el cuidado de los animales, la preparación de las vituallas necesarias y, si acaso, un poco de intuición para predecir la mudanza caprichosa del clima. El padre Flamenquerías hace de la vida miserable de Matabuey un reducto arcádico y patriarcal donde el progreso es vetado y alejado con los métodos más expeditivos. Los libros son, en opinión del cura, motivo continuo de pendencia entre los hombres, transmisores del pecado y el libertinaje, instrumento del diablo para sembrar el ateísmo, el desorden y la anarquía en los hábitos religiosos de los respetables ciudadanos. Y no sólo los libros son prohibidos en Matabuey, sino también todos aquellos que profesen algún apego a sus ideas, y muy especialmente los maestros de escuela, lo que llevará al padre Flamenquerías a rodear el pueblo con un alambre de púas para impedir la entrada física de éstos.

El cerco de Matabuey para alejar la influencia de los maestros y sus libros será una de las líneas argumentales más importantes de la novela. El pueblo adquiere así un carácter insular e inexpugnable, al que sólo se puede acceder después de haber dejado atrás los libros y haber besado la noble cornamenta del buey Plumaje. A través de este particularísimo rito de iniciación (o entrada), el forastero accede a un mundo estancado en alguna edad perdida de nuestra historia, donde el tiempo se presenta condensado en una especie de nata vegetal. El tiempo no transcurre en Matabuey, sino que parece dar vueltas en torno a las excentricidades de sus habitantes. Es la eterna rueda del tiempo que da vueltas y vueltas sobre el eje de la pobreza y la miseria.

La defensa a ultranza del municipio, los argumentos ultramundanos que sirven a esta causa, el aislamiento físico y moral en que viven los *matabueyenses*, la prohibición expresa de todo lo que tenga tufo a cultura, ciencia o progreso, tiene evidentes conexiones con las posturas más conservadoras de aquella saga de escritores, como Pereda, Alarcón, el padre Coloma, que vieron en la cultura un enemigo a ultranza de la España patriarcal, noble, castiza

y campesina. Pero sobre todo, es una denuncia en clave de humor, siempre con tintes hiperbólicos, del aislamiento cultural en el que vivieron los pueblos españoles durante décadas de dictadura y represión militar.

El padre Flamenquerías, siempre con ademanes soberbios e inquisitoriales, hace de la torre de la iglesia una garita muy particular desde la que otea el horizonte para prevenir la entrada de los forasteros. A golpe de badajo anuncia la llegada de los visitantes, para después examinarlos, registrarlos y evitar la influencia perniciosa de la cultura, como si se tratase de una nueva plaga bíblica. Es así como don Hambre, un pobre criador de pavos con vocación de mártir, tiene la mala fortuna de tropezarse con el *cuncobero*. Don Hambre, después de una travesía épica por la serranía del Sur, estragado por el hambre y la sed, llega hasta las puertas del pueblo cargado con una veintena de libros de las materias más curiosas, y sufre en sus carnes la intolerancia granítica del padre Flamenquerías. Éste, en un santiamén, con su fuerza descomunal, arrebata los libros a don Hambre y hace con ellos una hoguera inclemente para escarmiento de maestros atrevidos y como manifestación de su poder inescrutable.²

Matabueyes, crisol de clásicos

En Matabueyes no hay libros, pero todas las historias posibles de la literatura parecen concurrir entre sus calles y sus gentes. Matabueyes es una inmensa biblioteca humana donde cada uno de sus personajes parece encontrar su razón de ser en la literatura clásica española. Así por ejemplo, el violento escrutinio que lleva a cabo el padre Flamenquerías, con la consiguiente pira funeraria con los libros de don Hambre, trae inevitablemente a la memoria el famoso episodio del *Quijote* (I,VI), en el que el cura y el barbero queman los libros más perniciosos de la biblioteca del noble manchego para evitar la influencia nociva de las novelas de caballerías.

Pero además de este episodio, cuya filiación narrativa parece indudable, hay otras muchas historias y actitudes de los personajes que convierten a Matabueyes en un crisol de obras clásicas. Así, el sentido de la supervivencia, el hambre ancestral de los habitantes, las continuas triquiñuelas y trampas para engañar al destino, el itinerario degradativo y paupérrimo de sus gentes, la sátira directa contra la sociedad, hacen de *El año solar* una novela heredera de la mejor tradición picaresca española. En este sentido, no sólo el padre Flamenquerías con sus continuos devaneos eróticos, su mucha afición al vino, sus ganas enormes de comer y su vicio insaciable con los juegos de cartas le convierten en una nueva versión del pícaro clásico, sino que toda la atmósfera que envuelve a Matabueyes participa de esta condición, a mitad de camino entre la realidad y la literatura.

Las referencias al hambre de los personajes son continuas y los valores de la vida siempre se miden en términos culinarios; la comida marca la jerarquía de todas las cosas y el *matabueyense* hace de los platos de garbanzos, los

peroles de frijoles y las ristras de morcilla el sentido último de su existencia. Don Hambre, llamado así por su aspecto esquelético y sus malas hechuras, recorre buena parte de la novela estableciendo un ideario que va del hambre a la miseria, y de la incertidumbre a la desesperación. Cercado por el cura del pueblo y odiado por los sectores más intransigentes de Matabueyes, vive su particular calvario intentando enseñar a leer y escribir a una población completamente iletrada, que hace de la incultura su seña de identidad. Tras fracasar de manera estrepitosa en su empeño docente, don Hambre volverá a su vida campesina, al cuidado de los pavos y las gallinas, lejos del rencor enconado de los *matabueyenses*.

Otro de los personajes con mejor traza literaria es el Marqués de la Montera, dueño y señor de buena parte de las provincias del Sur, quien desde sus casi setenta años de aristócrata rancio y pendenciero asiste a Matabueyes, y su Fuente de la Higuera, buscando un remedio milagroso para su impotencia senil. Al igual que ocurre con los restantes personajes de la novela, la crítica de Francisco Rivero a un sistema social arcaico, con ribetes feudales, la realiza en clave de humor, sirviéndose del sarcasmo y la ironía para dibujar en el lector una mueca quevedesca.

La llegada del Marqués de la Montera a Matabueyes constituye una suerte de viaje en el tiempo; también un acontecimiento social sin precedentes. Recordando a la película de Luis García Berlanga, el Marqués de la Montera es recibido en Matabueyes con la pompa y el estruendo de un nuevo Mr. Marshall. A pesar de su condición aristocrática y de los privilegios que acarrea en el ejercicio de su poder, el Marqués de la Montera va de sorpresa en



Fotografía de Otto Moll

sorprende ante el atraso secular de la población, en donde ni uno solo de sus habitantes es capaz de leer ni escribir.

El Marqués, quien se había casado con una "hembra galana, mucho más joven que él y que por sus pocos años, su salud exuberante y sus ganas de jopeo podía tener el empuje de una locomotora y los ardores frenéticos de una coneja encelada" (pág. 60), convierte su lucha contra la impotencia sexual en uno de los ejes argumentales de *El año solar*. El anciano aristócrata, sumido en una profunda desesperación, recurrirá a todo tipo de curanderos, brujos, mercachifles, milagrosos y sanadores de la más diversa condición, destapando los bajos fondos de la sociedad rural para conseguir un remedio definitivo contra su desgaste sexual. El narrador aprovecha estas incómodas coyunturas del Marqués para sumergirse en la idiosincrasia de una sociedad rural que conoce al dedillo, y deja para el lector no sólo un texto de enorme valía literaria, sino un documento donde lo lingüístico y lo antropológico acaban por fijar en el tiempo una España negra que poco a poco va desintegrándose.

A pesar del abolengo del Marqués, y de su crianza entre algodones, este personaje queda atrapado por el mismo sistema mitológico de las gentes del Sur. De la mano del curandero Culebra, el Marqués recurre a los métodos más disparatados para aliviar su impotencia senil, desde el régimen dietético que le lleva a padecer pesadillas y a ver "bichos horribles trepando por las paredes y en lo alto de la lámpara" (pág. 75), hasta pasear sus gracias por un trigal rociado en un amanecer claro. Al igual que ocurre con otros muchos personajes, las historias del Marqués están íntimamente conectadas con los cuentos tradicionales y los materiales folclóricos, consagrados ya en la gran literatura durante los siglos XVI y XVII.⁴ En su recorrido lastimero por la novela, nada podrá paliar la suerte desgraciada del Marqués de la Montera, quien se refugia en una alimentación desordenada y encuentra su muerte en una diabetes devastadora: "El médico que certificó su muerte aseguró que ésta le había sobrevenido a causa de una elevación brutal del nivel de glucosa en sangre, y que a resultas de ello se le

habían encasquillado las ruedecitas del corazón" (pág. 165). Pocas veces en la literatura una premonición ha resultado tan estremecedora para el lector.

Francisco Rivero: los compromisos de la palabra

Matabueyes no es sólo uno de los pueblos de las provincias del Sur; también es una representación cifrada de la Andalucía rural. Una Andalucía marcada por la incultura, la pobreza, el latifundismo, las pésimas condiciones laborales de sus jornaleros, su religiosidad vieja y su gramática parda para espantar al hambre y la miseria, aunque sea a escobazos. Es por ello que Matabueyes sirve de pretexto para que Francisco Rivero lleve a cabo una denuncia inteligente del pasado más inmediato, dentro y fuera de su geografía literaria.

La narrativa del escritor sevillano está marcada por un profundo sentido del compromiso social y político. Su primera novela, *Los días del sur*, recrea el ascenso imparable de un siniestro personaje, Luis el de la Esclava, con malas entrañas desde su nacimiento, quien pasa de ser un simple hijo de jornalero a convertirse en uno de los guardias civiles más activos en la represión de los campesinos, en la custodia y vigilancia de los grandes latifundios y uno de los responsables directos de la matanza de los trabajadores de Matabueyes, una vez iniciada la última guerra civil. En *Los días del sur* la iglesia, los grandes propietarios y las fuerzas del orden (sobre todo la guardia civil) conviven en perfecta armonía, comparten y defienden los mismos intereses y forman una élite que persigue el poder, la represión y el enriquecimiento a cualquier precio.

A diferencia de *El año solar*, esta primera incursión narrativa está situada en un momento muy concreto: se inicia en los años anteriores a la caída de la Segunda República, contempla el violento espectáculo de la contienda civil y dibuja con viveza las difíciles condiciones en que tuvieron que vivir los *matabueyenses*, dentro y fuera de la ficción, durante la larguísima travesía de la dictadura.

El punto de partida de *Los días del sur* lo encontramos en las primeras elecciones democráticas celebradas en este país, con el consiguiente posicionamiento político de los diferentes poderes fácticos del municipio.⁵ La llegada del nuevo orden constitucional actúa como una fuerza centrípeta que arrastra hacia el interior de su engranaje legal a toda una corte de franquistas reciclados que intentan mantener su protagonismo, su poder y su influencia más allá de las ruinas del anterior régimen. El mundo recreado en *Los días del sur* rezuma violencia, represión y continuos intereses enfrentados. El argumento trepidante de la novela apenas si consigue distraer la atención del lector de lo que fue la complicada transición política española. Esta primera obra, escrita con un lenguaje barroco y exuberante, acentúa los rasgos extremos de los personajes porque en esa desmesura encuentra el narrador una de las señas de identidad de la cultura andaluza.



Fotografía de Otto Moll

Por el contrario, en *El año solar* las referencias históricas presentes en la novela están siempre pasadas por el filtro de la mitificación, la imprecisión deliberada del tiempo narrado y la incorporación de ciertos anacronismos que permiten dar un carácter especial al tiempo histórico de Matabueyes. La crítica mordaz contra las costumbres y vicios de este pueblo literario está siempre sujeta al humor y la ironía, provocando la sorpresa y la risa en el lector. Es lo que ocurre por ejemplo con Manuel Manoplas, cabo de la guardia civil de Matabueyes.

El cabo Manoplas es un personaje muy real, y cercano a nuestra historia, aunque su filiación literaria es larga y prolífica —se remonta al *miles gloriosus* clásico. Caracterizado como un personaje enclenque y enfermizo—hasta que se cura milagrosamente en las aguas depurativas de la Fuente de la Higuera—, siempre lo encontramos en actitudes soberbias y fanfarronas, despreciando al débil y adulando al poderoso. Pedante, lenguaraz, de condición caínica, poseedor de un machismo proverbial y defensor a ultranza del sistema latifundista de Matabueyes, él representa el orden público, la ley que sataniza a los jornaleros y los convierte en “la canalla”, y el emisario perfecto para ejecutar las decisiones eclesiásticas.

Este personaje siempre tiene una palabra fuera de lugar, un gesto grandilocuente más propio del vodevil que de la condición épica que pretende representar y su comportamiento está lleno de actitudes exageradas y extremas, lo que lo convierte en un inquilino privilegiado en esta galería extraordinaria de criaturas arrastradas por el realismo hiperbólico, a mitad de camino entre la sátira y cierto sentido de la picaresca andaluza.⁵

No obstante, la novela es ante todo un monumento verbal. El tratamiento literario de *El año solar* ha sido enfocado desde la cultura popular, el discurso oral y una profunda labor de recuperación léxica que permite rescatar del olvido todo un arsenal de palabras que han ido desapareciendo o se han integrado a discursos marginales. Uno de los grandes aciertos de Francisco Rivero ha sido el haber concebido su *Trilogía de Matabueyes* como un extraordinario pulso lingüístico donde las técnicas del relato oral, la incorporación de los dichos populares, del refranero más ingenioso, las comparaciones sorprendentes, las sentencias lapidarias y los chistes más agudos dan una viveza muy especial al conjunto de su narrativa.

En *El año solar* el lenguaje utilizado, empedrado de arcaísmos, giros populares y términos en desuso con los que el narrador da rienda suelta a su sorprendente capacidad de fabulación, se ajusta perfectamente al intento de reconstruir el ámbito rural y campesino de un Sur que ha trascendido la memoria del novelista sevillano para instalarse definitivamente en la memoria de sus lectores. Francisco Rivero parece haber inventado un lenguaje nuevo y exultante para nombrar todas y cada una de las cosas que forman el mundo de Matabueyes. El festín léxico con el que toman cuerpo los elementos más dispares de su literatura da un protagonismo muy particular a las potencialidades

de la palabra, rescatada siempre de las alacenas, los corrales, los sembrados y las caballerizas. Su obra narrativa, y muy especialmente *El año solar*, ha vuelto a poner en circulación un aluvión de voces antiguas con las que sus historias parecen sacadas de los odres viejos de nuestra literatura clásica.

El legado que ha dejado Francisco Rivero no se limita a Matabueyes y sus mil historias sin libros, es sobre todo un legado verbal, donde se recupera el arte de contar cuentos y se rescata del umbral del pasado un verdadero ramillete de locuciones, giros, modismos y expresiones del saber popular, aprendidos en los continuos encontronazos con la vida, que hacen de su literatura un lugar inexcusable en el encuentro de nuestra propia cultura.

⁵ Barcelona, Ficciónario, 1997.

⁶ Sevilla, Algaída Editores, 1995. Antonio Rodríguez Almodóvar dedicó una sentida columna tras el fallecimiento del narrador sevillano el 5 de enero de 1998. “Francisco Rivero”, *El País*, jueves 15 de enero de 1998.

⁷ “Y tras sacárselos de la maleta, rompérselos a tirones y amontonárselos a patadas a la vera del pilar, se los roció con un chorreón de petróleo que llevaba preparado en una botellita de Palafri y se los quemó allí mismo delante de sus narices. Ya pesar de que don Hambre se esforzó hasta la demencia por que no se los quemara, rogándole y suplicándole con la voz acalanturada, sus libros—sus pobres y amados libros—ardieron en una hoguera de expurgo inquisitorial. Desde luego, lo que rogó y suplicó aquella criatura, mientras sus libros ardían devorados por las llamas, no es para describirlo. Sin embargo, ni los ruegos, ni las súplicas le valieron para nada, ya que el padre Flamenquerías, que demostró tener serpientes en la conciencia y alacranes en el corazón, no se conmovió; antes, al contrario, volteaba los libros con un pedazo de caña para que se quemaran bien y no hubiera posibilidad de salvarlos de la iracundia del fuego” (pág. 123).

⁸ Maxime Chevalier, “De los cuentos tradicionales a la novela picaresca”, en *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979 (págs. 335-345).

⁹ Al final de la novela se alude a la presidencia de un gobierno socialista que traiciona los intereses de los trabajadores en general. Podría interpretarse este dato como una contradicción interna de la obra, porque las referencias a las primeras elecciones nos sitúan en el punto de mira de la llegada de la democracia, y no en 1982 con la llegada de Felipe González a la Moncloa. Más que un desajuste interno de la novela, puede ser considerado como una licencia literaria.

¹⁰ Alberto Navarro González, “Literatura picaresca, novela picaresca y narrativa andaluza”, en *La picaresca. Orígenes, textos y estructuras*, op. cit., (págs. 19-29).



Fotografía de Otto Moll

Juan Carlos Galeano

Mesa

a Luis Moro

Muchas veces la mesa sueña con haber sido un animal.
Pero si hubiera sido un animal no sería una mesa.
Si hubiera sido un animal se habría echado a correr
[como los demás
cuando llegaron las motosierras a llevarse los árboles
[que iban a ser mesas.
En la casa una mujer viene todas las noches
y le pasa un trapo tibio por el lomo como si fuera un
[animal.
Con sus cuatro patas la mesa podría irse de la casa.
Pero piensa en las sillas que la rodean y un animal no
[abandonaría a sus hijos.
Lo que más le gusta a la mesa es que la mujer le haga
[cosquillas
cuando recoge las migajas de pan que dejan los niños.

Juego

a Valliere y George Auzenne

Los hermanos montaña y mar usan el río que los une
[como un lazo para jugar.
Un día al mar le da por jalar a la montaña y ella se
[voltea
con su calderada de volcanes sobre las tierras, las casas y
[la gente.
Cuando el mar menos lo espera, la montaña tira del río
y el mar ahoga cientos de animales y a los pescadores
[que viven en la orilla.
"Lo peor de todo es que el río más grande se presta
[para jugar", dice una vieja.
La gente le ruega al universo y a las estrellas que les
[enseñen
a ese par de malcriados a tener buenos modales.
El universo y las estrellas dicen que no quieren meterse
[en problemas de familia.

Fernando Urbina

Hombre tigre

Mientras masco yerba sagrada
recuerdo
la palabra noche del abuelo
hablando del manchado en la penumbra.
Mientras bebo yerba de lejanías
siento
al compás del canto ala del brujo
que mi piel se pinta
con el juego de la luz y de la fronda.
Mientras fumo yerba de silencios
me llega
de la noche más arcaica
el apenas rumor de la palabra asecho.
Mientras la abuela ciñe la pulsera garra
siento
la fuerza de la selva antigua
en mis zarpas sedientas.
Mientras cuelgo en mi cuello
el collar colmillo muerte blanca
mi sangre va diciendo que soy ése:
garra y piel noche día,
rugido y diente.

El mito y el glifo

Entre la sombra,
sentado,
el Abuelo nos dijo la Palabra,
la que otra noche oyó del más anciano
cuyos años lo hacían casi origen.
Y el otro,
el que empuñó cinceles,
talló la Imagen en la piedra antigua
y así duró
más allá de todos los silencios.



Amazonas: un mundo para el futuro

Antonio Correa Losada

¿Cómo acercarnos a esta región que nombran con la palabra Amazonía, la selva más antigua, el agua más dulce de la tierra? ¿Cómo hablar del último y el menos conocido secreto de la tierra, cómo es el Amazonas? Un mundo oculto que se desenvuelve en los círculos del agua y de la selva... un mundo que estalla vivo para el futuro y suelta el extraordinario sonido de la vida.

Es necesario recordar que cientos de años han transcurrido desde que los europeos hallaron lo que apenas hace casi dos siglos llamamos Colombia. Después, más de diez mil generaciones de personas han aprovechado la natural exuberancia de esta esquina septentrional de América del Sur. Esa memoria histórica desconocida para el mundo y aun para los colombianos palpita hoy en la piel de millares de indígenas, de etnias tan numerosas como amenazadas.

Hasta hace muy poco tiempo el Amazonas era mirado como la región del mito. Desde cuando Francisco de Orellana inicia su expedición en Quito, en busca del país de las especies, esos productos exóticos, olorosos y rentables con que Europa soñaba. Las Amazonas —“mazos”, según se dice quiere decir pechos, y “a” sin ellos— eran mujeres míticas que vivían en las remotas fronteras de Turquía, tenían gran dominio del arco y visitaban las tribus vecinas, donde se apareaban con los nativos y sólo dejaban con ellas a las niñas que nacían, únicas herederas de sus fabulosas riquezas y de sus artes guerreras. Los niños eran devueltos muertos en señal de deshonra para los varones. Estas mujeres nunca pudieron ser vistas ni en Europa ni en Asia menor. Pero en América el capitán Orellana las vio de cerca. Tal vez, por el poderoso efecto de la alucinación o quizás porque en estas selvas los sueños se transforman en realidad. En honor a la verdad, suceden cosas cuando el hambre muere los estómagos y los mosquitos son una legión de enemigos mortales e invisibles. Y el mito siguió creciendo.

De 1799 a 1804, el barón Alexander von Humboldt realizó un primer acercamiento a la región y relató sus

sensaciones en los cuadernos de viaje. Posteriormente, de 1869 a 1884, los hermanos Reyes, entre ellos el general Rafael Reyes, que más tarde sería presidente, la recorrieron con los ojos abiertos del negocio, buscando las posibilidades comerciales de la quina. Luego, el abogado y educador huilense José Eustasio Rivera la atravesó con los ojos del asombro y de la indignación ante el expolio que realizaban los caucheros sobre la población indígena; en 1924 publica su novela *La Vorágine*, esa obra fundamental de la literatura hispanoamericana donde, en su segundo capítulo, se da inicio a la oración más agobiante y desoladora de la selva:

¡Oh selva, esposa del silencio, madre de la soledad y de la neblina! ¿Qué hado maligno me dejó prisionero en tu cárcel verde? Los pabellones de tus ramajes, como inmensa bóveda, siempre están sobre mi cabeza, entre mi aspiración y el cielo claro, que sólo entreveo cuando tus copas estremecidas mueven su oleaje, a la hora de tus crepúsculos angustiosos (...)

Tú eres la catedral de la pesadumbre, donde dioses desconocidos hablan a media voz, en el idioma de los murmullos, prometiendo longevidad a los árboles imponentes, contemporáneos del paraíso, que eran ya decanos cuando las primeras tribus aparecieron y esperan impasibles el hundimiento de los siglos venturos. Tus vegetales forman sobre la tierra la poderosa familia que no se traiciona nunca. El abrazo que no pueden darse tus ramazones lo llevan las enredaderas y los bejucos, y eres solidaria hasta en el dolor de la hoja que cae. Tus multisonas voces forman un solo eco al llorar por los troncos que se desploman, y en cada brecha los nuevos gérmenes apresuran sus gestaciones. Tú tienes la adustez de la fuerza cósmica y encarnas un misterio de la creación. No obstante, mi espíritu sólo se aviene con lo inestable desde que soporta el peso de tu perpetuidad, y, más que a la encina de fornido gajo, aprendió a amar a la orquídea lánguida, porque es efímera como el hombre y marchitable como su ilusión.

Antonio Correa, poeta, crítico, editor y especialista en la Amazonía.

José Eustasio Rivera buscó desesperadamente llamar la atención sobre la región amazónica. Sólo hasta 1932, y debido a la guerra con el Perú, el país miró hacia el Amazonas.

La tradición oral cuenta que "antiguamente, la gente no tenía dónde tomar agua, ni cómo viajar. Entonces sufrían mucho, pues no tenían ni río, ni nada que se le pareciera. Hasta que un día, alguno le dijo a los otros que tumbaran ese árbol grueso para poder tener río para navegar y quebrada para tomar agua; y para que pudiese existir el mar. El mar es el tronco y los ríos son las ramas que cayeron y se quebraron, y por eso están todos tan repartidos".

Aún hoy los sonidos de la selva son tan exóticos que exigen al oyente permanecer en silencio absoluto, intentando imaginar quién los emite y qué significado tienen. De vez en cuando se escucha un sonido parecido al que hace un experto *crupier* al barajar un nuevo y acartonado mazo de naipes. Se puede oír algo similar a un rebuzno y un bajo graznido sordo y prolongado que recuerda al del cerdo. Se producen tímidos pitidos y silbidos encadenados que harían volver la cabeza al más desprevenido transeúnte de nuestras ciudades. Quizás—recuerda el equipo Cousteau— el sonido más extraordinario sea el melódico ladrido nocturno del yacaré o caimán. Es, dicen, como la voz de un perro guardián excitado, modulado y suavizado hasta el punto que da la impresión de que un pájaro del tamaño de un caballo estuviera ladrando.

Para la gente del Amazonas, las vías de agua son calles principales y callejones, y la selva el poderoso y verde benefactor que les proporciona objetos de consumo para el cuerpo y dioses para el espíritu. La temen, pero quieren protegerla de la destrucción.

El Amazonas es el hogar de trillones de organismos vivos distintos, cada uno a su manera soluciona sus dificultades de supervivencia, proporcionando servicios a otros organismos y dependiendo a su vez de sus vecinos en el suelo, el río, el follaje o el aire. Teilhard de Chardin señalaba en sus escritos tres infinitudes: lo infinitamente grande, lo infinitamente pequeño y lo infinitamente complejo. Así podemos medir la comprensión de la Amazonía.

La Amazonía es el más grande laboratorio científico de la tierra en el que se llevan a cabo experimentos genéticos que empezaron hace millones de años. De ella han salido criaturas con invenciones increíbles: el perezoso, la tortuga mata-mata, el tucán de pico con el colorido del arco iris, la hormiga que cultiva hongos en las hojas caídas y el cipo de agua que se mueve con su depósito de agua. Pero la aterradora alquimia de la selva produce más que estas peculiares formas de vida. En ella se producen nuevas medicinas, nuevos materiales y nuevos alimentos que permanecen ocultos en el mar inexplorado de la diversidad amazónica, pues aquí se encuentran plantas que nunca han sido vistas por ojos humanos, o raíces que contienen la base química que nos podrían conducir a curas milagrosas que la humanidad ha esperado durante mucho tiempo. Destruir o diezmar estos recursos misteriosos es perder para siempre esta enorme posibilidad.

Un delfín en el río

Del río viene la calma
a inundar
la selva frágil del asombro

La incontenible humedad
de la locura

La masa quieta
la cosa que no salta

Casas vegetales mordidas

Animales de madera duermen
abrazados al río

El día nos divide el rostro
en secreto
y en su tiranía
ojos de zinc en el cielo lavan
la mueca solitaria del viajero

Las miasmas los troncos
continúan su voraz naufragio

Y el mundo brilla
en el lomo oscuro de un delfín rosado

De pronto oscurece

En su opresiva humedad
la piel rancia del pescado
inunda la desolación del medio día

Un ave lima
la rumiante mordida del que come

Salta la sombra inútil
y la lancha avanza muda por el río

Alguien pasa golpeado por los troncos

Un olor vegetal nos abandona
en su vasta tiranía

Sabe por qué el pan Bimbo es Siempre rico, Siempre fresco?

Porque la receta que usan
nuestros panaderos
es perfecta. Y el punto
de horneado... ideal!



non e lla



El tiempo es otro lugar

Adolfo Castañón

¿Qué diablos es una presentación de un libro de poesía? ¿Qué significa hablar en público de los poemas de un amigo? ¿Qué secretas reservas de paciencia y de resignación no debe acumular el autor del libro en cuestión para aguantar los elogios, resistir los equívocos, prestar oídos sordos a la sordera de los bien-intencionados lectores que lo presentan? ¿Y qué es un poema? ¿Por qué se escriben versos? ¿No es asombroso que esta forma de expresión más bien hermética e inasible, imprevisible y fluctuante, tenga público y aun mercado, que las casas editoriales no sólo toleren sino que fomenten esta forma de expresión? ¿Y qué es un poeta? ¿A qué tipo de persona nos referimos cuando pensamos en un poeta? ¿Es el poeta la persona por excelencia en la medida en que hace resonar a través de su máscara su voz oculta, ese aliento que está más allá, esa llama aérea y espiritual envuelta por el cuerpo, disuelta en la voz, vertida a la palabra escrita? ¿Y qué será entonces un crítico, un lector?

Expresar en público estas preguntas es una forma de ser fiel a la experiencia de la lectura de *Afuera pasa el siglo* (1999)¹, segundo libro de poesía de Santiago Mutis Durán.

Conoci a Santiago a principios de los años ochenta gracias, por supuesto, a Álvaro, su padre y nuestro maestro. Aquel joven que llevaba el nombre del patrón de los peregrinos era para mí un ejemplo vivo e inmediato de la paradoja americana. Grave y solemne y a la vez cómico y divertido, hijo del espíritu europeo y del espíritu americano, refinado y telúrico, exacto, secretamente indómito. Se desempeñaba entonces como editor del Instituto Colombiano de Cultura. No era, como los años me lo harían saber, un editor accidental o provisional. Santiago era de esos que, al ver una página, dudan en el primer instante, entre mirarla y leerla, ver su diseño o descifrar su significado. De ahí que no me extrañara que en 1987 fundara la revista literaria y poética *Gradiva*, en homenaje a esa ensoñación narrativa del Dr. Jensen que la lectura de

Sigmund Freud hizo célebre. En los diversos números de *Gradiva* vemos evolucionar precisamente a ese arquitecto de la página que es el editor y el tipógrafo. Lo vemos dialogar con el pintor y con el poeta. Me parece que ese diálogo entre el arquitecto y el poeta, el pintor y el filósofo es quizá uno de los rasgos que permiten definir la configuración intelectual y moral de este autor. De hecho, el primer libro de Santiago Mutis Durán, titulado *El Visitante* (1986) se plantea como un diálogo con la pintura y las artes plásticas (cine, fotografía) desde la poesía. La crítica de artes plásticas aparece en ese luminoso librito donde conviven Edward Hopper y Joan Miró, Wilfredo Lam y Rufino Tamayo, Guillermo Wiedermann, Omar Rayo, René Magritte y José Luis Cuevas, entre otros, como una *visitación*, como un "libro de poesía en busca de personajes" (p. 173). Pero *El Visitante* es ante todo un libro de ensayos sobre pintura, una obra donde se intenta hacer la crítica de la contemplación y donde la imaginación pictórica es visitada por la imaginación poética. En *Afuera pasa el siglo*, esta dialéctica entre visión plástica y visión verbal vuelve a llamar a las puertas de nuestro *Visitante*.

De hecho, el escritor Alastair Reid ha subrayado en la "Introducción al libro": "Es muy satisfactorio tener este volumen que reúne los nuevos poemas de Santiago Mutis; sin embargo, su atenta lectura me deja la sensación de que no debería estar en un libro sino enmarcados y colgados, como cuadros, en un museo (...) Leer algunos de estos poemas es como observar una pintura que toma forma ante nuestros ojos y oídos. Santiago Mutis ve como ven los pintores. El ojo predomina en sus poemas..." (p. 9)

No sólo eso, el pintor Joaquín Clausell, Van Gogh, visto por Artaud, Ludwig Zeller —una presencia fundamental en Santiago Mutis—, la casa del pintor son asuntos que desfilan por este libro-museo. Pero si bien la pintura ronda la obra poética, ésta no sabría reducirse a aquella pues lo que realmente interesa al poeta parece ser el diálogo entre el ojo de la mente y los ojos del cuerpo, el coloquio capaz de explicarnos cómo y por qué la realidad vista, la realidad

Adolfo Castañón, poeta y crítico mexicano.

soñada y la realidad pensada son convergentes y/o divergentes.

Si *Afuera pasa el siglo* fuese pensado como una casa o un departamento (como ese "Interior con Estufa" del danés Vilhelm Hammershøi, que adorna la portada y que en la medida en que fue exigido por el autor como portada del libro debe considerarse de hecho como un epígrafe), ese espacio doméstico tendría nueve estancias: Las mujeres (ocho poemas); La casa (siete); El alma (o la locura) (dos); El cosmos (cinco); Las ciudades (siete); La infancia (cuatro); El misterio (veinte); La patria (cuatro); La poesía (nueve) para sus 64 habitaciones o poemas. El "afuera" a que alude el título estaría compuesto por los poemas iniciales y el "adentro" implícito por los poemas finales. De hecho, si se sigue "al pie de la letra", es decir al pie de la imagen el cuadro de la portada que —insisto— debe considerarse como un epígrafe visual, no queda otro remedio que leer el libro desde el final hacia el principio. Y así, por ejemplo y para no insistir demasiado, nos explicaremos por qué el poema de carácter prologal que titula este libro es precisamente el último, el que lo concluye. Este modo de lectura tal vez nos llevaría a jugar con el título y a decir que en *Afuera pasa el siglo* el autor visitante "trae la música por dentro", y que entre ese siglo que pasa, moderno y a la moda, profano y profanado y el intransitivo "Adagio del alma" se da un contrapunto gobernado por la búsqueda:

Pienso a veces que aún
nadie ha nacido
y que así es la verdad
ciudad poblada de iluminadas lejanías
el hirviente vacío de un pensamiento
El tiempo es otro lugar
Debo alejarme. La ciudad prohibida
hay que buscarla
alejándose de ella,
buscarla donde no está (p. 87)

Quien dice búsqueda —y búsqueda como en este caso— de lo invisible, alude quiera o no a un horizonte de trascendencia.

¿Es bueno el libro de Santiago Mutis Durán?, me preguntó alguien al verme con el libro entre las manos. "¿Bueno?" Es algo mejor: es real. Más allá de la esgrima de las agudezas y del torneo de los malabarismos, muscas y parodias, los poemas escritos por Santiago Mutis se sitúan en un doble, triple, filo peligroso: quieren ser, por supuesto, objetos verbales bien hechos y plantados, pero también aspiran a tener sentido, a decir una experiencia y a expresar una verdad irreductible a la locura, la estupidez o el pánico. Esa aspiración al sentido sólo puede darse al margen o a espaldas de la cultura. *Afuera pasa el siglo* es un libro escrito desde la soledad y en la intemperie, desde un afuera que está por supuesto lejos de la ciudad de la civilización. Lo anima o convoca no sólo una cierta aspereza telúrica (véase p. 66: "La creación —aquí en América no ha terminado—"), sino

la idea de que esa intemperie participa de una misión. Se comprende entonces por qué esa urgencia de sentido, expresada en la necesidad de una persona poética, puede aparecer como una instancia comunitaria.

Guy Davenport ha escrito que para la cultura del siglo XX la prehistoria ha ocupado el mismo sitio que para el Renacimiento desempeñó Grecia. Santiago Mutis, hijo de su tiempo, es un poeta imantado por el mito y por la certeza de la eficacia ritual. De hecho *Afuera pasa el siglo* cabe ser leído como un rito, una ceremonia en la cual el autor —a través de su necesaria persona poética— lava en público el cuerpo de sus deseos y de sus sueños. Pero sólo del lector depende la eficacia de la expiación. El lector —que es la figura a quien Mutis Durán dedicó su tercer libro de poesía *Tú también eres la lluvia* antes había publicado *La novia del cielo* (1980) y *Soñadores de pájaros* (1987), en Santiago Mutis —insistamos en ello—, el lector se desdobra en mirador, pues estamos ante alguien que lee y que ve, y que hace de la conciencia de esa doble articulación el punto original de su canto. Creo que por esta razón y por la fascinación que siente Mutis Durán por la obra del artista y poeta Ludwig Zeller, autor de una importante obra de *collages*, al leer *Afuera pasa el siglo* he tenido la impresión de estar repasando una serie de *collages* mentales, una serie de temporalidades fragmentadas que producen un tercer espacio que ya no es ni exterior ni interior, ni sagrado ni profano y del cual sólo sabemos que pasa o más bien que nos pasa: Y ese es el valor de estos poemas: que le pueden pasar al lector. *Afuera pasa el siglo* es un libro —lector— que te puede suceder. Que no se diga que no te lo advertimos.

¹ Santiago Mutis Durán, *Afuera pasa el siglo*, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra firme, México, 1999, pp. 166.



Interior con estufa, Vilhelm Hammershøi



Cinone 1/9

Alberto Gironella

Pierre Alechinsky

Debo decir que mis recuerdos de México, casi familiares, provienen de hace 35 años, y son alrededor de un personaje central desaparecido el 2 de agosto último: Alberto Gironella.

Mi compadre tenía la Mano del Diablo, una mano prodigiosa para prolongar la actualidad de un antiquísimo y venerable teatro pictórico en el que se conjugan (como observó Edouard Jaguer cuando Gironella hizo su primera exposición en París, en 1961) toda la amargura y toda la plenitud de la verdad poética.

Exhibía en esa ocasión sus pinturas objeto. Entre las más enigmáticas de ellas, las que provocan, imponiendo ante un retrato de reina la presencia de un producto industrial de la especie más banal, una lata de sardinas. —Su padre, importador de alimentos en conserva, reclamó: ¿Y por qué latas de la competencia...?

Para Alberto, de una manera general, se trataba de establecer una distinción entre el reconocimiento de su origen y la aventura del espíritu. Ya la vez, entre el aceite que nutre y el aceite de lino, vehículo del pintor.

Alberto Gironella me invitó a venir a México en 1965. A su México. Pero con la condición de que primero leyera una obra maestra. A través de Malcolm Lowry, Gironella me preparaba si no a todos los encantos y sortilegios del país, a considerar el héroe de la novela como alguien bastante parecido a él mismo.

Él y yo compartimos un taller en la antigua escuela comunal de un pueblo de Francia. Todo un verano lo vi pensar y pintar un único cuadro: obra con cierta luminosidad que no puede ser más que española, dominado por la presencia de un enorme mastín que algunas noches creí haber escuchado gruñir desde el fondo del siglo XVII.

En París nos encontrábamos con frecuencia trabajando con nuestro amigo litógrafo Peter Bramsen, en el histórico

taller Clot, en donde rondan los fantasmas de Pierre Bonnard y de Edvard Munch.

Recuerdo una comida en la mesa del taller, despejada de las pruebas de imprenta: el Barón de Belzebros luchaba durante un cuarto de hora con el cuchillo en la cerámica del plato contra un inestable trozo de "gigot". Y de pronto gritó: "¿Por qué tengo obligación de comer la rodilla del canciller Aduer?"

Fueron muchas jornadas de trabajo y de fiesta durante las cuales las corcholatas de cerveza saltaban alegremente. Y bien sabemos el uso que les daba Gironella a las corcholatas clavadas que encuadraban los cuadros dedicados a hombres ilustres, de Buñuel a Zapata.

A propósito del cuchillo, llegamos a la espada del matador: en 1980, en el taller de Alberto, en San Angel, y al año siguiente en el mío de Bougival, pintamos, grabamos en cobre aguafuertes y dibujamos una serie de tauromaquias a dos manos: al alimón.

Fernando Gamboa me dijo que no olvidara que en el círculo, en el gran platón de arena, el hombre visto de lejos solo se define como una pequeña línea vertical, frente al animal, también reducido a otra pequeña línea horizontal. En resumen: dos rayitas en posiciones de vulnerabilidad mutua, casi compartida.

Los resultados de esta tauromaquia fueron exhibidos en París, Madrid, Arles —Arles en Provence, donde Van Gogh, en su cuarto, pintó de memoria una corrida. Arles, en donde el Barón de Belzebros, un bello día de 1990 deambulaba disfrazado de Tartarín de Tarascón. El conjunto de nuestros trabajos "a dos espadas" fue donado al museo de la ciudad.

Recuerdo la sonoridad de su voz de la última conversación que sostuvimos, desde el hospital. Supe que pronto instalaría una mesa para pintar hasta el último día.

Extraordinario hecho: el sonido de una voz resuena en los abismos de lo más intenso del oído.

La voz de los desaparecidos se conserva intacta. La melodía de esa voz nos sorprende.

Palabras de Alechinsky en la inauguración, en el Museo José Luis Cuevas, de la retrospectiva que preparó Daniel Ahadie para el museo Jeu de Paume.

Aníbal Arias

Yo soy así mi hermano

Con un tiro en la cabeza
disparado a boca de jarro
a mi hermano le brota sangre por la boca
la tinta con que escribo
sus mejores poemas de amor

Mi nombre

Mi nombre
mi edad
mi número de identificación
mi profesión
(cuando llegan aquí no me creen)
¿y qué?
levanto los hombros
el encargado de la interrogación
me los hunde de un culatazo

Fernando Denis

Piranesi

Vertiginoso rema el tiempo entre mármoles,
jardines de oro
y subterráneas lunas de hielo.
Abre grutas de rocas dolorosas
y gimen los degollados leopardos
y sueñan las fuentes de piedra
en italianos suspiros

Gira el norte en grises, impetuosas
acuarelas de pájaros.

Abajo, las otras piedras,
las piedras de la mente
trazan un juego de círculos y laberintos
en el mapa de la mano amorosa
que trazó la arquitectura de los infiernos.

Hernando Revelo

Naufragio 4

Mi perro
lame con afecto las últimas migajas de luna
que se quedaron abandonadas en su memoria.
Nadie sabe que es ciego
y esquivo los muros y la muerte
como un atento aprendiz de guardafaro.
El día es noche en sus pupilas
y le muerde al sol sus dedos de amapola
y se tropieza con las astromelias
y le teme a la lluvia
y se queda dormido debajo de la tarde.
Lo que quiero decirles es que mi perro ciego
ha muerto.
Lo hemos enterrado en el patio de atrás
donde la infancia enredó las cometas.
Sobre su pecho de tierra
se levanta un rosal;
en las noches, un murmullo de rosas
le ladran a la luna.

Ana Milena Puerta

Sombra I

Imaginate posible.
Lléname de gracia
y sobre las huellas propias
asegura tu sombra.

No la empañes.
Evidencia única
de lo que son tus cenizas:
carne ardiente
y probable.

El ensayo, un monstruo literario

Mary Carmen Sánchez Ambriz

Los grandes filósofos y ensayistas han demostrado que preguntar es un arte. Hugo Hiriart es el hombre de las mil preguntas. Su profesión es hacer sencillo lo complejo: explora distintas rutas de pensamiento y de los sentidos, recobra sensaciones, revisita la historia, se vuelve cómplice de aquello que Santa Teresa llamó la loca de la casa, la imaginación. Hace poco tiempo publicó el libro de ensayos *Los dientes eran del piano* (Tusquets, 1999), en donde reflexiona sobre la manera como el ser humano se aproxima y capta el arte.

Mary Carmen Sánchez: Usted ha frecuentado varios géneros, el teatro, la novela, el cuento, el ensayo, ¿con qué género se siente mejor?

Hugo Hiriart: Con el ensayo, es el género que a mí me gusta más. Me apasiona plantearme un problema y ponerme a pensar. El problema debe estar claramente circunscrito. Y entonces tengo la sensación de que hay algo ahí que no está explicado y es necesario desarrollar. Eso me entretiene mucho, me inquieta, me alimenta, me excita. Escribir ensayos responde a la necesidad de explicar las cosas y uno no queda tranquilo hasta que no aborda un asunto determinado.

MCS: El libro *Los dientes eran del piano* está dividido en varios ensayos para que no sea pesado. ¿Así lo planeó desde un principio?

HH: La verdad es que el libro es un solo ensayo, no son ensayos pegados sino un ensayo con varias partes. Porque si uno lee ensayos cortos, delimitados, tiene menos posibilidades de perderse, por eso el libro no se siente pesado.

MCS: La mayoría de los temas que aborda son abstractos y éstos, a fin de cuentas, pueden parecer complejos de explicar.

HH: Es que no son tan abstractos sino concretos. Me gusta que las preguntas sean inmediatas, espontáneas, aunque luego se remontan. Es fascinante despertar curiosidad en el lector.

MCS: Su interés parte de cosas aparentemente simples. Montaigne habla de la educación de los hijos y en ocasiones hasta de unos zapatos. Parece que usted aplica lo hecho por Montaigne en algunos de sus ensayos.

HH: En efecto, creo que hay que partir de problemas simples. Reducir lo complejo a lo simple es una cosa que se llama análisis. Lo hace la ciencia desde siempre y lo hace uno en la vida cotidiana. Me halaga mucho esa afinidad con Montaigne porque es de mis autores favoritos. Montaigne era un hombre de muchas lecturas, basta leer alguno de sus ensayos para comprobarlo. Las referencias y citas de Montaigne nunca pesan, él tiene un arte especial de ponerlas de manera que no graviten en el lector, para que el texto no se convierta en algo académico o pesado, sino que sea un razonamiento natural sobre experiencias que todos tenemos. A mí eso es lo que me gusta e intento hacer. Pero he aquí una diferencia. Montaigne parte de sí mismo, él era un estudioso de sí y por eso dice: "El objeto de mis reflexiones soy yo mismo". No lo dice por egoísta, sino porque él cree que si se conoce a sí mismo, conoce a todos los demás, porque él es como cualquier otro. Ese punto de partida no lo tengo en mis ensayos, me parece peligroso (Stendhal también lo hacía). Yo parto de la experiencia común de la gente, formulo un problema e intento aclararlo.

MCS: ¿Emplea la segunda persona para ser retórico?

HH: No tanto, porque para mí escribir un ensayo es como conversar con un amigo. Y otra razón es porque la persona que lee para mí está presente, le estoy hablando a alguien. Me parece muy peligroso que un escritor se ponga a escribir sin que tenga claro a quién le está hablando. Uno escribe para que lo lean y para que lo lea alguien especial.

MCS: Uno de los textos del libro, *Un fantasma para el emperador*, tiene más perfil de ser un cuento que un ensayo?

HH: Es un cuento. Lo quiero montar en teatro, pero creo que funciona mejor para el cine. Me gustan mucho los cuentos. Ese género me remite a los cuentos de niños que inician: "Había una vez... un rey que tenía tres hijas..." Esos me encantan. Hay escritores a los que no les gustan y

no les dicen nada, pero para mí son mejores que una novela de Faulkner. Los cuentos me parecen la quintaesencia de la literatura.

MCS: ¿Por la precisión que requiere el cuento?

HH: Sí y además porque los cuentos siempre son muy democráticos, no hay civilización y cultura que no tenga cuentos. Siempre los campesinos, los analfabetas, tienen cuentos, hasta uno diría que entre más primitiva es la gente más bonitos cuentos tiene.

MCS: En uno de sus ensayos habla de los monstruos. Dice que no son personas con defectos sino situaciones inexplicables y define al monstruo como un andrógino perfecto. A mí me gustaría retomar esto para hablar del ensayo. ¿Está de acuerdo en que el ensayo es un género híbrido, andrógino, un monstruo?

HH: En cierta medida sí. Por ejemplo, tengo muchas ganas de montar ensayos en teatro. ¿Por qué, si montamos cuentos, no podemos montar un ensayo? Bueno no es tan fácil, porque el teatro requiere personajes y situaciones visibles, pero si se arregla se puede dramatizar, muestra de ello son los diálogos de Platón. Lo de los monstruos tiene razón de ser. Muchos autores y filósofos, cuando hablan de la imaginación, dicen que la imaginación puede hacer monstruos: el centauro, la sirena, el minotauro. Lo que digo es que esos monstruos se han civilizado y el verdadero monstruo es algo andrógino. En un libro de Mircea Eliade dice que si alguien no era ni hombre ni mujer, entonces era más que eso, es decir, era un ser superior porque tenía fundidos los contrarios en él. Y esa es una de las cosas que hacen más monstruoso a Dios. Tampoco los ángeles tienen género. Una entidad sin género es muy rara, algo que no es ni macho ni hembra es extraño.

MCS: Pasemos a otro asunto. Usted hace interesantes observaciones sobre los animales.

HH: Sí, me gusta tomar ejemplos de la vida animal para llegar a otros asuntos. Como el caso de las anacondas, dieciocho machos montan una hembra. Por eso cuando la gente dice que algo no es natural, está equivocada. Por ejemplo, hay tipos muy reaccionarios de Provida que dicen que la homosexualidad no es natural. ¿Qué es lo natural? La naturaleza admite todo, cualquier variante, por extraño que sea. Como en el caso de las anacondas, eso es natural para ellas y para nosotros no. En los insectos es natural que la hembra devore al macho y cosas así verdaderamente crueles. Hay un insecto que cuando copula se ve como una hormiga en una toronja, la hormiga es el macho y la toronja la hembra.

MCS: O como los caracoles que son hermafroditas, con cualquiera que se cruce en su camino pueden tener un contacto sexual y la cópula dura más de una hora.

HH: ¡Qué maravilla!

MCS: Estábamos hablando de los monstruos. Me recuerda la definición de Alfonso Reyes sobre el ensayo: el centauro de todos los géneros literarios.

HH: Sí, es una buena apreciación de Reyes. Lo que yo siento al escribir un ensayo es una completa libertad. Este libro

tiene diálogos, cuentos, y es ensayo. Cabe todo. El lector que lee una novela está esperando una intriga que lo lleve de la mano, el lector que lee un ensayo no. Esa es una gran ventaja.

MCS: ¿Qué tan difícil es partir de temas del pasado, retomar planteamientos de filósofos de la antigüedad e ir resolviéndolos?

HH: No es difícil, si uno lo hace con ingenuidad. Considero que uno debe hacerse preguntas con ingenuidad. Hace tiempo escribí un ensayo sobre Edipo y lo hice para responder a una interrogante: ¿por qué cuando a Edipo le dice Tiresias tú eres el asesino de tu padre y el esposo de tu madre, Edipo no dice: "oye pero yo no sabía, qué culpa tengo". La pregunta es por qué no dice eso Edipo, por qué guarda silencio y no se defiende. Eso lo podría preguntar hasta un niño. Digamos que es lo primero que se nos ocurre y nadie cuestiona. En el libro se dice una y otra vez que la dificultad más grande es no ver lo obvio que está frente a nosotros. Para inventar cualquier cosa hay que ver lo obvio, y luego movilizarlo.

MCS: El libro refleja sencillez, mas no simpleza.

HH: Me llevó mucho tiempo escribirlo, pensarlo, dividirlo. Lo que parece sencillo no lo fue al momento de concebirlo, de redactarlo, me costó trabajo que tuviera esa apariencia de sencillez.

MCS: ¿Qué opina del ensayo que se hace en México?

HH: Hay buenos ensayistas. Juan Villoro escribe muy bien, y es muy gracioso, Christopher Domínguez Michael, Guillermo Sheridan, Adolfo Gastañón, Fabio Morábito, Alejandro Rossi, entre otros.

MCS: Hablemos del título del libro. Está tomado de un verso de Lezama Lima. ¿Qué encontró en esa frase?

HH: Desde que lei la frase se me quedó grabada, son dos palabras juntas de manera inusual, producen un fuerte golpe imaginativo. Basta desacomodar dos conceptos lingüísticos para que se escuche ese toque de gong.



Fotografía de Otto Moll

Aurelio Arturo, forjador de paisajes

Guillermo Samperio

*La materia regresa a su costumbre.
Que del agua un relámpago deslumbre
o un sólido de humo
tenga en su cielo ilimitado y tenso
un instante a los ojos en suspenso,
no aplaza su consumo.*

Jorge Cuesta

Aurelio Arturo publicó en 1963 *Morada al sur*, su primer y único libro. En cuarenta y tres años escribió un total de treinta poemas, de los cuales doce están incluidos en *Morada*. Esos pocos poemas pueden contarse, a decir de sus coterráneos, entre los mejores de la poesía colombiana. Álvaro Mutis lo ha mencionado en diversas ocasiones y ha escrito sobre él. No obstante el esfuerzo, como sucede siempre con los escritores nacionales en Hispanoamérica, casi no es leído y no tiene la fama continental que se merece. "La mayoría de los críticos literarios de Arturo —dice Roberto Perry Carrasco— no ha aventajado al lector común en su capacidad para leerlo" (*Cuatro ensayos*, p. 128). El impulso que está cobrando Arturo en su país es una respuesta lúcida de los pensadores y escritores jóvenes colombianos.

En la obra de Aurelio Arturo las cosas existentes en el universo sensible y sensual son un signo, mitad oscuro y mitad luminoso, de una existencia trascendente ("Armo la

noche" y "Sol" son poemas complementarios); lo real es otro aspecto de lo maravilloso, o más bien "lo maravilloso" sería el género y lo "real" la especie. Así nos dice en "Tierra de nadie": "Oí el canto dulce de las tierras de nadie./ Tanta belleza es cierta, viva, sensual, sencilla./ no obstante, todo aquí habla de otras tierras más dulces./ todo es aquí presencia y habla de maravilla".

"Arturo —dicen Bernal Pinilla y Arbeláez— logra una comunidad entre dos elementos de un todo orgánico. Nos entrega una visión totalizadora. Tanto la naturaleza como el hombre reconocen su mutua colaboración, y éste abandona cualquier rencor por los males causados por aquella en la vida del ser humano" (*Cuatro ensayos*, p. 50). Todas las cosas del "Universo", según el mito romántico de la unidad cósmica, se corresponden. Si la sinestesia es una correspondencia de los sentidos, escuchamos con los ojos, vemos con las manos, degustamos con las orejas. Si las partes sensoriales del cuerpo intercambian sus funciones, en la poesía de Arturo las formas del universo sensual también se corresponden e intercambian sus esencias, y así la noche es un árbol gigantesco o un bosque: "De noche las estrellas murmuran: somos hojas/ de celestes follajes, y en acordes rítmicos/ cada hoja se mece al son de alguna estrella./ en estos cielos vivos de las tierras de nadie".

Bernal y Arbeláez opinan que: "...los diversos reinos de la naturaleza, que por definición habíamos aprehendido como separados, se encuentran en Arturo fusionados en un lenguaje unívoco" (*Cuatro ensayos*, p. 51). El espacio terrestre es transferido al aéreo y las cualidades del aire se corresponden con las de la tierra, o a la inversa, resultando una tierra sublimada o un cielo terrestre: "Cielos abandonados a las nubes y al vuelo/ melodías de alas que en el trino las abren,/ ya las algarabías vegetales que llaman/ las lentas nubes blancas de las tierras de nadie".

Los cuatro elementos míticos: tierra, viento, agua y fuego, están ligados a sentimientos primigenios, a temperamentos oníricos fundamentales. Todo elemento material tiene su estética, su psicología y su moral. Muchas imágenes no pueden vivir porque no están adaptadas a la materia que dan sustancia, son simples juegos, análisis basados en una tipología de los oficios, pues de ellos han nacido sistemas analógicos útiles para comprender el misterio humano y cósmico: los "albañiles" y carpinteros para los masones, el carretero para los budistas, el pescado para los cristianos. Hay poetas que utilizan agua y tierra: son alfareros; otros, cincelan la piedra y edifican catedrales: son canteros. Aurelio Arturo significa los valores de un "oficio" completo: es el herrero, ya que domina los cuatro elementos.



Auto-retrato, Otto Moll

"¿Por qué —pregunta William Ospina— no pensar al poema como el proceso de una conciencia que percibe primero los fenómenos aislados, la oscuridad, los brillos, la fuerza, la vida, como cosas separadas, y que después los condensa y limita en una situación o en un símbolo?" (*Aurelio Arturo*, p. 24). Podemos decir que existe un sentimiento del paisaje, o más bien, que el paisaje es un sentimiento y una conceptualización; una ensoñación; desde el punto de vista de la significación, que es metáfora, metonimia o símbolo. La imaginación tendrá visiones si se educa en las ensoñaciones antes de hacerlo en las experiencias; éstas vienen después como pruebas de aquéllas. El agua es un elemento femenino, receptivo, que lleva la voz húmeda de lo milenario; no es realmente la sustancia de sus ensoñaciones, sino la afirmación de su realidad por la palabra del paisaje. El agua es un elemento que simboliza mediante fuerzas humanas recónditas, simples, simplificadoras. Arturo sintetiza dos imágenes cósmicas del agua en *Morada al sur*, las aguas maternas; el complejo de Narciso. La primera arrulla; la segunda, es la conciencia de la belleza propia en la unidad cósmica. "El agua es en la noche como una luz opaca". El agua duplica al cielo. Cuando navegamos sobre las aguas claras bogamos so-

bre nubes, sobre la luna y las estrellas. El Narciso cósmico prolonga al Narciso egoísta, doble arrullo; las estrellas proyectan sobre el agua amada los valores que desean conquistar. Enamoradas de sí mismas, mecen sus fuegos masculinos entre las olas; como un cielo líquido, se arrullan a sí mismas. De allí nacen las imágenes sólidas, endurecidas. Agitado por el viento, el árbol es un depósito de vuelo, el follaje es una parvada. Una sola hoja contagia su ligereza a toda la llanura; en su timidez tiene el poder mágico para levantar a todos los árboles; "El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla. / Pero ya en la represa, salta la bella fuerza, / con majestad de vacada que rebasa los pastales. / Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura".

Hasta aquí han estado presentes o sugeridos los cuatro elementos. El fuego es designado sin nombrarlo, es íntimo, cálido pero no llameante; necesita viento para mantenerse encendido: "Eran las hojas, las murmurantes hojas/ la frescura, el rebrillo innumerable/ ...Las hojas y el viento". El trabajo del herrero está completo: alegrías musculares, endurecidas, masculinas.

Dice Roberto Perry que en la poesía de Arturo "todo queda como en un cuadro impresionista, en el cual los límites exactos de las cosas han desaparecido y ellas se unifican en una coherencia sólida" (*Cuatro ensayos*, p. 144-145). Las imaginaciones ígneas, acuáticas, aéreas o terrestres, pueden revivir sus temas en la verticalidad del bosque, la meta y la maleza, el verdor y la espina, la enredadera y la cepa, las flores y los frutos; el ser mismo: la raíz, el tallo y las hojas; el devenir; las estaciones floridas o deshojadas; las potencias: el trigo y el olivo, la rosa y el roble. La sola presencia del árbol da solidez masculina; el trigo y el olivo, la rosa y el roble; el árbol es recio, digno de llevar en alto un sombrero de alas. La materia del poema de Arturo es fundamentalmente terrestre: "Y aquí principia, en este torso de árbol, / en este umbral pulido por tantos pasos

muerdos/ la casa grande entre sus frescos ramos. / En sus rincones ángeles de sombra y secreto. / En esas cámaras yo ví la faz de la luz pura. / Pero cuando las sombras las poblaban de musgos, / allí, mimosa y cauta, ponía entre mis manos, / sus lunas más hermosas la noche de las noches de las fábulas". La luna del poema se puede tocar, las fábulas o lo fabuloso la hacen existente en el "espacio concreto". Las sombras están hechas de una materia pesada y huidiza que jamás se despega de la tierra; el musgo vive abrasado a la superficie terrestre. En esa materia es donde Arturo puede ver la luz; pero un espacio saturado de sólidos tiene en reserva cierta hostilidad.

Charry Lara opina que "Su creación ayudó a hacernos comprender que lo mágico es sólo la consecuencia de profundizar en la realidad, horadándola; de ahí el amor de su poesía por lo real y concreto" (*Morada al sur*, p. 20). La montaña es un signo fuerte de la tierra áspera, es la integridad y el estoicismo del guerrero y el punto de encuentro con lo luminoso. Dice Carlos Marx que todo lo sólido se desvanece en el aire; en el poema de Arturo la montaña está hecha de sueño. Dos luchas esperamos bajo el signo de la montaña: la del guerrero contra las durezas de la vida; la del ermitaño contra su ser terrenal. El que asciende a la montaña, como Arturo, quiere vencer la gravedad terrestre, al demonio de la pesadez; su grito sólo puede ser escuchado por criaturas aladas: "Oh voces manchadas del tenaz paisaje, llenas/ del ruido de tan hermosos caballos que galopan bajo asombrosas ramas. / Yo subí a las montañas, también hechas de sueño. / yo ascendí, yo subí a las montañas, también hechas de sueños. / yo ascendí, yo subí a las montañas donde un grito/ persiste entre las alas de las palomas salvajes".

Escuchemos de nuevo a Bernal Píñilla y a Arbeláez: "El sencillo y convencional recurso de la memoria, la eficaz integración de ésta con los elementos oníricos, el 'desdoblamiento metafísico' en busca de realidades y el agudo racionamiento ontológico, son algunos de los recursos que Arturo

utiliza para lograr atrapar en el presente de su creación estética, ese pasado que constituye la metrópoli de su universo poético" (*Cuatro ensayos*, p. 47). Al tiempo sólo podemos percibirlo por la sucesión de fenómenos: primavera, verano... mañana... La palabra se sucede en el tiempo. Un paisaje de sonidos carece de espacio, está hecho de tiempo. Borges escribió que si el tiempo es infinito estamos en cualquier punto del tiempo. Ese punto, necesariamente, tiene que estar entre el antes y el ahora; y puede significar la eternidad: "...te hablo de un bosque extasiado que existe/ sólo para el oído, y que en el fondo de las noches pulsa/ violas, arpas, laúdes y lluvias sempiternas".

Para un místico, un hombre es todos los hombres, una montaña, todas las montañas y el centro del mundo; un pájaro, todos los pájaros; la rosa, el ideal de las flores. Para Arturo una hoja es el árbol y el bosque; en su vibración llegan todos los vientos y en su color la totalidad de los colores: "Te hablo también; entre maderas, entre resinas, entre millares de hojas inquietas, de una sola hoja; pequeña mancha verde, de lozanía, de gracia, hoja sola en que vibran los vientos que corrieron/ por los países donde el verde es todos los colores, los vientos que cantaron por los países de Colombia". Pero a un tiempo la lluvia no es sólo la gota, sino también todas las lluvias, las que cayeron antes de la palabra y las que se derramarán cuando se hayan dicho todas las palabras. Esos reinos o países (el viento, la montaña, el río, la luz) son asimismo el testimonio de lo "sempiterno", como diría Arturo, de los avatares de lo originario: "así principian esas lluvias inmemoriales/ de voz quejumbrosa/ que hablan de edades primitivas/ y arrullan generaciones/ y siguen narrando catástrofes/ y glorias/ de ciudades/ lluvias que vienen del fondo de los milenios". El ser una poesía del herrero, donde Arturo funde los cuatro elementos míticos, lo vuelve un poeta de atracción universal, ya que hace contacto con la diver-

sidad de sensibilidades y con la memoria milenaria de sus portadores.

Dice Ospina que Arturo "Sabía que inevitablemente inventaríamos nuestros recuerdos y se entregó al regocijo de inventar, para reconstruir, no las circunstancias sino la atmósfera de su propio paraíso perdido" (*Cuatro ensayos*, p. 29). Arturo busca un calor íntimo; gracias a ese fuego interno, no el de la cólera sino el calor de hogar —el de las habitaciones íntimas, el del regazo de la Nodriza, el tibio que relumbra en las hojas—, es posible la generación mágica del agua, del viento y de la tierra. A pesar de esta luz, el trasfondo poético cobra un entorno en verdad nocturno, entre lo maravilloso y la pesadilla; el sueño de la noche no nos pertenece: nos arrebató nuestro ser. Significa una realidad sólida: la tierra sombría, tenebrosa, en la que la realidad de la fábula es posible: "Noche, sombra hasta el fin, entre secas/ ramas, entre follajes, nidos rotos —entre años—/ rebrillan las lunas de cáscara de huevo, las grandes lunas llenas de silencio y espanto".

Otro motivo de Arturo es la agonia romántica: el gusto por la muerte y lo siniestro. La búsqueda imaginaria de la pesadilla y no sólo del ensueño o las sensaciones y visualizaciones mágicas; la pérdida de sí mismo, la desolación, el abandono de la Nodriza, son algunas de las formas más aberrantes que puede tomar la angustia metafísica. Incluso, el padre aparece sugerido como "...el profundo río de los mantos suntuosos". La madre es leve, alta, una figura de presencia discreta al fondo de un salón u otro. A veces transita por un ámbito que el poeta no logra afirmar con certeza; lo visita en el sueño y los ensueños.

Arturo emplea símbolos mágicos significativos; pero, como los románticos, es para decir que el universo primitivo ha sido desquiciado por la caída... Las aguas se convierten en polvo; el aire no puede pudrirse, pero sí sus criaturas, como el viento que envejece en el umbral de la casa grande; las hadas ahogándose; las



Fotografía de Otto Moll

hojas secas indican al otoño y a la pudrición del cosmos. La descomposición corporal es símbolo de un deseo profundo: la disolución en el universo, querer deshacerse en algo más grande. "Ahora el silencio, un silencio duro, sin manantiales, sin retamas, sin frescuras, un silencio que persiste y se ahonda/ aún detrás del estrépito/ de las ciudades que se derrumban, y las hadas se pudren en los estanques muertos/ entre algas y hojas secas/ y malezas, o se han transformado en trajes de seda abandonados en viejos armarios que se quejan, entre luces y música".

Si el silencio es una entidad originaria, anterior a la palabra, como forma dominante de expresión de las cosas de mundo, para Arturo, ese mismo silencio primigenio persiste en el abismo que abren las megalópolis, o en las ciudades que se disiparon en el tiempo, como Babilonia, Tenochtitlan, Troya. El reconocimiento de la pudrición de tal mundo imaginario implica una nostalgia arturiana, porque Arturo cree y lleva en la memoria del cuerpo la magia de las historias de la Nodriza negra. Arturo se amamantó en lo maravilloso. Es una nostalgia tardía, digámoslo así, hacia las mujeres semejantes a las de la pintura europea de fin de siglo, lánguidas, postradas entre la hojarasca, siendo la hojarasca, la tierra, la vegetación y el agua,

Semejantes al cuadro *La caída de las hojas* de Arthur Hacker o a *Sueño* de Charles Chaplin, donde la dama desmayada está confundida con la tierra y las aguas de la orilla de un remanso. Si hubiera una *Ofelia* para Arturo, se acercaría más a la de Adolphe Dagnan-Bouveret, con más luz y calidez, que la *Ofelia* de Ernest Herbert; esta última sería ya un tanto baudeleriana, allanpocana, en su mirada siniestra y en la fascinación de su belleza, oscura. La presencia del viento inclina al poeta a ofrecer un contrapeso en la casi necesidad perversa de la inmovilidad, la placidez y el desmayo de las ninfeas (*Ídolos de la perversidad*).

La presencia femenina, amorosa, en la obra de Arturo es discreta, a veces elusiva. En "Nodriz", se puede sugerir la fusión del gesto asturiano: el apego a la tierra, como el bosque, y el tránsito hacia la maravilla y la ensoñación. "Tierra, tierra dulce y suave, ¿cómo era su faz, tierra morena?" Hablándole a la Nodriz distante, le platica que una noche llegó hasta su lecho "...una silueta hermosa, esbelta, y en la frente/ me besó largamente, como tú..." La Nodriz-Tierra es la generadora hasta de las figuras de las mujeres que se acercan a él: "...mujeres más leves/ que esa brisa que mece la siesta de los árboles"; "...oigo crecer las mujeres en la penumbra malva/ y caer de sus párpados la sombra gota a gota"; "...y allí, en ellas, hermosas muchachas ríen en el agua,/ y traen en sus brazos/ ramas y cortezas de días de oro/ y hojas de luz naciente". Aquí están esas mujeres de Hacker, Chaplin, Dagnan-Bouveret y otros. Sólo en una ocasión puede presumirse alguna alusión clara a la mujer enfermiza, en los versos "Y en la voz de las mórbidas mujeres/ reclinado, mil años me adormía". Aunque "mórbido" significa "blando, suave", también señala un estado de enfermedad en general y se aplica en especial a la mujer. Un cuadro que pudiera fusionar ambas sustancias podría ser *The Kelpie* de Thomas Millie Dow.

Hay poetas que tienden a la unidad plotiniana; Arturo es uno de

ellos. Su poesía, al final, no es ambigua: es dos que también es uno. El hombre, al descender a su interior, encuentra en sí las imágenes que le rememoran aún sus orígenes; puede redescubrirse en la naturaleza una semejanza real y sagrada. El hombre conserva en el fondo de sí la oscura reminiscencia del paraíso primitivo; si logra escuchar los signos interiores dados por la magia espiritual, realizará su propia reintegración a la naturaleza, restituirá su unidad primordial en la creación. Sólo el hombre, artesano de la caída, puede ser salvador de la naturaleza.

A pesar de que lo visual predomina, Arturo forja paisajes maravillosos en los que las diversas temporalidades se fusionan y se opera el pase poético a los rumores del origen, cuando el mundo era en silencio, sin palabra: "Tierras, tierras de nadie, oh tierras sin caminos/ que aún no oís el ritmo de la humana tonada..." Y entonces las cosas no podían más que expresar su ser con el silencio: "Se encuentra de súbito una líquida palabra melodiosa/ como una fresca agua recóndita...", "Y esa palabra húmeda sonando lejos en el monte./ Ese fresco tambor no se sabe en dónde"; "Yerba: dulce lecho y cabecera/ dócil serpiente melódica". Por ello, Arturo accede a sucesos que nos testimonian: "Hace siglos la luz es siempre nueva". Pero cabría terminar con una pregunta primitiva: "¿Y sólo en secreto saben hablar los bosques?"

Bibliografía mínima

- Arturo, Aurelio, *Morada al sur y otros poemas* / Mutis, Álvaro y otros, *Aurelio Arturo y su obra*, Bogotá, Norma, 1992.
 Arturo, Aurelio, *Primeros poemas*, Bogotá, Arango Editores, 1994.
 Bernal Pinilla, Luis Darío y otros, *Cuatro ensayos sobre la poesía de Aurelio Arturo*, Bogotá, Fondo de Cultura Cafetero, 1989.
 Bachelard, Gastón, *La poética de la ensoñación*, México, FCE, 1986.
 Beguin, Albert, *El alma romántica y el sueño*, México, FCE, 1992.
 Dijkstra, Bram, *Ídolos de perversidad. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*, Madrid, Circulo de lectores, s.f.
 Ospina William, *Aurelio Arturo*, Bogotá, Pro-cultura, 1990.

Aurelio Arturo

El alba llega

Los poetas miraron la noche
 como un gigantesco árbol negro
 cargado de manzanas de oro.

Los labradores miraron la noche
 como una arada de tierra fecunda
 regada de semillas áureas.

Los mendigos miraron la noche
 como a una mendiga
 a quien a través de los rotos
 de su túnica negra
 se le ve el cuerpo de virgen
 [hermosa
 bañado en leche rubia.

Los pastores miraron la noche
 como un rebaño de negras ovejas
 que miran con ojos humildes.

Yo miré la noche,
 pobre madre cubierta de lutos
 que al fenecer el sol adolescente
 vino a guardar su tumba.
 Y en la cúpula del cielo
 prendió un gran paño negro
 con alfileres de cabezas rubias.

Como un arcángel de altas alas el
 [Alba
 levantó la enorme piedra negra
 del sepulturero del sol.

Terapia génica contra el cáncer en México

Andrés A. Gutiérrez López

Ya es muy común oír en cualquier reunión social términos como los de clon, Dolly, terapia con genes, mutaciones, etc. La mayoría de las veces el comentario se hace para amenizar y manejamos la información libremente. Pero ojalá que la cantidad y la calidad de lo que se transmita cada vez sea mejor porque todos los que vivimos en este mundo actual, de una o de otra forma, tendremos que ver con las aplicaciones de la genética en el diagnóstico y tratamiento de las enfermedades. En este contexto, la educación del público será fundamental para poder emitir su opinión con respecto a las normas que regirán las aplicaciones y restricciones de esta tecnología en humanos. Se imagina, por ejemplo, que no se le otorgue un trabajo o la posibilidad de estudiar una carrera porque en el escrutinio genético infantil/juvenil presenta un gen que lo predispone a una enfermedad mental futura? O sin ir tan lejos, en este momento, imagínese una enfermedad grave en algún ser querido que no tiene posibilidades de éxito con las terapias convencionales, y que su médico le proponga ofrecerle una terapia experimental con genes: ¿La aceptaría?

La respuesta a esta pregunta es: "todo depende de la información existente sobre el tratamiento propuesto". Y es precisamente la información que se requiere tener a la mano para aceptar o no este tipo de terapias, la que trataré de transmitirle de la forma más veraz en este artículo. En primer lugar se describen los principios básicos de la terapia con genes y luego las aplicaciones clínicas que se les están dando. Finalmente, doy algunos consejos sobre las garantías que debe recibir en cuanto al grupo médico involucrado y la calidad del producto que se administrará

durante el estudio. Para estos fines, he elegido el formato de preguntas y respuestas porque lo considero de mayor facilidad para seguir un tema tan abigarrado como éste.

¿Qué es la terapia génica?

Podemos definirla como la introducción de un gen a las células anormales de un organismo con fines terapéuticos. Existen múltiples estrategias para introducir un gen a una célula, y el término técnico para referirnos a esa introducción es el de "transfectar".

¿Qué es un gen y para qué sirve?

Un gen es la unidad funcional del material genético conocido como ácido desoxirribonucleico o ADN. De manera general podemos decir que cada gen codifica una proteína con una función específica que puede ser, por ejemplo, una hormona, un anticuerpo, una proteína estructural, etc. Ahora, si consideramos que cada célula de nuestro organismo posee un promedio de 100 000 genes en su núcleo, podemos imaginar lo complejo que es regular qué proteínas y en qué cantidad se tienen que expresar diariamente en cada célula. Además, se tiene que considerar que hay células especializadas para producir proteínas específicas como, por ejemplo, la albúmina en las células del hígado o la insulina en el páncreas.

¿La alteración de los genes produce enfermedades?

Sí. Existen dos grupos principales de enfermedades con alteraciones genéticas que han sido los de mayor interés para el tratamiento con genes: las hereditarias y los cánceres. En el primer caso, las enfermedades hereditarias se originan por alteraciones de un gen específico. Estas alteraciones pueden incluir mutaciones (i.e. cambios mínimos en la secuencia genética del gen) o pérdidas parciales o totales de un solo gen dentro del núcleo celular. A la fecha

Médico Cirujano de la UNAM. Especialista en medicina interna IMSS, CMT, ACP. Fellow in Clinical Oncology, Hammersmith Hospital, UK). Doctor en Ciencias Biomédicas, UNAM. Investigador Titular, Instituto Nacional de Cancerología. Médico activo, Hospital Ángeles del Pedregal. Miembro de la American Society of Gene Therapy. Actualmente investiga sobre el desarrollo de marcadores moleculares y la terapia génica en el cáncer experimental y clínico. E-mail: andresgut@mxnet.com.

se conocen más de 5 000 enfermedades causadas por la alteración de un solo gen, de las cuales las de mayor interés para la terapia génica han sido: 1) fibrosis quística 2) desaminasa de adenosina 3) distrofia muscular de Duchenne 4) hemofilia 5) hipercolesterolemia familiar. Afortunadamente este tipo de enfermedades son raras.

El segundo grupo importante de enfermedades que pueden originarse por la alteración de múltiples genes es el de los cánceres. He de resaltar aquí que, para fines de esta presentación, no consideraré los factores ambientales involucrados en la cancerización de las células y de ciertos tejidos. Así que, centrándonos sólo en los genes protagonistas de la cancerización, éstos pueden pertenecer a uno de dos grupos antagónicos: 1) los pro carcinogénicos denominados oncogenes y 2) los que suprimen la formación de tumores conocidos como antioncogenes o emero-genes. De los 100 000 genes que existen en las células del humano se calcula que existen aproximadamente cien oncogenes y cien antioncogenes. Los primeros pueden producir cáncer cuando su estructura se altera por mutaciones, translocaciones y por pérdidas parciales o totales de su secuencia. Además de existir cambios en los oncogenes, también hay pérdida de la función de uno o múltiples antioncogenes en prácticamente todos los cánceres humanos. Los antioncogenes, al sufrir mutaciones o pérdidas parciales o totales de su secuencia, dejarán de suprimir algunos pasos que evitan la cancerización de las células. De esta forma, la cancerización se conceptualiza actualmente en términos de activación de oncogenes asociada a la inactivación de antioncogenes.

¿Sólo las enfermedades genéticas pueden tratarse por terapia génica?

La respuesta es no (ver Tabla 1). Inicialmente se pensó que los mejores candidatos a terapia génica eran las enfermedades hereditarias porque en las células "enfermas" existe la alteración de un solo gen. Teóricamente, la reintroducción del gen que faltaba o que no funcionaba en esas células sería capaz de corregir totalmente la enfermedad. Sin embargo, esto no ha probado ser del todo correcto. Por ejemplo, en dos enfermedades genéticas llamadas deficiencia de desaminasa y fibrosis quística, no se ha podido producir una mejoría clínica franca del proceso a pesar de que se ha podido obtener una aceptable transfección del gen a las células blanco de los pacientes.

Tabla 1

Enfermedades en que se ha estudiado más la terapia génica

Cáncer
Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida
Fibrosis quística
Leucemia y mieloma
Intra-arterial
Deficiencia de desaminasa de adenosina

Aproximadamente la mitad de todos los protocolos mundiales de terapia génica que se están llevando a cabo en el mundo son para pacientes con cáncer. Otro diez por ciento de los estudios está dirigido al control de la infección por el virus de la inmunodeficiencia adquirida y el resto de los estudios están enfocados a otras enfermedades, incluyendo las hereditarias y multifactoriales que se mencionan en la Tabla 1. Las lecturas recomendadas al final de este escrito pueden servir de referencia para obtener una mayor información sobre los usos de la terapia con genes en otras enfermedades que no sean cáncer.

Si hay tantas anomalías genéticas documentadas para cada tipo de tumor, ¿cómo se espera corregir todas estas anomalías con la sola transfección de un gen?

Ya de tiempo atrás se habían vislumbrado y probado en el laboratorio y en animales de experimentación algunas estrategias para modificar al menos una de las características de los tumores p.ej., proliferación, crecimiento, diseminación (i.e. metástasis), quimiorresistencia, radiorresistencia, etc. A la fecha ya hay modelos en los que la introducción de un solo gen en las células tumorales puede modificar alguna de esas características en favor del paciente (Figura 1). Por ejemplo: 1) que las células ya no

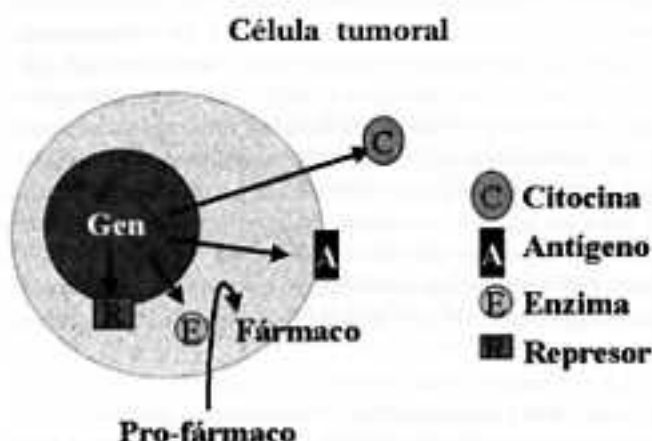


Figura 1

Algunas estrategias de terapia génica para el tratamiento de los cánceres. Potencialmente se puede transfectar un gen a una célula tumoral para que produzca proteínas como las citocinas o los antígenos que permitirán montar una respuesta inmunológica más agresiva contra el tumor por parte del paciente. Otra estrategia es la de la terapia génica suicida en la que la proteína codificada por el gen que se transfecta pueda convertir un profármaco no tóxico en un fármaco letal para el tumor. Como un ejemplo final, se pueden introducir genes que produzcan moléculas represoras del crecimiento o diseminación tumorales, p.ej. un antioncogen. Es de hacer notar que, para fines de esquematización, se muestra un solo gen en el núcleo de la célula, pero que éste es incapaz de producir todas las moléculas mostradas. Cada gen será específico para una molécula en particular. Estrategias de terapia génica en células benignas, como las células sanguíneas, no se muestran en el esquema.

crezcan o que se evite su diseminación al transfectarles un gen represor, p.ej. un antioncogen; 2) que se vuelvan más sensibles a la radiación o a la quimioterapia; o 3) que puedan ser reconocidas más fácilmente por el sistema inmune del sujeto. Para lograr esta última meta se podrían expresar moléculas en la superficie de las células para que despierten la respuesta inmune o que sean capaces de liberar moléculas solubles (p.ej. citocinas) con el mismo fin. Otra estrategia ha sido la de introducir genes dentro de los tumores para que sean capaces de producir una proteína con función enzimática. El objetivo de esa enzima, a su vez, es convertir un pro fármaco no tóxico en un fármaco muy tóxico, exclusivamente dentro del tumor. De tal suerte que al inyectar ese profármaco en la vena del paciente no exista toxicidad sistémica, pero sí una respuesta antitumoral agresiva en el tumor manipulado genéticamente. A esta última estrategia se la ha denominado terapia con genes suicida y los genes que más se han utilizado en ella han sido los de la desaminasa de citosina y de timidina cinasa. Las enzimas que producen estos genes activan a la fluorocitosina y al ganciclovir, respectivamente.

En fin, esta y muchas otras estrategias han sido evaluadas para el control de los tumores. Y aunque, teóricamente, un solo gen no será suficiente para curar la enfermedad, potencialmente podría cooperar para obtener un mejor control tumoral al asociarlo con otras terapias convencionales p.ej. cirugía, quimio y/o radioterapia.

¿Cómo se introducen los genes a los organismos?

Existen múltiples estrategias para transfectar un gen a una célula. En el caso de ensayos clínicos, los "acarreadores" o "vectores" que más se han utilizado para transfectar un gen corresponden a uno de dos tipos: los lípidos y los virus. El primer tipo de vectores, denominados no virales, consiste en la producción de pequeñas partículas de grasa especializadas a las que se les acopla el gen que deseamos. Luego, este complejo se aplica directamente al tejido o tumor que se desee transfectar y se espera que las células los introduzcan hacia su núcleo. Desafortunadamente la eficiencia de transfección genética con estos complejos de lípidos-genes es muy pobre.

Por eso, con el fin de mejorar la eficiencia de transfección, se ha probado el uso de múltiples virus como vectores. Dichos virus son manipulados genéticamente para que contengan en su interior el gen que nos interesa introducir a determinadas células. Asimismo, estos virus se modifican cuidadosamente para evitar que se propaguen en el organismo en el que los estamos introduciendo. De esta forma, los virus pueden infectar a la célula y depositar el gen que nos interesa en su núcleo sin producir una infección sistémica. De los grupos de virus más utilizados para estos fines se encuentran los siguientes: 1) retrovirus 2) adenovirus 3) adeno-asociados 4) herpes-virus. Si bien es cierto que la modificación genética de los vectores virales les ha proporcionado un margen de seguridad muy amplio,

también es cierto que algunos de ellos pueden producir reacciones inflamatorias severas y viremia de grado variable. Y aunque no se ha demostrado que los vectores virales produzcan por sí mismos nuevas alteraciones genéticas en humanos (particularmente los retrovirus), tampoco se ha podido documentar que este posible efecto adverso no se producirá a largo plazo.

¿A qué parte del cuerpo se puede administrar un vector genético?

Prácticamente a cualquier parte del cuerpo que se imagine puede inyectarse directamente, en cualquier órgano y dentro de las articulaciones, el torrente sanguíneo o el líquido cefalorraquídeo. También se ha intentado administrarlo por "spray" a las vías aéreas y por medio de una pistola que dispara los genes acoplados a pequeñas balas de oro que se dirigen en contra de cualquier tejido.

¿Cuántos protocolos clínicos de terapia con genes existen en el mundo?

En el curso de esta década se han hecho avances descomunales en el campo. Por ejemplo, hace siete años sólo había dos estudios clínicos de terapia génica en el mundo, y en ese entonces lo que había principalmente eran numerosas investigaciones de laboratorio. Éstas se realizaban (y se siguen realizando) en células en cultivo y en animales con el fin de documentar la actividad de un gen transfectado a una célula. Hoy en día, sin embargo, existen más de 150 protocolos clínicos de terapia génica en todo el mundo.

Específicamente en oncología se han concluido (o están en vías de concluirse) algunos estudios clínicos fase I para tumores como los de pulmón, mama, próstata, cerebro (i.e. gliomas malignos), ovario, pleura y piel (i.e. melanoma). La finalidad principal de este tipo de estudios ha sido la de documentar la toxicidad del vector genético que se esté probando, sea éste viral o no-viral. Por esta razón, es imposible documentar en este momento si tal o cual estrategia ha tenido un impacto clínico definitivo para cáncer evaluado. No obstante, hay algunos indicios que este tipo de terapia ha suprimido el crecimiento y diseminación tumorales en algunos pocos pacientes sin haber producido una elevada toxicidad.

Como se imaginarán, todo esto me llena de entusiasmo, porque es el área a la que me he dedicado por muchos años. Pero, pensándolo dos veces y con base en la poca experiencia clínica con la que se cuenta, me preocupa que el público considere que esta nueva modalidad terapéutica sea la panacea para las enfermedades y no una estrategia más que cooperará con los tratamientos convencionales que ya existen para el control de los cánceres. En otras palabras, la terapia génica aún se encuentra en fase experimental y sus indicaciones, beneficios y efectos secundarios quedan todavía por definirse en la mayoría de las enfermedades en las que se está probando.

¿Qué factores se deben considerar para aceptar una terapia con genes?

El grupo médico. Cerciórese de que el grupo de médicos e investigadores que están proponiendo el estudio sea serio y multidisciplinario, ya que este tipo de tratamiento se encuentra todavía en fase experimental; es muy importante que estén involucrados oncólogos e investigadores biomédicos que conozcan profundamente sobre su enfermedad y la manipulación genética. En el primer grupo pueden involucrarse quimioterapeutas, radioterapeutas o cirujanos para que haya una evaluación adecuada de la progresión o control de la enfermedad y de cuándo retirar o continuar el tratamiento de un enfermo. De igual importancia es la participación de un grupo de especialistas en biología molecular y virología que supervisen la producción y calidad del vector que se va a inyectar. Éste debe ser de grado clínico; es decir, que debe fabricarse en áreas muy especializadas tal y como las que son utilizadas por las compañías farmacéuticas para la producción de sus medicamentos. Este punto es de vital importancia, ya que se debe evitar la contaminación de múltiples agentes y partículas inherentes al proceso de manufactura. Finalmente, todos los integrantes del grupo deberán dar seguimiento a la evolución del paciente para documentar y tratar cualquier efecto biológico adverso que esté relacionado con el tratamiento.

La Institución. Ésta debe contar con instalaciones clínicas y de investigación apropiadas, que garanticen el cumplimiento de lo establecido en el estudio. El protocolo deberá estar autorizado cuando menos por los comités científico y ético de la institución sede; pero, preferentemente, pida que el estudio haya sido avalado por los comités correspondientes de una segunda institución.

La Carta de Consentimiento. Usted debe recibir una información completa de lo que se piensa hacer en el estudio. Parte de esta información la podrá recibir oralmente, pero deberán presentarle los lineamientos generales del protocolo en una carta de consentimiento que debe ser firmada para participar en el estudio. Recuerde que aunque usted acepte participar, en cualquier momento podrá solicitar ser excluido del mismo sin menoscabo de sus derechos como paciente de la institución. Lo importante es saber, en la medida de lo posible, qué puede esperar del estudio.

El factor económico. Se ha estimado que el costo promedio de cada paciente que se involucra en un protocolo de estas características es de alrededor de US \$25 000. Si consideramos que cada estudio clínico fase I involucra por lo general unos quince pacientes, podemos imaginar lo costoso que es concluir uno de estos protocolos. Por lo tanto, es conveniente preguntar si se cuenta con el financiamiento necesario para garantizar su tratamiento y en qué proporción deberá pagar parte de los exámenes y medicamentos que le recomienden.

A quién dirigirse para mayor información. En el momento actual no hay ningún centro de información espe-

cializada en el país que pueda orientarlo al respecto. La única información que puede obtenerse es a través de algunos investigadores en los grandes centros médicos y de investigación. Pero, con mi conocimiento, el primer y único estudio clínico de terapia génica a realizarse en México con todas estas características es el que se llevará a cabo entre los Institutos Nacionales de Cancerología y Neurología de la Secretaría de Salud y el Centro de Terapia con Genes de la Universidad de Alabama. Este estudio tiene la finalidad de evaluar el efecto de la terapia génica suicida en los tumores cerebrales (i.e. gliomas malignos) de reciente diagnóstico en unión a la cirugía y radioterapia convencionales. Este primer protocolo formal de terapia con genes en nuestro país representa un gran esfuerzo de médicos y científicos mexicanos. Las metas son obtener un mejor control sobre el crecimiento de estos tumores que suelen ser muy agresivos y, con ello, mejorar la calidad de vida de nuestros pacientes. Esperamos que en poco tiempo se inicien muchos otros protocolos de terapia génica para cánceres frecuentes en México, como los de cérvix, mama, próstata y ovario, entre otros.

Lecturas recomendadas

- Sikora K & Gutiérrez AA: "Prospects for Biological and Gene Therapies". In Workman (ed): *New approaches in cancer pharmacology: drug design and development*. European School of Oncology Monographs. 1992. Springer Verlag, Berlin.
- Harris JD, Gutiérrez AA, Hurst HC, Sikora K & Lemoine NR: "Gene therapy for cancer using tumour-specific prodrug activation". *Gene Therapy* 1994, 1:170-175.
- Gutiérrez AA et al: "Gene Therapy for Cancer". *The Lancet* 1992, 339: 715-721.
- Gutiérrez AA y cols: "Perspectivas del uso de drogas informacionales en cáncer". *Gac Med Mex* 1995, 131, 481-484.
- Gutiérrez AA et al: "Novel approaches for gene-based therapies in prostate cancer". En Galindo E. "Fronteras en Biotecnología y Bioingeniería". 1996. Sociedad Mexicana de Biotecnología y Bioingeniería A.C. 1996. México DF.
- Varios autores. *Scientific American*, June 1997, pp 96-123.



Fotografía de Otto Mull

Dos Aguardientes

Pilar Lozano

Como de costumbre, Pedro llegó a la cantina a las ocho de la noche. Estaba cabreado. Su novia lo había dejado plantado.

—¡Mierda! —exclamó— y con la punta de su bota pateó un culo de botella que estaba tirado justo frente a la puerta. Lo mandó lejos.

Y pensó en ella, en las horas que desperdició esperando. La imaginó de coquetos con el tendero de la esquina; la idea le hirió el alma.

Miró hacia atrás. La ciudad se veía resplandeciente. Era la única ventaja que encontraba al hecho de ser pobre: mirar desde lo alto de las lomas, donde estaban construidas las barriadas, las luces de los grandes edificios.

Empujó la puerta; el chillido de los goznes gastados aumentó su fastidio. El salón estaba cargado de humo. Aunque todo era para él familiar, ese día se fijó en las sillas y gruñó:

—Parecen butacas de escuela; con lo que ganan deberían comprar algo mejor.

Se sentó en la mesa de siempre y pidió el aguardiente de siempre.

—Para mí otro, —escuchó que alguien decía con voz inmadura al otro extremo de la mesa.

—Tú no puedes tomar —censuró Pedro cuando al volverse vio a Julián. ¡Ni siquiera has cumplido los 13 años!

—¡Y qué importa! ¡Soy un hombre! —respondió, y su voz se opacó por el ruido del tambor del revólver que hizo girar a propósito.

Entonces Pedro recordó esa misma voz de adolescente fanfarrón cuando, tres días atrás, se jactaba:

—¡Hoy me cargué el número 13! ¡Un "muñeco" por cada año de mi vida!

Sin levantar la mirada Pedro gritó al mesero:

—¡Que sean dos los aguardientes!

Pilar Lozano, periodista y escritora colombiana, corresponsal de *El País* español.

Respiros

Gabriela Garza

De mi boca
pende un nombre
y si hablo
me sabe a sal
pero el mar está siempre lejos
para navegar.

En un papel
dibujo en sepia
tu ausencia.

Espera
no inclines la hoja
el poema se desborda.

Tengo varios apuntes
para escribir cosas osenas,
todas de mi perversión por ti.

Cangrejo

Orgia Borruso

La playa de Cangrejo es un lugar que se encuentra en el mismo confín del mundo. Casi nadie la conoce y a los hombres ni siquiera se les permite caminar por ella. Los pescadores sólo pueden llegar a la rivera, ocuparse de sus asuntos y regresar por el mar así como vinieron. Mucho menos pueden pensar en adentrarse en la arena, tan delicada y dorada, pues perderían toda su pesca.

Al límite de la playa comienza el bosque, hermoso y tupido; se aprecian largas filas de orquídeas y se escucha el canto de los pájaros, el rugido del tigrillo, el cotoreo de las monas y los papagallos, pero ni en esa parte los hombres pueden traspasar los confines de la playa.

El porqué no se ha sabido jamás, pero el hecho es que ese lugar está sólo permitido a las mujeres.

Aparte de los que viven en la ciudad cercana, no son muchos los que conocen Cangrejo, o al menos no saben cómo llegar. Parecerá curioso, pero es así desde tiempos inmemoriales.

Pues bien, sucedió que una queridísima amiga mía me habló de aquel lugar y yo sentí un irresistible deseo de ir. Le supliqué que me enseñara cómo llegar. Me dijo que lo debía lograr yo sola. Así fue: Llegué. Me percaté de haberlo logrado cuando, después de una larguísima caminata por una canti-

dad enorme de playas en el mundo, vi de repente venir hacia mí, mágicamente envueltas por un velo de arena levantada por el viento, que llaman Norte, mujeres maravillosas, ataviadas con anchas faldas floreadas, que el viento envolvía alrededor de sus cuerpos, y con corpiños finamente bordados.

Reían confidentes y amorosas, cargando sobre la cabeza cestos llenos de tamales, frutas y refrescos.

He aquí a las mujeres de Cangrejo. Cada una mostraba en su rostro las huellas de los dolores y también de los placeres que la vida les había donado. Conforme iban llegando, se sentaban sobre la arena formando un círculo, y luego otro que a su vez rodeaba al anterior, y así sucesivamente. Vistas desde lo alto, hubieran podido ser confundidas por una gran flor de pétalos de mil colores.

Sin darme cuenta, me habían colocado en el centro del círculo y, una vez organizadas, hablaban entre ellas pasando las viandas y las bebidas con gestos graciosos que parecían casi rituales. No demostraban prisa, conocían bien la dimensión del tormento y de la angustia.

El momento llegó, de repente, casi como un golpe de Norte, y yo, extranjera —¿pero lo era realmente?— comencé a contarles, casi susurrando, el mal que me oprimía. Ellas escucharon con la cabeza agachada, como si a través de mis palabras escucharan sus propias penas.

Finalmente, todo fue dicho y el único sonido que quedó fue el rumor de las olas sobre la rivera, hasta que Oresta, la más vieja de ellas, levantándose, dijo: "Hija, todo eso no vale tu angustia, es solamente una telenovela, vieja y estúpida. Olvida." Y se alejó solemne rumbo a una lejana palapa.

En silencio, poco a poco, las otras también se alejaron, pero antes cada una se quitó las flores que tenía entre el cabello y con gesto amoroso me las pusieron entre las manos.

Se desvanecieron. Me quedé pensativa mirando el Mar-Océano que jugaba con el horizonte antes de introducirse en el atardecer. De la seña provenían los miles de sonidos de las voces de las criaturas que la habitaban...

Yo retomé lentamente mi camino.



Fotografía de Otto Moll

Orgia Borruso, antropóloga italiana.

Víctor Sosa

Insustituible es lo real: resbala,
sobre sí mismo vira y no se adhiere
—pájaro es lo real sobre el peñasco.
Pero ¿cómo digo peñasco? Lo miro ahora,
sí, pero ¿lo digo? ¿Lo describo peñasco
en la palabra? ¿Demuestro acaso el peso,
la permanencia cambiante de su forma,
el hueco que lo vertebra y lo levanta
inmenso en tanto aire?

Pardea ahora; desciende el sol
y el peñasco pardea. Se silencia en ese
sigilo del atardecer, y desde allí me mira.
Seguro que me mira por su único ojo
poroso el peñasco observando al intruso.

Instruyendo a su manera hace lunar
de lucero en la cresta. Luce
como *numi-e* sobre el papel del cielo
perfilando la filigrana de su forma,
volcánico en su vórtice y más alto
que esos olímpos sobre el mar, peñasco.

Opácase en la noche que lo cubre
—porque la noche adviene y sigo viendo
desde la orilla de lo visible lo invisible:
sorda sonora luz que se establece
entre el peñasco entre penumbras
—entrando en el poema—
y la luna en el mar —y el mar
que en esa luz de luna se refleja.

Imaginemos, imaginemos lo real
desde este puerto, desde este Marco
Polo que describe Cathay, Cipango,
Indias, ardientes Abisinias,
huele-de-noche de todos los sentidos,
crisantemos abriéndose en el alma,
lluvia de estrellas que diluvian dioses,
llanto de amor por ésa que se ha ido,
rías abriendo al mar sus entrepiernas,
fluyendo en transfusión sus dulces aguas,
caminos polvorientos donde el viento
borra pasos recientes hacia el templo.

Hilo infrafino une lo dicho a lo real
—siempre que lo real esté en lo dicho
y realce al mundo en su verdor
y no mutile ni mienta en la palabra.

Inención es amor
y contemplar es inventar
en paz el universo. Peña,
peñón, peñasco en todas partes:
pantera geológica que salta
sobre el tambor del mundo
y en negro brillo estalla
en derredor. Cascabeleo:
pitón es el peñasco que devora
en su espesor anillos de su cola.

Alguien en mí lo mira, ya dormida
la vehemente razón de descifrarlo.
¿Cómo digo peñasco todavía?
Con los sextos sentidos incendiados,
sin icono —o Cinabue y sin Florencia—,
peñasco ahí: pistilo del poema,
corola en flor asida en el abismo,
eréctil realidad que en revelada
y en flotante fijeza me seduce.

Ser —si algo quiere decir
el monosílabo— es conocer,
es escalar alturas intangibles.

Pero no lo real mas su diadema,
su fiesta de disfraz, su irresistible
propensión al brillo nos retiene,
nos vara como a barco en barrizal
o como a torpe albatros en cubierta,
sin habilidad, sin albedrío,
ciegos mirando sílfides zumbamos
en torno a tanta nada travestida.

Ser es difícil,
y confundimos brillo con la sombra
y sombra confundimos con el brillo
y no podemos
ni discernir ni descifrar; ceñidos
de ilusión o de deseo, andamos,
damos tumbos, nos morimos
—secos de tanta sed que nos abrasa—
allá en la orilla veraz —donde ese río—
o aquí en la geometría de la fuente.

Pero el peñasco,
en ese acorde del estar, instruye;
plantado con su espada en pie de guerra
—enhiesto paraíso de peligro—,
mirando al mirador y conminándolo
a cimbreante subir hacia la cima,
en apogeo de arpón, en extendidos
y voltaicos tendones los sentidos.

Hacer silencio es mundo;
admira andando, que una férrea
sustancia el pie modula. No te demores,
asciende sin temores de la palabra al canto
y del canto a la perla que te aguarda.

Pero en lugar de hacer, miro indeciso
—acodado en el ser— el precipicio;
domo de miedo cobijame cobarde,
no salto: invento altar, un salmo en braille
esculpo para sordos y me entrego
exhausto al fin al símio que balbuce:
peñasco ahí: pistilo del poema,
corola en flor asida en el abismo,
eréctil realidad que en revelada
y en flotante fijeza me seduce.

El vigilante

Carlos Véjar Pérez-Rubio

Hacia rato que los papantlecas, ancestrales indios voladores, habían dejado de girar sobre el prado, suspendidos de la punta del mástil. La multitud, como cada domingo, luego de mirar con faz crispada la bandada de águilas morenas, se dispersaba entre murmullos, abriéndose paso en el enjambre de vendedores ambulantes. Una semana más se consumía. El bosque de Chapultepec se quedaba paulatinamente solo, envuelto en las primeras sombras de la tarde.

Las pesadas puertas del museo se cerraron con el último turista japonés y su cámara de video. Un eco es ya el trotar inquisitivo de la gente por todos los rincones. El vigilante, asegurado electrónicamente los cerrojos, inicia entonces la primera ronda, sacudiendo con sus pasos firmes el silencio del recinto.

La noticia está ahí, a ocho columnas, en el periódico desplegado sobre los adoquines que circundan el enorme paraguas goteante. Sus ojos tropiezan con ella, se detiene. Una mueca se dibuja en el joven rostro moreno. "Se firmará en Washington hoy, a las siete de la noche". Vaya. Observa de reojo su Citizen, casi, pero bueno, allá debe ser otra hora, una, dos horas más, depende de la estación, lo ha aprendido de tanto visitante extranjero con los que a diario se topa, una nube de extranjeros. Se rasca la cabeza quitándose el quepis y se inclina a recogerlo, lo dobla con cuidado y lo coloca bajo el brazo para continuar su recorrido. Acabará de leerlo más tarde.

Ahora es la sala Mexica. La preside al entrar el imponente calendario azteca, monolito labrado con paciencia de siglos y de orfebres. Al hacer su aparición el guardia uniformado, los dioses se agitan en sus nichos. Lo reconocen. Las figurillas de barro clavan su vista en el sujeto que transita indiferente por pasillos y vestibulos. Algunas rien, lo señalan; otras lloran; una de ellas amamanta a un pequeñuelo en su casa de cristal. Todas lo observan. El vigilante se detiene en el consabido rincón, bañado por la luz de un spot de la red de emergencia, enciende el Panasonic en la estación de rock acostumbrada, abre una lata de Coca Cola y, apoltronado en su butaca preferida, desdobra el periódico y retoma la lectura: "Esta tarde se firmará en Washington el Tratado Comercial de Norteamérica: México, Estados

Unidos y Canadá encabezarán el mercado más poderoso del orbe, se abastirán las herrerías proteccionistas, sus economías hermanadas traerán indiscutibles beneficios, el turismo... —el vigilante sonríe— hasta firmar para integrarse a las filas del progreso", se frota las manos, saca un cómic del bolsillo y se pierde en su interior.

La noche se anuncia prolongada. El ambiente se enturbia, se tensa, del radio de transistores surgen extrañas voces y sonidos que el vigilante intenta, en vano, sintonizar. Los guerreros águilas y tigres agitan sus mazas y venablos con ira difícilmente contenida. Algo sucede. En la explanada del tianguis los marchantes recogen apresurados las mercancías autóctonas y los granos de cacao. El Templo Mayor, esa majestuosa construcción que Ahuizotl erigiera en honor de Tláloc y Huitzilopochtli, cobra vida a partir de su maqueta y crece, crece sin cesar, desbordando el espacio que allí lo delimita, hasta recuperar su dimensión original. Las piedras reflejan la luz de las antorchas. Se escuchan ya los cantos y las voces, el sonido de los caracoles, del teponaxtle, anunciando la caída de la tarde. La muchedumbre abre filas respetuosa ante la comitiva que cruza la plaza escoltando a los elegidos, aquellos que esta noche habrán de fundir su destino con la eternidad. En la cúspide de la pirámide, los sacerdotes aguardan silenciosos, sus túnicas al viento, los brazos cruzados sobre el pecho. La sagrada piedra de los sacrificios está dispuesta, su oscuridad teñida por la savia oscura de tantos corazones ofrendados. A su lado reposan los afilados cuchillos de obsidiana, negros como el ambiente que se respirará en muchos ámbitos de esa misma ciudad una tarde de domingo, quinientos años más tarde, cuando se apodere de ella el espejismo mercantilista de la posmodernidad.

El vigilante rondó la larga, interminable noche, sin novedad. Lo reporta así a sus superiores al despuntar el alba y terminar su turno. La sombra de su espalda encorvada lo persigue por el empedrado del gran patio, que atraviesa con pasos menudos, ya en ropa de paisano. No percibe, no puede percibir el color púrpura del espejo central, que ya no es de agua, sino de un líquido viscoso y maloliente en donde flotan los papiros y los lotos y se asoman, burlones, algunos ajolotes. Su boca desdentada masculla una vieja tonadilla rumbo al merecido descanso: "¡Oh happy day!"

Carlos Véjar, escritor mexicano, director de la revista *Archipiélago*.

Miguel Á. López Hernández

Oración Matutina

A la generosidad de Abya Yala

Hoy la vida tiene un nuevo aliento en Abya Yala; sonríen los elementos y reciben su tributo el Padre de los Fuegos (el sol), el Propiciador de los Abrazos (el viento), la Germinadora de las Semillas (la lluvia) y la Sudorosa Residencia del Maíz y sus descendientes (la tierra...), son los espíritus dadores de Amerindia, en cuyos caminos perviven los nichos-altares, a veces invisibles, en donde el instante es ofrenda del infinito.

Desde el oriente-ordenador el tibio óreo llega bendiciendo los pálpitos vitales y se revientan los capullos de la faena del ser y del hacer... y sucede la renovación de las pertenencias nutricias:

El canto del verde rugiente del Amazonas
El sudor ocre de las Sierras – Pumas de los Andes
El Silbo – Relincho de los predios Pamperos
La Hoguera – Piel de las tierras Fueguinas
El Génesis fecundo de la frontera Araucana
La Siembra de la resistencia en los hombros del Chaco
La Aurora Gigante del Sertao
La Energía – Puente en las rutas del Paraná
La Corriente – Yubarta de las aguas del Pacífico
El Movimiento circular del espejo Orinoco
El Verso del arpa y cerbatana en el horizonte Llanero
La explosión del Sabor en el primigenio Caribe
La Celebración del Color en la corteza Central
La Atención de los Astros en las piedras bautismales del
[Tikal y Yucatán]

La Dimensión Secreta del Yagé en los dominios del Río
[Bravo]

El Sonido Temblor de las coloradas Rocosas
El Hálito azul de los Grandes Lagos
El Equilibrio — Blanco del pensamiento del Yukón
Hoy la vida tiene un nuevo aliento en Abya Yala
...la de los múltiples rostros y una raíz
...la del ombligo — huracán... del corazón — volcán
...la de la arcilla — renacimiento... del sueño —
[alimento]
...la del baile y el sacrificio... la del juego y el rito
...la de las danzas de cera negra, de agua de calabaza...
[de la sequía embriagada]
...la del ser — entorno... la del útero — sustancia
...la del Reno encabritado, la del Jaguar tachonado, la
[de la papa y casabe, la del cacao y
curare, la del tabaco y pluma, la de la orquídea y
[secuoya, la de la hamaca y canoa]
...la del humo y el agua del Aconcagua, del Inti, del
[Antizana y el Ritacuba]

...la América Profunda, presente y para siempre

Perpetua seas

Felipe Agudelo

La hora muda

Para C.

Si grito
podría la noche concederme un armisticio
y dejar oír las plegarias de todas las estrellas;
podría el mar, con su olor a lágrimas y a sexo,
repetir los nombres de todos los ahogados
y volver a parir sus monstruos sucesivos.
Si grito
podría colocar un rostro de mentira
en el centro de la luna,
podría calmar la angustia de la espuma
y arrebatarme un rato sus alas a los vientos.
Si grito
podría obligar a las gaviotas
a aterrizar en la Palma de mis manos,
podría hacer saltar los peces
y ponerlos a nadar en las corrientes del aire.
Si grito
podría cristalizar mis mejores lágrimas
y cuajar las aguas como una mermelada triste,
podría petrificar las arenas
y volver luminosos los insectos que agonizan.
Si grito
podría traer aquí a todos mis amigos
y despertar las más dulces muchachas
que duermen sobre la playa,
para amarlas, sin tregua, una a una.
Si grito
podría lograr que las nubes
pintaran mis sueños en los cielos
y podría encender un fuego perenne
repetiendo insistente una vocal enloquecida.
Si grito
podría tener cuanto imagino,
todo menos una cosa:
hacer que la que vuelve seas tú, de nuevo.

Columna de arena 26

José Roca

Actualmente se presenta en la Alianza Colombo Francesa de Bogotá, sede norte, la exposición *Mapas y fragmentos* de la artista Gloria Posada, la última de nueve muestras individuales, de tres semanas de duración cada una, que incluyó a los artistas Johanna Calle, Germán Martínez, Delcy Morelos, Patricia Bravo, Jaime Ávila, Lucas Ospina y María Fernanda Zuluaga. Los artistas fueron seleccionados por un grupo de curadores conformado por Carmen María Jaramillo, María Iovino, Jorge Jaramillo y José Roca. A finales de junio del 2000 se entregará como premio un viaje a Francia. El breve texto que sigue presenta la obra en el plegable que acompaña la muestra.

Desolación, Gloria Posada, Maestra en Bellas Artes y antropóloga de formación, ha sido una constante animadora del medio artístico en Medellín desde un trabajo múltiple como artista (individual y en colectivas), poeta, pedagoga y crítica de arte¹. Muchas de estas actividades involucran grupos amplios de personas de diversas disciplinas para realizar una propuesta artística muy interesante y compleja que toma la ciudad, sus habitantes y su diario vivir como tema para su investigación.

De las señales dejadas como testimonio, marcas en el territorio o en los objetos, Posada infiere —como en

una arqueología arcaica— los rasgos que definen el comportamiento de un grupo social determinado, a la vez que lo involucra como protagonista y ejecutor. La metáfora cartográfica es un tema recurrente en el arte contemporáneo, utilizada por Posada como herramienta para evidenciar aspectos de la realidad urbana que le interesan y que han devenido característicos de todo su trabajo. La ejecución de mapas por diversos medios (la fotografía, el "frottage", la performance colectiva, el video) le permite establecer la superficie de un territorio dado (físico, afectivo, político, relacional); la escala y complejidad de estos "mapas" requiere implícitamente la participación de muchas personas, lo cual es importante para Posada, pues así supedita su voluntad artística a las contingencias del trabajo participativo. Estos mapas toman formas diversas.

En 1996, como parte de una exposición en Dortmund, Alemania, Posada envió una serie de cartas a personas diseminadas por todo el mundo (artistas, críticos, curadores y otras personas no necesariamente vinculadas al medio artístico) con el fin de invitarlos a que enviaran una fotografía de "su" cielo, con las cuales —una vez ampliadas— la artista compuso un gran cielo colectivo. La expresión *mi cielo* es un oxímoron pues enfrenta conceptos opuestos: el cielo es colectivo por definición, pero cada imagen

era resultado de la proyección de la subjetividad en la mirada, tanto en el encuadre como en el color, y las asociaciones que ello implica. La carta del cielo establecía así una conexión entre lo individual y lo colectivo a partir del collage como estrategia formal y de producción.

Los caminos que hemos hecho caminando, 1992, es otro ejemplo de este esfuerzo por hacer visibles las cartografías colectivas gracias a un trabajo colaborativo. La obra consistió en marcar con cal blanca los senderos que la gente ha hecho en las áreas no pavimentadas del campus de la Universidad Nacional de Medellín. Estas rutas de trazado orgánico, que vistas desde el aire recordaban las líneas de la mano, evidenciaban que las organizaciones racionales de los recorridos y de las actividades (establecidas en este caso por los arquitectos que planearon el campus) casi nunca son reflejo de las maneras idiosincrásicas y variables con que se establecen las relaciones de los individuos entre sí o con su entorno, natural o construido.

Uno de los fracasos de la planificación urbana moderna fue asumir que las relaciones entre los individuos se hacen de manera jerarquizada y altamente estructurada. Este tema es desarrollado por el teórico Christopher Alexander en su conocido ensayo "La ciudad no es un árbol", en el cual opone a los organigramas racionales un "lenguaje de patrones" vinculado de manera estrecha con las relaciones

José Roca, crítico y curador colombiano.

que establecemos con los sitios en los que vivimos.

Los caminos... mostraba que los rituales cotidianos y los mapas personales son a la vez impredecibles y altamente repetitivos, diferentes para cada cual y a la vez coincidentes en gran medida con las costumbres y usos de un determinado grupo social. El proyecto que se presenta en la sala de la Alianza lleva por título la expresión más directa de lo cartográfico: *Mapa*. Consiste en una gran impresión fotográfica realizada por medios infográficos sobre un soporte resistente a la intemperie y al tráfico, colocada en el piso con la intención manifiesta de obligar al público a vencer los tabúes asociados con la obra de arte (el carácter casi sagrado del original) para que camine directamente sobre ella. La imagen está compuesta por fotografías de las palmas de las manos de habitantes de Sabanalarga (Antioquia), personas que han sufrido en carne propia los efectos de la guerra interna en que está sumido el país: asesinatos de seres queridos, mutilaciones, desplazamiento de sus casas y fincas, del territorio en que transcurría su vida diaria.

La mano —a pesar de su relativo anonimato como imagen “genérica”— es a la vez signo de identificación concluyente: en las huellas encontramos la prueba de identificación que no podemos encontrar en la cara. También están allí las huellas del trabajo, de las ocupaciones coti-

dianas. Si los sentidos (especialmente la vista) son nuestra forma más directa de contacto con el mundo, las manos lo son por excelencia en un sentido físico, y como tal están asociadas al lenguaje en su capacidad metafórica para definir la naturaleza de estas relaciones: dar una mano, poner manos a la obra, pedir la mano, tener buena mano, ser la mano derecha, estar a mano, a mano alba (a mansalva), mano a mano, con las manos en la masa, traerse entre manos, con las manos atadas... Proceso iniciado en 1997 con la obra *Caminos de vida*.

El espectador es conminado a recorrer este particular territorio, en cuyas esquinas está una banda sonora que repite fragmentos de testimonios de los habitantes de este pequeño pueblo antes y después de la incursión paramilitar de 1998, luego de la cual unos de ellos murieron y los otros fueron obligados a dejar el territorio.

Mapa vincula estas historias personales a una dimensión que trasciende la de la colectividad inmediata (la de Sabanalarga) para conectarla con una de las tragedias derivadas de la violencia por la que atraviesa Colombia: la pérdida del territorio va dando como resultado un país cuyo mapa social está mutando vertiginosa y brutalmente, en el que la relación básica del hombre con su entorno —entendido como territorio físico, pero también como costumbres, usos y tradiciones— se está perdiendo.

La obra nos habla de desolación, que en su etimología se refiere a la desterritorialización, la desolación, el alejamiento del suelo. En este sentido y recordando la quiromancia, las líneas de las manos pueden ser leídas como portadoras de un sino trágico; la desolación de los habitantes de las periferias de los centros urbanos colombianos es doble: no-pertenencia al sitio, no-pertenencia a un conglomerado social. Allí está el germen de un fenómeno cuyas implicaciones a largo plazo son de una gravedad incalculable.



L. Oficio Directo, Voinbury La ciudad del nacimiento
columnadearena@hotmail.com
www.universes-in-universe.de/columna/indice.htm

Noche de Bogotá

Margarito Cuéllar

*El universo de esta noche tiene
[la vastedad
del olvido y la precisión de la fiebre.*

Jorge Luis Borges

Oscurece, la lluvia nos inyecta su letargo.
Sobre el cartón de una maqueta
los autos trazan la ciudad.

¿Adónde va la luz del día que duerme?
La torre de esa iglesia me recuerda
una conversación con Dios.
Edificios vigilan en sus ojos de teja.
El lucero como mil ojos parlantes.
La radio transmite una canción de
Agustín Lara.
Sólo el frío no duerme:
nocturnidad en silencio, pies de gato.

*Pura Ana,
relámpago en la distancia.*

La alegría de leer

CIENCIA

Alerta, México. *Cactoblastis cactorum*, una nueva plaga de *Opuntia* al acecho!

Cactoblastis cactorum (Berg) (Phycitidae, Lepidoptera) es un cactófago que se ha utilizado mundialmente en el control de varias plantas invasoras de *Opuntia* (Julien & Griffiths 1998, Brusch & Zimmermann 1995); los más significativos éxitos se reportan de Australia (Dodd 1940), Sudáfrica (Annecke & Moran 1978), Kenya (Greathead 1971), Hawái (Fullaway 1954), Islas Sta. Helena y Ascensión (Julien & Griffiths 1998) and Mauritania (Greathead 1971; Moran & Zimmermann 1984). Este lepidóptero es nativo de Argentina, Paraguay, Uruguay y el sur de Brasil, donde ataca a diferentes especies de *Opuntia* (Mann 1969). *C. cactorum* también se introdujo al Caribe desde 1950 para el control progresivo de *O. dillenii* (= *O. stricta*) (Islas Caimán, Nueva Caledonia, Nevis, Puerto Rico e islas cercanas), *O. lindheimeri* (Antigua, Nevis), *O. repens* (Puerto Rico), *O. triacantha* (Antigua, Montserrat, Nevis, Puerto Rico e islas asociadas) y *Opuntia* spp. (St. Kitts, Kenya, US Islas Virgenes, Puerto Rico) (Moran & Zimmermann 1984). El insecto se detectó por primera vez en Florida en 1989, y se asumió que se había extendido hacia el norte en forma natural desde el Caribe. Sin embargo, recientes estudios de Pemberton (1995, 1996) indican que la ruta de introducción a Florida fue por medio de empaques de viveros de plantas de nopal infestadas enviados directamente desde República Dominicana a Estados Unidos. El insecto está ahora naturalizado en Florida en cinco de las seis especies de *Opuntia* nativas, una de las cuales (*O. spinosissima*) está en peligro de extinción.

Se considera como una verdadera amenaza para las poblaciones de nopal en México, donde podría causar considerables daños a la floreciente industria de la tina, así como a la gran variedad de cactáceas endémicas de este país de gran riqueza cactológica. El propósito de este artículo es alertar sobre los peligros que este insecto representa para México y sugerir algunas medidas de prevención.

Descripción de *Cactoblastis cactorum*
C. cactorum es una palomilla de la familia Phycitidae (LEPIDOPTERA) y una de las cuatro especies reconocidas en el género *Cactoblastis* (Mann 1969). Todos son cactófagos de biología similar y bien adaptados para alimentarse y desarrollarse en sus huéspedes (Moran 1980).

Los huevos son ovipositados uno sobre otro para formar una especie de bastón, del cual uno de sus extremos se adhiere a la superficie del cladodio o a una espina, por lo que se asemeja a una espina de cactus. Cada masa contiene entre 60 y 100 huevos. Las larvas que nacen se entierran en el cladodio de la *Opuntia*, donde permanecen en forma gregaria, alimentándose alrededor de dos meses en verano y cuatro en invierno. Las larvas pasan por seis instares de crecimiento antes de pupar. Las larvas maduras son color naranja brillante con bandas negras (continuas o interrumpidas) a través del cuerpo y alcanzan unos 3 centímetros de longitud. Las larvas maduras salen de los cladodios de los que se alimentaban y tejen capullos de seda en áreas protegidas, principalmente debajo de las pencas secas o en putrefacción que se encuentran tiradas en el suelo. Las palomillas emergen después de, aproximadamente, 60 o 70 días. La palomilla es de color café grisáceo y mide entre 2.5 a 3 centímetros de expansión alar. En la mayoría de los países donde *C. cactorum* se introdujo para por dos (rara vez tres) generaciones bien definidas por año. En Sudamérica, las larvas de *C. cactorum* son atacadas por diversos parasitoides, de los cuales *Apanteles alexanderi* (Braconidae) es el más importante. Otros cinco parasitoides de Sudamérica han sido registrados por Zimmermann et al. (1979).

Daño causado por *C. cactorum*

El daño es causado por todos los instares larvarios, ya que consume ávidamente los tejidos internos del nopal. Una sola colonia de larvas puede consumir de dos a cuatro pencas, y causa putrefacción y decaimiento. El amarillamiento y transparencia de las pencas infestadas, así como el excremento que es empujado al exterior a través de pequeños orificios, son señales de infestación. Las pencas terminales y subterminales son las más afectadas. Los troncos leñosos son generalmente evitados, lo que explica por qué las plantas más tiernas y suculentas son las más vulnerables al ataque. Las especies pequeñas o las etapas tiernas de las *Opuntia* leñosas son, por lo tanto, especialmente vulnerables a ser comidas por las larvas (Zimmermann & Malan 1981). Los cladodios infestados se secan y permanecen secos y huecos como conchas en las plantas, o en el suelo debajo de éstas. La aparición de masa de huevecillos en los cladodios en determinadas épocas del año es otro claro signo de infestación.

Las infestaciones de pencas con larvas de *C. cactorum* pueden ser confundidas

con otras causadas por lepidópteros nativos gregarios (las larvas son gregarias solamente en los primeros instares) y cactófagos, incluyendo *Olycella* spp. (Phycitidae), *Melipotis* spp. (Phycitidae) y *Megastotus* spp. (Pyraustidae). La mayoría de estas especies forman colonias más pequeñas que *C. cactorum* y el daño que causan es de menor grado. La longitud de la masa de huevecillos y la identificación larval sigue siendo el mejor medio para distinguir a *C. cactorum* de especies nativas similares.

Alcance de las infestaciones de *C. cactorum*
En Sudamérica (Argentina, Uruguay, Paraguay y Brasil) *C. cactorum* ha sido colectado de todas las especies de *Opuntia* y *Austrocylindropuntia*, con excepción de *O. quimila*, *O. sulphurea* y *O. longispina* y *corrugata* (Zimmermann et al. 1979). No se ha encontrado en *Cleistocactus* sp. o *Cerei* y grupos relacionados (Mann 1969). En Australia, Sudáfrica y algunas Islas del Caribe, *C. cactorum* atacó libremente a *Opuntia* spp. de origen norteamericano, incluyendo *O. megacantha*, *O. streptacantha*, *O. ficus-indica*, *O. stricta* (= *O. dillenii*) y a sus subespecies *O. lindheimeri* (= *O. engelmannii*), *O. compressa*, *O. spinulifera*, *O. tuna*, *O. tomentosa* y *O. triacantha* (Annecke & Moran 1978, Julien & Griffiths 1998, Mann 1969, Moran & Zimmermann 1984, Petty 1948). El impacto del daño de *C. cactorum* a la mayoría de las plantas nativas o cultivadas del género *Opuntia* en México podría ser considerable, siendo las especies pequeñas las más vulnerables. En Florida el insecto está atacando actualmente una especie rara de *Opuntia* y se teme que otras especies nativas y raras puedan estar amenazadas si no se frena el avance del insecto (Pemberton 1996).

Posibles rutas de invasión de *C. cactorum*
1. Las palomillas son excelentes voladoras y son capaces de migrar en forma natural de Florida, a través de los estados vecinos, hacia el norte de México. *C. cactorum* ya migró de los cayos de Florida al continente, donde continúa extendiéndose. El USDA-ARS (United States Department of Agriculture Agricultural Research Service) ha investigado la posibilidad de



utilizar un entomopatógeno específico (*Nosema* sp.) en su control biológico, sin resultados positivos (Pemberton 1996). Hasta ahora ha sido imposible erradicar el *C. cactorum* de Florida. No se sabe cuánto le va tomar al insecto llegar por esta ruta.

2. Como ya se mencionó anteriormente, los países del Caribe ya tienen fuertes infestaciones de *C. cactorum* en *Opuntia* nativas e introducidas: Puerto Rico, Antigua, Nevis, St. Kitts, Montserrat, Bahamas y República Dominicana (Julien & Griffiths 1998). Cualquier embarque que contenga plantas de esos países puede considerarse como de alto riesgo por la gran posibilidad de estar infestado con *C. cactorum*. De 1981 a 1986 hubo 13 intercepciones de larvas en Miami. Las larvas fueron encontradas dentro de cladodios *Opuntia* originarios de un proveedor de República Dominicana. La mayoría de las 300 000 plantas de *Opuntia* que llegaron a Miami, procedentes de Dominicana, durante los años ochenta, arribó por mar. Un embarque en un vuelo México-Miami también fue interceptado en 1992 porque contenía material infestado con *C. cactorum* (Pemberton 1995). Probablemente ese embarque no se originó en México sino en algún otro país. Si *C. cactorum* estuviera presente en México desde 1992, ya se habría descubierto. La introducción de plantas infestadas es la vía más probable de introducción del *C. cactorum*. Es muy poco probable, mas no imposible, que el insecto se desplace naturalmente por aire desde alguna de las islas antes mencionadas. Sin embargo, con la gran cantidad de plantas cultivadas en México, estas posibilidades se incrementan en forma considerable. El nopal (*O. ficus indica*) y sus frutas son intensivamente cultivadas y serían las primeras afectadas. Los usos múltiples de la planta y su papel central en la cultura y costumbres de la nación le da un estatus especial (Hoffmann 1983). Además de *O. ficus indica* muchas otras variedades nativas se pueden ver amenazadas si *C. cactorum* se llegara a establecer en México. Aunque se puede esperar que algunos de los parasitoides nativos (Mann 1969) de cactófilos phycitidos ejerzan cierto control sobre *C. cactorum*, será difícil que puedan evitar que el insecto se convierta en una plaga seria. El insecto ya ha alcanzado el nivel de plaga importante de cactus y de cultivos de nopal en Argentina, a pesar de la presencia de varios de sus parasitoides. Medidas de precaución

Alertar a todos los servicios de aduanas y fitosanitarios en todos los puertos principales de entrada, en particular los de la costa este, es, probablemente, la mejor manera de prevenir la introducción de *C. cactorum* a México. Esto va a requerir de un buen programa de entrenamiento que

asegure la fácil identificación del insecto y de los daños que causa. Un control más estricto de todas las plantas de la familia de las cactáceas también puede prevenir la introducción accidental de *C. cactorum*, tanto de América del Sur como del Caribe. El monitoreo constante de la migración de la plaga de Florida hacia el oeste puede permitir predecir las oportunidades y momentos en que se espere la llegada de la plaga. Cooperar con los entomólogos del USDA para restringir al *C. cactorum* en Florida y con ello prevenir o retrasar su introducción a México.

Todos los investigadores involucrados en la producción de tuna en México deberían ser informados de los peligros del *C. cactorum* y estar bien entrenados para facilitar la identificación de la larva y de sus daños. En el caso de que el *C. cactorum* se estableciera en el país, un programa de erradicación sería efectivo sólo si la infestación fuera pequeña y pudiera ser contenida, de ahí la importancia de una pronta campaña de detección y concienciación.

Conclusiones
C. cactorum está ampliando su dieta a muchos de los géneros de *Opuntia*; esta es en parte la razón por la que se ha vuelto tan destructivo en nuevas asociaciones (Dennill & Moran 1989). Esto también subraya el potencial del insecto para establecerse en muchas *Opuntia* spp. nativas de México. El que el insecto haya contribuido sustancialmente al exitoso control de algunas especies de *Opuntia* dañinas (Julien & Griffiths 1998) es un indicativo de la extensión del daño que se puede esperar. El mayor éxito en control biológico fue reportado en Australia, donde contribuyó al control de alrededor de 13 millones de hectáreas de tierra invadida por *O. stricta* (Dodd 1940). Los atributos útiles del insecto pueden revertirse y pueden afectar una gran cantidad de especies autóctonas y cultivadas. Los productores de tuna difícilmente podrán enfrentar los costos para controlar una plaga de esta naturaleza. Su arribo también causaría un daño considerable al buen historial que hasta ahora lleva el control biológico de plagas a nivel mundial. Existen muchas publicaciones científicas sobre *C. cactorum* que pueden ser consultadas y utilizadas para un mayor conocimiento sobre el comportamiento de este peligro inminente.

Bibliografía

- ANNECKE, D.P. & V.C. MORAN, 1978. Critical review of biological pest control in South Africa. 2. The prickly pear, *Opuntia ficus-indica* (L.) Miller. Journal of the Entomological Society of southern Africa. 41(2), 161-188.
DENNILL, G.B. & MORAN, V.C. 1989. On insect-plant associations in agriculture and the selection of agents for weed biocontrol. Annals of Applied Biology, 114, 157-166.

- DODD, A.P. 1940. The biological campaign against prickly pear. Commonwealth Prickly Pear Board Bulletin, Brisbane, 1-177.
FULLAWAY, D.T. 1954. Biological control of cactus in Hawaii. Journal of Economic Entomology, 47, 696-700.
GREATHEAD, D.J. 1971. A review of biological control in the Ethiopian Region. Technical Communication, Commonwealth Institute of Biological Control No 5, 1-162.
HOFFMANN, W. 1983. Soziokulturelle und wirtschaftswissenschaftliche Implikationen modernisierender Innovationen in der wirtschaftlichen Nutzung von Kakteen, untersucht am Beispiel des Opuntien-Aubaus im zentralmexikanischen Hochland. Giesener Schriften zur Wirtschafts- und Regionalsoziologie. Gießen, Heft 9, 1-228.
JULIEN, M.H. & GRIFFITHS, M.W. (Eds.). 1998. Biological control of weeds. A world catalogue of agents and their target weeds. Fourth Edition. CABI Publishing, 1-223.
MANN, J. 1969. Cactus-feeding insects and mites. Smithsonian Institution, Washington, D.C. Bulletin 256, 1-158.
MORAN, 1980. Interactions between phytophagous insects and their *Opuntia* hosts. Ecological Entomology, 5, 153-164.
MORAN, V.C. & ZIMMERMANN, H.G. 1984. The biological control of cactus weeds: achievements and prospects. Biocontrol News and Information, 5(4), 297-320.
PEMBERTON, R.W. 1995. *Cactoblastus cactorum* (Lepidoptera: Pyralidae) in the United States: An immigrant biological control agent or an introduction of the nursery industry? American Entomologist, 41, 230-232.
PEMBERTON, R.W. 1996. *Cactoblastus cactorum* in the United States of America: an immigrant biological control agent or an introduction of the nursery industry? Proceedings of the 9th International Symposium on Biological Control of Weeds, Stellenbosch, South Africa. Eds. V.C. Moran & J.H. Hoffmann, p. 102.
PETTEY, F.W. 1948. The biological control of prickly-pear in South Africa. Science Bulletin, Department of Agriculture of the Union of South Africa, 27:1-163.
ZIMMERMANN, H.G. & MALAN, D.F. 1981. The role of imported natural enemies in suppressing re-growth of prickly pear, *Opuntia ficus-indica*, in South Africa. Proceedings of the Fifth International Symposium on Biological Control of Weeds, Brisbane 1980, 375-381.
ZIMMERMANN, H.G., H.E. ERB & R.E. McFADYEN. 1979. Annotated list of some cactus-feeding insects of South America. Acta Zoologica Lilloana 52:2, 101-112.

Helmut G. Zimmermann
Plant Protection Research Institute,
Agricultural Research Council
Private Bag X 134, Pretoria 0001,
South Africa.
Mayra Pérez-Sandi y Cuen,
becaria Fundación MacArthur.



Los últimos *Juegos de la imaginación* de Marco Tulio Aguilera Garramuño, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Editorial Ducere, México, 2000.

La primera vez que escuché hablar de Marco Tulio fue en la biblioteca de la Universidad Santiago de Cali, hace 25 años. Eduardo Serrano, uno de los jurados del concurso de cuento que había organizado la universidad, me comentó divertido que tres de los cuatro relatos finalistas correspondían a una misma persona: Marco Tulio, quien, lógicamente se llevó el primer premio.

Las noticias de los resultados de los concursos fueron trazando la ruta que seguía aquel prolífico escritor y trotamundos: Cali, Popayán, Pasto, Costa Rica, Monterrey, San Luis Potosí, México, Xalapa, Campeche, otra vez México, otra vez Xalapa... ¡Y quién sabe cuántos lugares más tendremos que señalar en el mapa! porque a Marco Tulio le encanta ganarse toda clase de concursos. Y no sólo por amor al arte, no crean, él mismo confesó hace un par de años en el Palacio de Bellas Artes, en los preámbulos a la lectura de "Las mujeres del humilde Willy", ganador del Tercer Concurso de Cuento Gabriel García Márquez, convocado por la revista *La Casa Grande* y la Semana Cultural de Colombia en México, y que hoy publica en dos partes en *Juegos de la imaginación*, que lo hacía por amor al dinero, y que lo único que le preocupaba era que pudiera molestar a sus colegas.

No estoy muy seguro de que lo primero sea cierto, a pesar de que una y otra vez repite las palabras con las que prologó *Cuentos para antes de hacer el amor*. "Dice Nathaniel Hawthorne que las metas de la literatura son, primero, el placer de escribir, segundo, las felicitaciones de nuestros familiares y amigos, y por último el dinero constante y sonante"; en cambio, podría poner las manos al fuego si no goza, en vez de preocuparse, con las molestias que algunos de sus colegas viven por sus premios.

A Marco Tulio le encanta, pícaro y juguetón, provocar la envidia de sus colegas, y goza de la misma manera cuando escribe; cuando inventa los seudónimos, los datos y las notas del concursante, a mano, simulando ser un maestro de escuela primaria de un pueblito perdido de las cartas geográficas o una sufrida ama de casa que sublima sus dolores escribiendo a escondidas; cuando arruga el papel o le arroja gotas de aceite y pachuli para hacer

más verosímil su engaño; cuando deposita el sobre amarrado con cabuya o mecate en el correo; cuando se entera de los resultados; cuando recibe el premio; pero su gozo no tiene límites cuando lee o escucha los comentarios de los perdedores o de quienes no se atreven a concursar.

Como suele suceder, el primer contacto con las personas nos las pinta de cuerpo y alma: en la pequeña biblioteca de nuestra Cali, famosa por sus mujeres, por su rumba, por su cercanía al paisaje paradisíaco de la mejor novela romántica de América: *María*, y por la enorme actividad artística y cultural que en ese entonces desplegaba, los cuatro cuentos de Marco Tulio y sus seudónimos me permitieron construir la imagen de un hombre de una gran energía, sentido del humor, irreverencia y picardía puestos al servicio de la escritura. Por ello no me sorprendieron después ni sus numerosas publicaciones ni sus incontables premios ni sus encendidas discusiones contra García Márquez, los críticos y los funcionarios culturales.

En este cuarto de siglo, Marco Tulio nos ha divertido con sus novelas *Las noches de Ventura*, *El juego de las seducciones*, *Los placeres perdidos*, *Paraísos hostiles* y *Mujeres amadas*; con sus *Cuentos para antes de hacer el amor*, *Cuentos para después de hacer el amor*, *Las pasiones extrañas*, *Los grandes y los pequeños amores*, *Esas fieras*, *las mujeres* y *Juegos de la imaginación*, con numerosas obras —firmadas vaya uno a saber bajo qué seudónimo— que recorren la bamboleana cuerda floja que marca los límites, reales o imaginarios entre la literatura erótica y la pornográfica; y, asómbrense, con un libro de cuentos para niños: *El pollo que no quiso ser gallo*, con el cual decidió ganarse el Premio de Cuento para Niños Juan de la Cabaña, 1998, del Instituto Nacional de Bellas Artes, y una nueva escuadra de venenosos enemigos, quizá algunas y algunos tiernos escritores infantiles.

¿Marco Tulio, el escritor erótico escribiendo para niños? Sí, esta nueva faceta no debería sorprendernos; su energía, su inteligencia, su creatividad, su entusiasmo, su curiosidad, y el amor, lo han hecho frecuentar, al mismo tiempo que la literatura erótica, la invención de cuentos para dormir a sus hijos, la ciencia ficción, la filosofía, las reseñas, las crónicas y los artículos periodísticos, el atletismo, el básquetbol, la cátedra universitaria, la investigación académica, el ensayo y la coordinación editorial, estas últimas actividades en la Universidad Autónoma de Veracruz, donde alcanza los estratos —y los salarios— más altos en las escalas de productividad y estímulos.

Sí, no deberíamos sorprendernos por su incursión en un nuevo género, ni por las que en el futuro pueda realizar a otros, pues Marco Tulio es por esencia un escritor y un narrador, un heredero del Rey

Salomón, de los anónimos inventores de *Las mil y una noches*, de Boccaccio y su *Decamerón*, de Chaucer y sus *Cuentos de Canterbury*, del Infante Juan Manuel y su *Libro del Conde Lucanor*, de Hawthorne, de Cortázar y del mismo García Márquez.

Marco Tulio vive en México desde hace veinte años, y desde entonces alimenta en distintos campos la ya larga, intensa y rica tradición de diálogo cultural entre colombianos y mexicanos; continúa con sus páginas la escritura de ese gran libro que empezaran a escribir nuestros indígenas y continuarán el poeta Francisco Álvarez de Velasco, enamorado de Sor Juana; Bolívar, el general José María Melo, Porfirio Barba Jacob, Octavio Amortegui Hugo, Latorre, Germán Pardo García, Rodrigo Arenas Betancourt, Rómulo Rojo, Carlos Caparrós, Gustavo Vargas, Eduardo García Aguilar, Ana María Jaramillo, Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Fernando Vallejo y millares de colombianos que hemos venido a estas tierras atraídos por su gran cultura, por su generosa hospitalidad y por la calidad de su gente.

A los relatos en los que Marco Tulio despliega la infinidad de tretas y formas de seducción y amor —que espero sistematizar en un exitoso brevariario—, incluso el extraordinario y muy fogoso entre un rinoceronte y un helicóptero, llenos de citas y alusiones literarias, y de observaciones sociales, psicológicas y filosóficas, hoy agrega siete cuentos inéditos —o casi, pues "El humilde Willy en Cuba" y "El masajito hayamés" fueron publicados en *La Casa Grande*, como uno solo, cuando ganó el premio antes mencionado—: "La mujer y el espejo", "Las mujeres y el video", "Sueños de un buen cristiano", que conforman la trilogía "Escenas de la vida conyugal", "La noche de Aquiles y Virgen" y "La historia de Sally Random"; y tres de sus mejores *Cuentos para antes y después de hacer el amor*: "El llamado de la bestia", "Arrepiéntete pecador" y "Juegos de la imaginación", que le da nombre al conjunto.

En este último, vivimos con el narrador una de las típicas experiencias masculinas: la visita, por culpa de una ausencia de la esposa, a un teatro de variedades y desnudos, lo que no suele ser en la vida real tan divertido como lo presenta Marco Tulio, gracias a que su personaje es un buen hombre, fiel, con un profundo sentido religioso y moral, que recuerda las tiernas y puras escenas de su único y casto amor infantil.

En "Arrepiéntete pecador" asistimos a la intimidad de una fiesta de intelectuales en la cual un joven y respetable profesor de 45 años (un anciano despreciable, como lo podríamos catalogar en la época de nuestro primer encuentro) intenta seducir a una linda, culta, inteligente y liberada

veinteañera (abusar de una niña, como diríamos ayer); pero también apreciamos los movimientos de la joven, y su inesperado final.

En las tres "Escenas de la vida conyugal" y "La noche de Aquiles y Virgen", el erotismo explora un nuevo escenario; ya no se trata de las juveniles aventuras, seductorías, irreverentes y subversivas, sino de los maduros y patéticos esfuerzos de una pareja por mantener el deseo, la fidelidad y la institución familiar. Las palabras buscan ahora los estímulos de los espejos en hoteles especiales, los pasillos de películas pornográficas y las jóvenes empleadas del servicio, sin olvidar el viejo truco de la narración de historias, sin olvidar el eterno poder de la palabra.

El mismo poder de la palabra genera "Juegos de la imaginación", el cuento de Salvatore y Melissa, quienes escapan del festejo final de un congreso de literatura para jugar a que hacen el amor sólo con palabras, mientras inventan su propio cuento.

En "La historia de Sally Random" reaparece el tema del cuarentón y la veinteañera; ahora ilustrado por los infructuosos embates del conferencista y los ingeniosos y extraños rodeos y convicciones de la joven flautista adicta a los dulces y chocolates.

A estas alturas, no puedo dejar de señalar aquí —a pesar de los riesgos que pueda correr, pues soy consciente de los casi dos metros y cien kilos de mi viejo amigo— el sutil pero significativo desplazamiento, más que temático, cronológico, de los personajes y del erotismo de nuestro autor, cuyas agudas observaciones tienden a dirigirse ahora hacia los cuarentones y las parejas maduras.

El libro termina en un hilarante clímax con las historias de "El humilde Willy en Cuba". No se imaginan ustedes la vida que tuvo que llevar nuestro modesto y casi casto empleado universitario latinoamericano, uno de esos hombres que en México llaman tan acertada y expresivamente "mandilón", que se ve convertido de la noche a la mañana en un honorable vate invitado de honor a un certamen poético en Cuba, donde su guardaespaldas le dijo: "Tú, chico, y Cervantes de Saavedra compartirán pedestal en el olimpo de los dioses literarios." Cómo sería la cosa que nuestro héroe narró así su salida de la isla: "Llegué al aeropuerto de La Habana con una línea de suero cuya botella sostenía la rubia Lidiosaya. No supe qué pasó con la Reina de la Poesía del Sur. El viaje lo hice casi en estado de coma y no conocí detalles sobre la despedida. Varias horas más tarde me vi en la aduana de Bogotá. Mi esposa...", pero ese es el final del cuento y prefiero que ustedes mismos lo lean.

El sentido del humor que despliega Marco Tulio en *Juegos de la imaginación*, su

capacidad para crear ambientes y suspense, y la necesidad que genera en el lector de seguir las bien contadas y divertidas historias de sus personajes, garantizan una buena lectura; pero estos ingredientes sólo harían del libro uno más de los centenares que hoy se publican y mañana se olvidan; a esos de por sí valiosos elementos, el autor le agrega una minuciosa observación del imaginario masculino sobre el sexo, una especial ironía en la mirada y un cierto sentido crítico capaz de hacernos reír de nosotros mismos, pues logra trascender la anécdota y pintar un ambiente y una época: el mundo de quienes vivimos nuestro despertar sexual, nuestras fantasías y nuestras utopías en esta segunda mitad del siglo XX, el de quienes hemos hecho de los libros, los colegios y las universidades nuestro hábitat. Y aún más, en algunos de sus cuentos logra escapar al mero erotismo y adentrarse en el difícil, pero siempre encantador y vital mundo del amor.

Por todo ello, felicito a Marco Tulio y a sus editores, y los invito a divertirse con los *Juegos de la imaginación*.

Mario Rey

Tito Andrónico: el festín de sangre

Tito Andrónico se estrenó en diciembre de 1593, cuando William Shakespeare tenía 38 años. Es la más sangrienta de las tragedias de Shakespeare. Llegan a tal grado los torrentes de sangre vertida, que no se puede evitar pensar que más que una tragedia es una parodia de la decadencia del imperio romano. Los dos motivos básicos del desencadenamiento de los crímenes son la venganza y la lujuria. Por una parte las insidias vengativas de Tamora, reina de los godos, y de su amante, Aarón, contra Tito Andrónico, el más infeliz de los romanos que haya vivido (según sus propias palabras, cuando ya el mar de sangre haya colmado la escena). Por otra los fuegos cruzados del desco carnal de Saturnino, de Aarón, de los hijos de Tamora y de Bassiano.

Primer acto

La primera escena nos muestra a Tito Andrónico que regresa a Roma después de sus campañas victoriosas contra los godos, en las que perdió a 21 de sus hijos. Tito se encuentra con que Saturnino y Bassiano se están disputando el cetro de emperador de Roma. Tito trae los cadáveres de sus hijos para sepultarlos con honor y para ello sugiere sacrificar al hijo mayor de Tamora, la cautiva reina de los godos, cortándole los miembros y quemándolos en una pira, para que las sombras de los romanos muertos en las campañas contra los godos queden apacigua-

das. El hijo mayor de la reina de los godos es sacrificado.

En el acto de sepulturar a sus hijos Tito dice: "Aquí no acecha traición, aquí no hay envidia que se hinche, aquí no crecen venenos condenados, aquí no hay tempestades ni ruido sino silencio y sueño eterno". Y agrega: "Vive en la fama el que murió por causa de la virtud". Tal parece que en las palabras de Tito Andrónico subyace la idea de que mientras el hombre viva vivirán las envidias y la traición, y los crímenes prevalecerán.

Se le ofrece a Tito ser nombrado Emperador. Tito responde: "Dadme un cetro de honor para mi vejez, pero no un cetro para dominar el mundo". Tito Andrónico opta por pedir que nombren emperador a Saturnino, hijo del anterior emperador. Saturnino, en agradecimiento, decide pedir en matrimonio a Lavinia, la hija de Tito.

Bassiano, a su vez, está descontento por no haber sido elegido emperador y por haber perdido a Lavinia, quien era su prometida. Decide arrebatar a Lavinia, a quien considera de su propiedad. Tito se opone, pues él ha jurado lealtad al nuevo emperador que acaba de coronar con su decisión y en el acto de impedir que se lleve a Lavinia, mata a su propio hijo, Mucio. Coloca, pues, su lealtad al emperador y a Roma por encima de sus afectos familiares. Es un militar que sojuzga sus sentimientos y los coloca bajo el imperio de la disciplina institucional.

Tito mata a su hijo Mucio para defender el honor del emperador romano a quien ofreció a su hija Lavinia. Pero luego Saturnino traiciona su promesa: Saturnino se enamora de Tamora, reina de los godos, capturada por Tito Andrónico, y le ofrece matrimonio, despreciando a Lavinia. Tamora urde desde entonces su venganza contra Tito, quien hizo descuartizar y quemar a su hijo mayor.

Tamora, ya entronizada como emperadora, decide hacer su juego de hipocresía y traición para lograr sus propósitos de venganza, y en un monólogo aparte denuncia sus propósitos: crear una armonía pasajera para desarrollar sus planes tranquilamente:

Señor, déjate gobernar por mí: déjame ganar por fin, disimula todos tus agravios y descontentos; estás recién asentado en tu trono: no vaya a ser que el pueblo, y también los patricios, considerándolo justamente, tomen partido por Tito, y te depongan por ingratitud, que Roma considere un pecado odioso. Cede a los ruegos y déjame sola. Encontraré un día para hacer una matanza de todos ellos, y aniquilar su bando y su familia, al cruel padre y los traicioneros hijos, a quienes rogué por la vida de mi querido hijo: les haré saber lo que es

dejar que una reina se arrodele en las calles para pedir gracia en vano.

El carácter de Tamora es el de una madre vengativa, que se humilla para alcanzar el poder y la venganza. Quiere ser emperadora y tener el poder para acabar con Tito Andrónico y todos sus hijos. Es una manipuladora y se finge totalmente romanizada para alcanzar sus propósitos:

...estoy incorporada a Roma, romana ya, felizmente adoptada, y debo aconsejar al Emperador para bien suyo.

Lavinia hace perdonar a Bassanio, a Lavinia, a Tito, y se porta aparentemente magnánima: el Emperador comienza a ser instrumento de sus planes.

Segundo acto

Tamora es pintada por Aarón, moro perverso amado por ella: "...esta diosa, esta Semíramis, esta ninfa, esta sirena, que hechizará a Saturnino de Roma y verá su naufragio y el de su reino".

Lavinia, la hija de Tito Andrónico y esposa del príncipe Bassiano, se vuelve motivo de disputa entre los hijos de Tamora. Demetrio muestra por qué es posible alcanzar a Lavinia: simplemente porque es mujer: "Es mujer, y por lo tanto debe ser cortejada; es mujer, y por lo tanto debe ser conseguida; es Lavinia, y por lo tanto debe ser amada". Lavinia es comparada con una "hogaza empezada": ya que fue de un hombre, puede ser de los demás. También es comparada con una cierva: "¿No has herido muchas veces una cierva y te las has llevado limpiamente en las narices del guarda de caza?"

Aarón, amante y cómplice de Tamora, decide apoyar a los hijos de la reina goda y ahora emperadora romana para que consigan a Lavinia, no mediante el lento amor sino mediante la violencia ("...así debéis resolver que lo que no podéis conseguir como queráis, debéis por fuerza conseguirlo como podáis... debéis tomar un camino más rápido que el lento languidecer, y yo he encontrado el sendero"); Aarón propone que los dos hijos de Tamora violen en el bosque a Lavinia durante una partida de caza en la que Tito Andrónico quiere conciliar todos los ánimos antes enemistados.

Aarón es, con Ricardo III, otro de los grandes villanos de Shakespeare. Se envanece de su "excelentísima obra de infamia". Tamora y Aarón se regocijan en el bosque mientras suenan los cuernos de caza y son sorprendidos por Lavinia y Bassiano, quienes acusan a la reina de ponerle los cuernos a Saturnino. Llegan los hijos de Tamora, asesinan a Bassiano y violan a Lavinia.

Lavinia es la imagen de la pureza ultrajada. Ella suplica a Tamora que la mate, antes de entregarla a la lascivia de sus hijos. "Lo que pido es muerte inmediata, y una cosa más que el ser mujer impide a mi lengua decir: ¡Ah, sálvame de su lujuria, peor que asesina, y arrójame en algún horrible pozo donde ningún ojo humano observe jamás mi cuerpo!"

Pero Tamora, antes que mujer, es madre y domina en ella el ansia de venganza, quiere vengar a su hijo descuartizado e incinerado por el padre de Lavinia, Tito Andrónico. "Mi corazón no conocerá alegría hasta que hayan desaparecido todos los Andrónicos". Los hijos de Tamora violan a Lavinia, le cortan la lengua y las dos manos.

Las desgracias han llovido sobre Tito Andrónico: muertos 21 hijos en guerras contra los godos y uno por su propia mano, violada, con la lengua y manos cortadas Lavinia, su hija, condenados a muerte y acusados de matar a su tío Bassiano los otros hijos, condenado al exilio Lucio, el hijo que le quedaba sin mancha.

Pero Aarón no está satisfecho con sus maldades. Trama una forma de que Tito se corte una mano para rescatar a sus hijos presos. Y en lugar de entregar a los hijos a su padre, lo que hace es entregar sus cabezas.

Tamora engendra un niño negro, hijo de Aarón. El judío quiere quedarse con él.

Por otro lado, Lucio, el hijo que le resta a Tito Andrónico, es desterrado. Luego regresa a asediar a Roma con un ejército de godos. Encuentra a Aarón con su hijo negro y quiere ahorcarlos a los dos, pero el judío le dice que si no lo hace le contará muchas cosas que no sabe. Al recibir promesa de no ahorcarlos Aarón revela de dónde han salido todos los males de los Andrónicos. Aarón se envanece del mal que ha hecho en una pieza oratoria de maldad que no tiene comparación sino con las de Ricardo III:

...pocos días entrarán en el alcance de mi maldición en que no hiciera algún mal notorio: violar una doncella, o conspirar cómo hacerlo; acusar a algún inocente, con perjurio; hacer que se partieran el cuello los ganados de los pobres; pegar fuego a los cobertizos y pajares por la noche, y decir a los dueños que los apagarán con sus lágrimas. Muchas veces he desenterrado a los muertos de sus tumbas y los he puesto de pie a las puertas de los sayos, cuando sus tristezas estaban casi olvidadas; y en su piel, como en la corteza de los árboles, he grabado con mi cuchillo en letras romanas: "no muera vuestra tristeza, aunque yo esté muerto". ¡Bah! He hecho mil cosas terribles de tan buena gana como quien mata una mosca, y nada, en efecto, aflige mi

corazón como no poder hacer otras diez mil más.

Por otra parte, Tamora trama la forma de desbaratar el ejército de godos que viene dirigido por Lucio, el hijo desterrado de Tito Andrónico. Va a casa de Tito Andrónico acompañada por sus dos hijos, los tres disfrazados, ella de Venganza, ellos de Violación y Crimen. Quieren engañar a Tito, al que creen loco, para que el viejo haga venir al rebelde Lucio, a punto de atacar Roma. Tito se finge engañado y logra que Tamora se aleje, dejando a sus hijos. Tito los amarra, llama a Lavinia, los degüella mientras su hija recoge la sangre en una jofaina:

¡Oid miserables, cómo pienso martirizaros! esta única mano me queda todavía para cortaros el cuello, mientras Lavinia sostiene con sus dos muñones la jofaina que recibirá vuestra sangre culpable. Ya sabéis que vuestra madre piensa venir a hacer festín conmigo y se llama Venganza y me cree loco. ¡Oid, villanos! moleré vuestros huesos en polvo y con eso y vuestra sangre haré una pasta y con esa pasta haré una empanada, poniendo vuestra vergonzosa cabeza por relleno; y se los ofreceré a aquella prostituta de vuestra impía madre, para que, como la tierra, se trague su propia progenie.

En el festín, ya reunidos todos, mientras los invitados comen las empanadas hechas con los cuerpos de los hijos de Tamora, Tito mata a su hija Lavinia, al tiempo que evoca una escena similar de la literatura. Al ver esto y al saber lo que ha comido, el emperador Saturnino mata a Tito. Lucio, hijo de Tito, mata a Saturnino.

Los romanos, encarnados en los Andrónicos, se sienten agraviados por tantos crímenes movidos por Tamora y Aarón y por el desorden que los godos han traído a Roma. Shakespeare se inclina hacia el lado de los romanos. Es clara la idea de que si Tito mandó descuartizar y quemar al hijo mayor de Tamora, lo hizo en justicia. Los godos son los bárbaros, los romanos los divinos. Las razones de Tamora y los godos son minimizadas, tal vez porque Shakespeare, como heredero de la tradición griega y romana, no pudo evitar defender sus orígenes.

Lucio es coronado emperador de Roma y de nuevo reinan los Andrónicos, después de cruzar un mar de sangre. Se condena a Aarón:

Enterradle hasta el pecho, y dejadle morir de hambre: que se quede así y enloquezca, y clame pidiendo alimento: si alguien le socorre o se compadece, que muera por esa culpa. Esa es nuestra condena.

¿Y qué replica Aarón? ¿Pide misericordia? No:

¡Ah! ¿Por qué la ira ha de ser muda, por qué mudo el furor? No soy yo ningún niño para que me arrepienta con bajas plegarias de los males que he hecho: si he hecho en toda mi vida una buena acción, me arrepiento de ella con toda mi alma.

Tamora es arrojada a las bestias y a las aves de rapiña. Dice Lucio:

Su vida fue de bestia, vacía de compasión; siendo así, tendrá falta de compasión. Ved que se haga justicia con Aarón, el condenado moro, por quien tuvieron comienzo nuestras graves desdichas: y después, a ordenar bien el Estado, para que no puedan arruinarlo nunca hechos semejantes.

Con estas líneas termina *Tito Andronico*, una obra en la que se pasó de una guerra entre naciones, a una discordia familiar, de un asunto de estado, a un asunto íntimo. El amor en esta obra no es sino un levisísimo velo, que veda la visión de otras pasiones que dominan al ser humano: el ansia de venganza, de poder, la lujuria. Las dos figuras femeninas, Tamora y Lavinia, son, la primera, una némesis vengadora, sin una gota de humanidad; la otra, una víctima a la que no se le da ni la más mínima posibilidad de defenderse. 31 muertes, algunas de ellas en guerra y muchos asesinatos, hacen de esta tragedia una de las más sangrientas que se hayan escrito. Sin embargo, el efecto de las muertes es más dramático en *Romeo y Julieta*, tanto por el hecho de que en esta obra hay menos personajes, como por la circunstancia de que los protagonistas son jóvenes, hermosos y representantes de lo mejor del ideal del renacimiento. *Tito Andronico* es la tragedia del final del imperio romano, del desorden absoluto, del desenfreno, y es sólo comparable al desastre que constituyó el gobierno de Calígula. Tanto en la tragedia de Shakespeare como en la historia de Calígula se demuestra que el imperio no cayó debido a la invasión de los bárbaros, sino a causa del desencadenamiento de las pasiones oscuras en el seno mismo de la sociedad romana.

Marco Tulio Aguilera Garramucio

Cosecha de venturos, Felipe Agudelo, Ediciones Casa Juan Pablos/Ediciones Sin Nombre, México, 1999.

Si bien tengo un panorama bastante general de la poesía colombiana, desconozco mucha de su actual narrativa. En los años más recientes me han sorprendido gratamente tres prosistas de ese país que

desconocía: Rafael Humberto Moreno-Durán, Fernando Vallejo y Jaime Echeverri. Hoy tendré que unir a esos nombres el de Felipe Agudelo, bogotano que radica en nuestro país (Tepoztlán) desde hace casi veinte años.

Su *Cosecha de venturos* lo une al Vallejo de *La virgen de los sicarios* en su descarnado realismo, al Moreno-Durán de *Metropolitano* en la inteligencia con la que atrae al lector y lo hace cómplice de su escritura, y al Echeverri de *Reina de pios* en su amoroso gusto por el lenguaje, por la precisión gramatical y léxica, por el ritmo de la prosa.

Cosecha de venturos es un libro que reúne nueve cuentos, enlazados todos por la presencia protagonista, al tiempo que fantasmal, de Santafé de Bogotá, una ciudad que a lo largo de los relatos percibimos en toda su caótica armonía: húmeda, lluviosa, gris y melancólica, con un tránsito de vehículos pesado y puesto en manos de inexpertos conductores, con sus barrios bajos y residenciales y sus zonas urbanas oscuras e inexpugnables, con su dinámica social cruzada por la violencia que nace del narcotráfico.

Ése es otro de los ingredientes que recorren los relatos del libro: la violencia unida al dinero proveniente del comercio con las drogas. Una violencia cruda, pero también sutil, de la que derivan sus prototipos humanos: los narcoempresarios crueles y calculadores, dueños de los destinos de sus súbditos y sus enemigos y de quien casual o fatalmente se interponga en el camino; los guaruras de complexión ropero y de sentimientos impenetrables; los matones de sangre helada, las mujeres de belleza extraordinaria o de irrefutable fealdad, las prostitutas y los prostitutos, los delatores que le dan al juego la redondez que requiere el negocio de los ilícitos para renacer de sus cenizas.

En consecuencia la muerte violenta es otra constante. La muerte, el peligro de la muerte, es un hilo que se va tensando a lo largo de los cuentos con la advertencia, hacia el lector, de que reventará en el momento más inesperado. Las balas, el fuego, el cuchillo del carnicero matan tanto como una mirada, una palabra o una confesión. Lo mismo un asesino o un chivato que un niño recién nacido son carne disponible para que el autor nos sumerja en el horror de la muerte violenta, justa sanción para quienes rompen las reglas, accidente a veces, autocastigo, suculento de un dolor más fuerte. El infierno está aquí a la mano, parece decirnos Agudelo, las pesadillas son otra manera de contar una realidad que nos circunda sin saberlo. Sin embargo, a diferencia de la nota roja y la crudeza de los testimonios, el autor de *Cosecha de venturos*, sin tapones de cera en los oídos y atado al mástil, tiene

el don de la literatura, en el más rico y estricto sentido del término: aquel que sobrevive al canto de su propia imaginación para relatar las tramas del horror.

Una virtud más que veo en estos cuentos es el gusto sensual y sexual, al tiempo que quirúrgico y matemático, que Felipe Agudelo tiene por las palabras. Las acaricia al tiempo que las exprime con ese "chillen, putas" con las que Octavio Paz las obligaba a soltar sus rumbos. Y como resultado de este laborioso trabajo de precisión y economía, el lector puede entrar a sus historias sabiendo de que el anfitrión le dará el trato más hospitalario. Felipe no emplea adjetivos innecesarios, sabe que es mejor encontrar el sustantivo justo que colgar calificativos ornamentales a nombres vacíos desde su origen. Tampoco es sólo el verbo que lleva la acción: sabe detenerse en esos detalles en apariencia prescindibles que terminan por darle sentido a la narración.

Otra virtud no menos valiosa de Agudelo es que siempre tiene presente al lector, ese ser olvidado cada vez más por autores y editoriales que sólo ven en él unos cuantos billetes por ganar y un cerebro educado a base de telenovelas. Al contrario, el autor de esta *Cosecha* exige y da porque disfruta al contar sus historias. Eso hace que su prosa sea gozosa desde ambos lados: la escritura y la lectura.

Francisco Hinojosa

El habitante del otoño, Alexandr Pushkin, Casa de Poesía Silva, Traducción, selección y notas de Rubén Flores Arcila, Bogotá, 1999.

La Casa de Poesía Silva de Bogotá publicó el año pasado *El habitante del otoño*, una selección de 63 poemas de Alexandr Pushkin, traducidos del ruso por el colombiano Rubén Flores Arcila, egresado de la Universidad Rusa de Moscú y en la actualidad profesor de lingüística en la Universidad Nacional de Colombia. El traductor realiza también un estudio preliminar, preciso y detallado, que otorga al lector en castellano un panorama suficiente y abierto sobre la vida del poeta y su obra.

Siempre he creído que traducir a Pushkin es empresa casi imposible, abrumadora. Es uno de esos autores que parece estar condenado a las vastas comarcas de su propio idioma. Leerlo en otra lengua, que no sea la suya, es un acto de fe. George Steiner decía que "la traducción no sólo falsifica: despoja al original de su fuerza divina o secreta". Eso es justo lo que sucede cuando se traduce a Pushkin: se le despoja de "su fuerza divina o secreta". Casi toda la poesía rusa es arisca a la traducción, pero verter la poesía de Pushkin pareciera tarea imposible, una batalla perdida desde el principio.

Sin embargo, pienso que algunas cosas que he expuesto hasta aquí no son del todo ciertas. Me lo ha mostrado en parte la lectura atenta de *El habitante del otoño*. Este pequeño libro me ha acompañado en los últimos meses, lo he leído lentamente y he descubierto que leer a Pushkin en castellano puede ser, en algunos poemas, un acto muy gozoso y afortunado. No lo sabía bien, hasta leer estas versiones de Rubén Flores. Leí hace unos años las versiones del español Eduardo Alonso Lugo, pero algo, no sé qué, me impidió conformarme. En *El habitante del otoño* hay poemas que, me parece, suenan excepcionales. Puedo mencionar algunos: "Respuesta a un anónimo", "A una griega", "Décimo mandamiento", "Conversación del librero con el poeta" y muy especialmente "Allá muy cerca donde reina espléndida Venecia", una exploración de la poesía como necesidad íntima y profunda, radical e ineludible, que nace de los más inesperados mutismos que acechan desde la soledad. Cantar porque sí, y cantar en alejandrinos porque cantar ayuda a caminar y porque sólo con nuestros cantos parece nuestra tristera: "Allá, muy cerca donde reina espléndida Venecia/ en la noche con su góndola va el remero/ es Rinaldo Godofredo que canta por Herminia,/ el alma su canción, la canta porque sí,/ sin pretensión ninguna la fama no persigue,/ sin miedo ni esperanza, así es su inspiración,/ así solaza su camino oculto entre las olas/ En el mar de la vida cuyas tormentas crueles/ acechan en la sombra mi barca solitaria,/ como Rinaldo yo voy, como él yo canto/ y con pasión musito mis versos más secretos".

Según Roman Jakobson los versos de Pushkin son, en el original, "ordenados y elásticos". Sus innumerables matices idiomáticos que relampaguean en una música maravillosa son un reto para cualquier traductor. El encanto de la poesía de Pushkin radica en su desnuda sencillez y en varias de las versiones de *El habitante del otoño* se logra percibir con afortunada nitidez este aspecto central de la poética pushkiniana. Esta es la razón por la que me atrevo a celebrar este libro: me parece haber leído a Pushkin en castellano, fluido y natural, sin exceso de traiciones. En algunos versos vertidos por Flores, Pushkin se vuelve un poeta español. Y esto, que se dice fácil, requiere de un gran trabajo artesanal con el lenguaje y de una gran dosis de inspiración. Porque también los traductores se inspiran y, al traducir, recrean: construyen nuevos poemas. Si Pushkin afirma que el poeta "vive para el sonido de su oración", podemos parafrasearlo al afirmar que el traductor existe para que ese sonido se perpetúe y extienda en otras lenguas.

Jorge Bustamante García

ADELANTOS Y FRAGMENTOS



"La metrópolis mestiza y los escritores hispanoamericanos", *América sintaxis*, Adolfo Castañón, México, Aldus, 2000.

No se puede entender del todo a la América mexicana si no se toma en cuenta la presencia, no por discreta menos definitiva, de los extranjeros que han venido a vivir aquí. Españoles, hispanoamericanos, franceses y alemanes conviven con esos otros forasteros que son los mexicanos del interior: los yucatecos con los colombianos, los veracruzanos con los venezolanos, los franceses con los tapatíos y los alemanes con los chiapanecos. Entre todas las emigraciones, la hispanoamericana es una de las más ricas. No hay que ir demasiado lejos para encontrar signos de su presencia en el centro de la cultura y de la historia mexicanas. En el primer cuadro, Argentina y Brasil, Chile, Uruguay, Colombia, Cuba y Guatemala dan nombre a las calles más antiguas del Centro Histórico de la Ciudad de México. No es necesario bajar del taxi para advertir que el pulso de la ciudad late a ritmo de cumbia o de vallenato, de son jarocho que se confunde con las arpas llaneras de Venezuela.

Desde el siglo pasado, la Ciudad de México, capital de un país ensimismado, es también una de las capitales de Hispanoamérica. No faltan razones. "La vaina es que dejamos de ser españoles y luego hemos ido de aquí para allá en países que cambian tanto de nombres y de gobiernos, que ya no sabemos ni de dónde carajos somos", exclama Bolívar en *El General en su laberinto*. Quizá la tenacidad de una ciudad ensimismada y que en lo profundo todavía no se despierta de la Noche Triste de la Conquista atrae a los hijos de aquella patria grande, inconstante y revuelta. A su vez, la Ciudad de México no sería la misma sin las voces y los pasos de los pasajeros y paseantes hispanoamericanos que suelen llegar, a veces por casualidad, y fijar aquí su residencia sin tener que practicar las cirugías mayores del desarraigo. Ayer Mariano Picón-Salas, Rómulo Gallegos, Porfirio Barba Jacob, Andrés Bello Blanco, Rafael Heliodoro Valle, Luis Cardoza y Aragón, Ernesto Mejía Sánchez, entre otros innumerables. Hoy Gabriel García Márquez, Álvaro Mutis, Alejandro Rossi, Augusto Monterroso, Julieta Campos, Danubio Torres Fierro, Eduardo García Aguilar. La vida literaria y cultural mexicana no sería la misma sin la compañía y la amistad de estos hermanos de la lengua y de la

sangre que, a lo largo de varias generaciones, se han establecido aquí y han hecho de México una de las capitales de la patria grande. Gracias en parte a ellos, México es el nombre de una metrópolis mestiza.

Fragmento de *Travesías de un diletante*, Francisco Sánchez Jiménez, Fundación Tomás Moro y La Casa Grande, Colombia, 1999.

Si a Dámaso lo hubiera urgido la necesidad de evaluar las inquietudes que agobiaban su espíritu desde meses atrás, habría aceptado que resultaban bastante prosaicas. Puesto que lo tendría sin cuidado de no contener la verdad sobre el estado general de su vida —también elemento descomulgado del mundo, es cierto— pues ¿cómo devenía posible que se dieran situaciones semejantes en la sociedad de la urbe? ¿No sería acaso que el asunto hacía parte del caos universal que ahora golpeaba las puertas de la noble ciudad e intentaba reducir sus murallas?

Tratándose de quien se habla, las preguntas eran no sólo lógicas sino ineludibles. Dámaso, empero, no se las formulaba de manera directa. Pensaba, muy atemperado y algo pusilánime, que tal vez no le incumbían. Él tenía más que suficiente consigo mismo. Sin embargo, repugnaba a su talante y educación limitarse a una consideración tan inmediata pese a ser objetiva. Tampoco librarse del asunto con uno de esos ademanes elegantes que cultivaba y ejercía como un auténtico especialista. Algo le indicaba que antes de adoptar resolución alguna debía conservar la calma. Nada de precipitaciones, ¡ante todo el examen! Ya vería el desarrollo de los acontecimientos mientras su alma, dedicada la mayoría del tiempo y durante tantos años a su propio cuidado, continuaría impelida hacia el desorden, el miedo y, lo peor, conminada al prosaísmo cotidiano como si la naturaleza, lo irracional, el orden de la realidad en sus aspectos más comunes se hubiera confabulado contra ella, infundiendo confusión a sus aprehensiones y obcecación a sus deseos. Y un poco de locura de la más denigrante prosapia: su pugnacidad contra cuanto ratificara las limitaciones del género humano a causa de su contradictoria esencia: materia e inteligencia. Locura que lo instaba a mantener sorda lucha entre la voluntad y su substancia corpórea —le agradaba ese vocablo por sus connotaciones filosóficas. *Lid quasi religiosa* en la medida en que sus razones resultaban pura especulación cuando emprendía el camino de la claudicación y avanzaba en pos de El Palacete y, una vez allí, empujaba la puerita de los urinarios y admitía que de nuevo el alusial había vencido y lo envolvía con su atmósfera de orines y escupitinas y que, para mayor irrisión, gorgjeaba igual a

un pajarillo preso bajo las licuadas excrecencias que devoraban las suyas con una especie de regurgitación metafísica, esto es, se decía Dámaso al tiempo que comenzaba a expulsar sus aguas, convenir el triunfo de la materia sobre el espíritu.

A consecuencia de tales preocupaciones, Dámaso había modificado su habitual consumo de trago corto: vino, whisky—en torno a los cuales poseía opiniones muy claras—sustituyéndolo proporcionalmente por cerveza, avenida a semejante medida con sumo esfuerzo porque, de cierta manera, era trastocar su personalidad y ser infiel a las determinaciones tradicionales que en su momento habían conllevado el aura de lo trascendental e irrevocable y, ahora, infiriendo un golpe traidor a su pasado, sacrificaba en aras de una conveniencia táctica en su personal combate contra la miseria de la condición humana.

Sus ojos repusaron con fatiga las estanterías de El Palacete y, franqueando el placer del desafío, se dijo que optaría por cerveza Águila.

Aquel día, según su costumbre, Dámaso subió a El Palacete. Idéntica la hora e igual su ánimo de no acarrear nada particular en su mente como se aseguraba desde temprano, dejándose conducir por las cosas y cerciorándose que las ideas caían del cielo, gratuitas e ineludibles a semejanza de las pestes o de los resfriados del altiplano que, a propósito, le habían impuesto el soportar descanso bajo la camisa una franela de lana cuya función consistía en forjar una protección harto doméstica e inocua...

Notas

• La literatura del Pacífico en España, la literatura de la "otra costa" colombiana será tema de reflexión el próximo julio en Salamanca, en el seminario organizado por la Southern Connecticut State University y el Colegio de España Estados Unidos. Durante el seminario, dirigido por el escritor y periodista colombiano Medardo Arias Satizábal, se analizará la obra de Arnoldo Palacios, Óscar Collazos, Carlos Arturo Truque, Enrique Cabezas Rher, Helcias Martín Góngora, Alfredo Vanín Romero, Hernando Revelo, Óscar Olarte Reyes, Anibal Arias, Sonia Truque y Fabio Arias, entre otros.

• El encuentro "Pensar en Carnaval" se realizó en junio en Barranquilla. En él participaron 23 expertos en carnavales del mundo. El Ministerio de Cultura de Colombia y la Fundación Carnaval de Barranquilla buscan "abrir espacios para interactuar sobre el sentido del carnaval en la sociedad contemporánea".

• Entre el 7 y el 13 de octubre próximo se realizarán en Milán el Primer Festival Cultural Colombiano y el Primer Encuentro

Colombiano de Hombres y Mujeres de Palabra, y se presentará una Muestra del Libro Colombiano, que será donada a la principal biblioteca pública de Milán. El organizador es el escritor y periodista Ignacio Ramírez. Informes: Cronopios, Agencia de Prensa, Diag. 22C # 27-50 of 317. Tel-fax: (091) 2680027, Bogotá, Colombia.

• El Ministerio de Cultura y la Asociación Colombiana de Universidades organizaron el Seminario Internacional "Educación y Cultura: nuevos retos del quehacer cultural en la Universidad", del 17 al 19 de mayo.

• El Ministerio de Cultura y el Convenio Andrés Bello organizaron el Seminario Internacional sobre economía y Cultura, la Tercera Cara de la Moneda en la Luis Ángel Arango de Bogotá en mayo.

• En el Instituto Von Humboldt de Villa de Leyva se realizó el Taller Internacional de Radios Indígenas de América, entre el 18 y el 20 de mayo, organizado por los Ministerios de Cultura y de Comunicaciones de Colombia, con el apoyo de la Agencia española de Cooperación Internacional y la Secretaría Ejecutiva del Convenio Andrés Bello. "Además de constituir un punto de encuentro sin precedentes en la historia de la radio indígena del continente, la experiencia del Taller Internacional permitirá apoyar el programa de Emisoras Comunitarias de los Pueblos Indígenas de Colombia".

• Convocatoria para el programa de ayudas Ibermedia 2000: Se recibirán proyectos hasta el próximo 3 de julio. Informes en Colombia: Ministerio de Cultura, Dirección de Cinematografía, calle 35 # 4-89, tel: 2855785 y 2884919.

• El Ministerio de Cultura convoca al Tercer Encuentro de Realizadores Jóvenes, SIN FORMATO, que se realizará desde el 29 de agosto hasta el 2 de septiembre en Bogotá. Podrán participar realizadores de cine, video, fotografía y có-

mics, con una edad no mayor de 26 años. Informes en el Ministerio de Cultura.

• Convocatoria de residencias Artísticas en México y Colombia. El Ministerio de Cultura de Colombia y el Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México invitan a los creadores e investigadores interesados en participar en el programa de intercambio entre los dos países. Las solicitudes se pueden presentar hasta el 24 de julio próximo.

• Actualmente se desarrolla la XIV Semana Cultural Lesbica Gay, coordinada por José María Covarrubias y dedicada a Chavela Vargas y Enrique Alonso, en el Museo Universitario del Chopo, México.

• Del 3 al 18 de abril se llevó a cabo la Semana Cultural Colombiana en París, coordinada por la señora Amparo Carvajal y la Embajada de Colombia, en la Maison de l'Amérique Latine, Le Grand Palais, la Église de la Madeleine, el Musée de l'Armée, la Messe pour la paix, la Maison de l'Unesco y el cine Le Latine. La Casa Grande y la IX Semana Cultural de Colombia en México felicitan a los organizadores y a los participantes, e invitan al Ministerio de Cultura y al Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia a generalizar esta hermosa experiencia, al menos en las principales capitales del mundo.

• Árboles y Nidos. El pasado 3 de mayo, la pintora Juanita Pérez Adelman inauguró una nueva exposición en la Galería Kinn. "El sorprendente grupo de masas ricamente construido en capas de papel empapadas de color, de complejos ensamblajes y collages, abrazan, acarician e incluso agreden al espectador a través de una visión del artista en la cual el post-modernismo está intrínsecamente conectado con las historias personales, antropológicas e indígenas del arte. Es justamente la yuxtaposición de esos elementos un componente integral de la distintiva iconografía del arte de Juanita Pérez Adelman." (Janet A. Dawson, Catálogo).



Árboles y nidos de Juanita Pérez



Adquiera ya el

Boletín Cultural y Bibliográfico No. 49

Artículos:

Árabes y judíos en el desarrollo del Caribe colombiano, 1850-1950

Louise Fawcett y Eduardo Posada Carbó

Los judíos sefardíes en Barranquilla. El caso de Jacob y Ernesto Cortissoz

Adelaida Sourdis Nájera

Los alemanes en el Caribe colombiano: el caso de Adolfo Held, 1880-1927

Adolfo Meisel Roca y Joaquín Viloria de la Hoz

Y las reseñas de libros por Jaime Jaramillo Escobar, Salomón Kalmanovitz, Adolfo González Henríquez, Juan Gustavo Cobo Borda, Numa Armando Gil Olivera, Renán Vega Cantor, José Ernesto Ramírez, Gustavo Junca, Alcides Velásquez P., Álvaro León Casas Orrego, Gabriel Arturo Castro, Jorge H. Cadavid, Patricia Valenzuela R., Luis Germán Sierra J., Antonio Silvera Arenas, Antonio Erick Arellana Bautista, Juan Gabriel Vásquez, Andrés García Londoño, María Cristina Restrepo L., Jorgelina Corbatta, Jorge Orlando Melo.

Poemas: Luis Enrique Mizar Maestre

Espere en el No. 50 el índice completo del Boletín.

Periodicidad: Tres números al año

- | | | |
|--------------------------|---------------------|----------|
| ☐ | 3 números \$ 15.000 | US \$ 30 |
| ☐ | 6 números \$ 28.500 | US \$ 57 |
| ☐ | 9 números \$ 40.500 | US \$ 81 |

Valor del ejemplar: \$ 6.700

Suscripciones para Santafé de Bogotá y el exterior:
Biblioteca Luis Ángel Arango, Servicios de Apoyo:
Carrera 5 No. 11-68, teléfono: 343 12 60.

Para el resto del país: Sucursales del Banco de la República.

**CON UN TIGRE
USTED SIEMPRE TIENE
UNA GRAN COMPAÑIA
A SU LADO.**



**UNOS TIGRES
EN PROTECCION**



¿No le **provo**ca habitar
La Casa Grande,
la casa de usted?



Suscripción
cuatro números anuales

México Colombia otros países

	Ahorre el 10%	
1 año	\$ 90 \$ 18 000	US\$ 14.30
	Ahorre el 20%	
2 años	\$ 160 \$ 32 000	US\$ 25

Suscripción de apoyo: US\$ 100

ocho números, una
colección de *La Casa
Grande* y un grabado de
Gabriel Macotella.

**Léala,
escribanos,
suscribase,
regale suscripciones,
anúnciese...**

Choapan 44, interior 20,
Colonia Condesa, C.P. 061 40;
tel-fax: 52723098; México, D.F.
mariorey@df1.telmex.net.mx
mariorey@hotmail.com



Depósitos:
En **Colombia:**
tarjeta 9661 1726 0879
Davivienda,
En **México:**
cuenta 60500707737
Banco Santander,
tarjeta Banamex
8548 9712 0157 9392

Envíenos copia del
depósito con los datos
del suscriptor, domicilio
y teléfono.



Tú conexión
al arte
y la cultura.

Un nuevo espacio cultural
que dará cita a los mejores
espectáculos teatrales
y eventos de
renombre internacional.

Centro Cultural Telmex
Av. Cuauhtémoc.
Esq. Av. Chapultepec.
Col. Roma.
Antes Teatros Alameda.



www.telmex.com.mx

Telmex está en la cultura.
Telmex está contigo.